



EL HERRERO Y EL SEMBRADOR por Pedro Bolsón

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA, ARTE, CRITICA Y LITERATURA
SUPLEMENTO DE EDITORIAL CLARIDAD

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar N.º 110 - 20 cts.

EDITORIAL CLARIDAD

(SOCIEDAD DE PUBLICACIONES)

Empresa editora de:

Los Pensadores - Biblioteca
Científica-Clásicos del Amor
Los Nuevos - Biblioteca
Cosmos - Teatro Nuevo -
Los Poetas - La Novela
Literaria - Los Contemporá-
neos - Novelas de Aventuras.

En estas colecciones se públcan las obras más se-
lectas de los mejores autores.

Todas las ediciones son completas, esmeradas y a
precios económicos.

EDITORIAL CLARIDAD

(SOCIEDAD DE PUBLICACIONES)

Director: ANTONIO ZAMORA — Administrador: FRANCISCO TUBIO

Impresor: M. LORENZO RAÑO — Distribuidor: VICENTE BELLUSCI

Dirección Postal: Casilla de Correo 756 - Buenos Aires.

DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 756

Administración:
BOEDO 837
U.T. 4989, Mitre
CAPITAL FEDERAL

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
:: ARTE, CRITICA Y LITERATURA ::
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD

Aparece el primer lunes de cada mes

SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países
de la convención postal
AÑO \$ 2,50 m/n.
En los demás países
AÑO \$ 3,00 oro
Cada ejemplare 20 cts.

AÑO IV

Buenos Aires, Mayo 1.º de 1925

N. 110

AL MARGEN DE LA VIDA QUE PASA...

INFAMES LITERATOS

“¡Ah, infames literatos, podemos gozar y sufrir, que es como si siempre gozáramos!” — dijo Edmundo Guibourg en “Evoaciones”. ¡Y cuánta triste verdad hay en estas palabras! Nosotros, que somos ingenuos, y no al modo de las tonadilleras que infestaron hace un par de años nuestros teatros, creíamos que las pensiones del Estado eran solamente para las inconsolables viudas de los militares, de los diputados y senadores, en fin, beneficio exclusivo de las castas militar y burocrática. Pero parece que este premio se extiende ahora hasta los novelistas de “La novela semanal”, especie de Mercado de Abasto de la literatura criolla.

Efectivamente, por obra y gracia de un diputado que ha aunado su acción parlamentaria (¿es un contrasentido?) con el ejercicio de la medicina, la H. C. de Diputados se propone votar una pensión vitalicia a Julián de Charras. ¿Y quién es Julián de Charras? Julián de Charras, nos dicen, es un periodista veterano. Un escritor popular y no en la buena acepción de la palabra. Colaborador de “La novela semanal”. Con esto queda dicho todo, que no es poco decir.

Bueno; dos cuestiones distintas se presentan al comentario público. Primero: ¿merece la pensión Julián de Charras? Segundo: ¿a qué se debe la agitación aparente que tal asunto ha causado?

Julián de Charras es de los que han contribuido a rebajar el nivel cultural de nuestro pueblo. Su colaboración en “La novela semanal” nos lo dice bien a las claras. De su acción periodística, ¿qué es lo que ha trascendido? ¿Se distinguió por su ánimo batallador en pro del bienestar de sus semejantes? Pero dejemos de costado esta faz del asunto y digamos lo que nos ha indignado moviéndonos a escribir estas líneas, que no es otra cosa que la réclame que se hace alrededor del pobre Julián de Charras. Una réclame interesada y vergonzosa en la que se pone de manifiesto el alma de los infames literatos.

La miseria de Charras es cosa sin mayor importancia. Muchísimos escritores de valía, que nos legaron todo un mundo de ideas, murieron en la más trágica miseria. Nadie acogió sus obras, se les olvidó injustamente. Y es que no se prestaban para satisfacer la vanidad, la inmensa va-

aidad de sus colegas. Julián de Charras sirvió para el caso. Su enfermedad, su presente angustioso le hacen aceptar cualquier situación por humillante que ella sea. Y es aprovechando este estado de ánimo del vencido que sus compañeros satisfacen sus hipócritas deseos caritativos, propalando la noticia a los cuatro vientos. Hay hasta cierto goce en esta actitud. Fulano escribe un cuento cuyo importe lo destina a la colecta; pero no hace esto discretamente sino que lo anuncia con pomposidad y, sobre la situación afligido del camarada, se hace la más indigna de las réclames. “¡Ah, infames literatos, podemos gozar y sufrir que es como si siempre gozáramos”. Y ahora nos preguntamos: ¿es que somos un gremio de gente indigna y sinvergüenza?

El caso de Julián de Charras nos presenta asimismo al escritor que quiere vivir a toda costa de su pluma. Y sabido es que hay escritores que no se cotizan en contante y sonante. Y, “a toda costa”, quiere decir, casi siempre, en desmedro de la salud y en perjuicio de la propia obra. Estos hombres llegan a morir de hambre y no quieren trabajar. Les avergonzaría aceptar un puesto de guarda de tranvía como nos dicen que aceptó Hamsun en Noruega. Por eso el gesto de Peuro Herreros, que se fué a vender papas a la feria de Barracas, nos resulta simpatísimos. Este poeta no es del cuño de los que exhiben una miseria indiscreta por la holgazanería que acusa, ni de aquellos que viven de papá y mamá, ni de los que vegetan en un puesto burocrático, ni de los que lloran por las redacciones.

El público inteligente tiene que ver en estos dos casos, el de un poeta obligado a vender papas y el de un periodista enfermo y desamparado, la explotación inicua que practican los colosos del periodismo moderno. En “El Hogar”, de la casa Haynes, que debe tener grandes exigencias con los avisadores, pagan 25 pesos por colaboración y los versos no los pagan, como que no tienen precio. (Vayan enterándose las ¡100.000! familias que compran la distinguida revista). Y se comprende que un artista con un poco de sentido común y alguna dignidad, prefiera vender papas en la feria que entretener con un cuento o una poesía, a Mangacha o Mechita, (lectoras de “El Hogar” que se lustran las uñas) por 25 pesos miserables.

EL C. N. DE EDUCACION, MUSEO

PALEONTOLOGICO

Los fósiles del C. N. de E. han demostrado que en nuestro país la libertad de pensamiento es un mito.

No hay derechos absolutos, — han dicho. — Si bien la Constitución acuerda a los habitantes del país el derecho de pensar sin censura previa, posteriormente se le aplica, al que tiene ideas, el castigo correspondiente. Mientras esto sucede con los maestros, los niños siguen cantando:

...; Libertad, libertad, libertad!

La comisión que informó en la exoneración del maestro Julio R. Barcos, dice con toda frescura que el que acepta un puesto público se obliga a amordazar su pensamiento.

Claro está que la resolución, del mismo modo que envuelve al Consejo en el ridículo, pone un timbre de honor en Barcos y en los demás maestros exonerados. Quiere decir esto que todavía hay gente que tiene la cabeza para algo más que para poner el sombrero.

Si no fuera el de los maestros un gremio con un 80 o/o de analfabetos y de raquícos intelectuales sometidos a la esclavitud más indigna por la soldada, ya tendríamos una huelga que triunfaría con la renuncia en masa de los miembros del Consejo y la reposición de los maestros exonerados.

La señora Pandolfini (a ver, otra patente de burro) a falta de ideas, se limitó a exclamar ante el representante de un diario: "Es muy triste... muy triste..."

El doctor Boero — ¿qué tiene que hacer este hombre en la instrucción pública? — seguía a la Pandolfini y gritaba: "Yo lo siento muchísimo"...

Entre los cargos que se le hacen a Barcos, figura el de que enviaba a las maestras su libro "Libertad sexual de las mujeres", libro que obtuvo merecidísimos elogios.

Los fósiles del Consejo no se sabe con cuál autoridad literaria, opinan que es un libro inmoral. La inmoralidad, todos sabemos, la cometen esos mismos "superiores jerárquicos" que dispensan ascensos a las maestras bonitas en cambio de sus favores.

Las maestras que quieren hacer carrera, no tienen más que ser en extremo amables y complacientes con sus superiores. Por eso algunas abandonan la noble profesión y se dedican al batallón.

¿Por qué en lugar de vengarse, los miembros del Consejo no se aplicaron al estudio del memorial de los maestros, para rebatirlo?

En el tal documento presentado al P. E. sí que había cargos graves. Sin embargo, todos los indirectamente acusados continúan en sus puestos.

El doctor Alvarez afirmó que el Consejo había resuelto abonar el espacio que ocupara el informe contra Barcos, a todos los diarios. ¿Qué moral, eh!

En resumen: el C. N. de E. se encuentra desquiciado. El descrédito envuelve a sus miembros más destacados, que deberían renunciar, para bien de la instrucción pública y decoro de la Nación.

LEOPOLDO II

Ha heredado Leopoldo Lugones (hijo), de su padre, la manía de lo espectacular. Tiene también el prurito de la notoriedad. ¡Vano empeño! Sólo están llamados a ser famosos los hombres de mucho talento o los que carecen de él completamente — Einstein o Firpo — y nunca lo serán los que encubren una mediocridad desoladora con apariencias más o menos engafiosas. No será, pues, de los Lugones el reino de la fama, como no será la fama de loco que está adquiriendo don Leopoldo después de su última baladronada, al afirmar que él había sostenido antes que Einstein la finitud del espacio.

Ahora Lugones (hijo), se erige en protector gratuito de los menores de edad, cobrando sus buenos pesos al gobierno. Y esta tarea, que es tarea plausible, debería estar en las manos de hombres con verdadero talento, no en las de aquellos que, más que el bienestar de los niños que trabajan, quieren que se haga ruido alrededor de sus nombres, con vistas al ascenso. Un funcionario en un cargo tan delicado debería tener un profundo sentido de la discreción. En el caso de las chicas coristas que detuvo la policía, ¿no se podía haber citado a los empresarios, obligándolos, si ese era el propósito, a separar de las compañías a las mujeres que no tuviesen la edad reglamentaria? ¿No había mil y un medios más discretos que el de la batida contra esas mujeres? Pero el inspector Lugones (hijo) ha preferido aparecer ante el público como un héroe. Le disgusta el anónimo y es, además, otro de los que viven "la hora de la espada".

Por otra parte, ¿ha considerado el inspector Lugones todas las facetas de este asunto? ¿La moral, la honestidad es cosa que puede regular la justicia por conducto de la policía? La moral del inspector Lugones es una moral burguesa: pretende las mismas obligaciones en el hartado y en el hambriento, en el miserable y en el opulento. Pero dejemos que las coristas se defiendan como puedan. Dice una de las detenidas:

“¿Qué hubiera sido de mí y de mi madre si no me hubiera dedicado al teatro desde joven? Abandonadas ambas al destino del azar, hubiera tenido que ir a parar a una fábrica donde las perspectivas para todas las mujeres son desastrosas...
 “Si se cree que existe en el teatro un ambiente de inmoralidad, supongo con todo fundamento, que más inmoralidad y sacrificio existe en la vida de las pobres obreras... Aparte del misero jornal que ganan y que no les alcanza para llevar una vida honesta, tienen que acceder a las exigencias brutales del capataz y de los jefes, que las hacen prostituir miserablemente sin llegar por ello a satisfacer sus más elementales exigencias en su vida económica.”

EL CASO SACOMANO

Lo que “Crítica” ha dicho del caso Sacomano, bien considerado, no tiene otra disyuntiva que la siguiente: O se desmiente a “Crítica” oficialmente y en forma terminante, o renuncia el ministro y el jefe de policía y se pone además, de patitas en la calle a todos los empleados complicados en el monstruoso asunto.

Hasta el momento no ha ocurrido ni lo uno ni lo otro. Nuestros gobernantes no se detienen a considerar semejantes futilidades. ¿Quién se preocupa de un ladronzuelo que protesta porque se le imputa un crimen que no ha cometido? Parece que el criterio policial dijera: si él no cometió el tal crimen, pudo haberlo cometido, que para el caso es lo mismo. Lo principal, estamos cansados de repetirlo, es que el profesional justifique su cargo.

¿Qué sería del empleado Bazán o de cualquier otro empleado, si no dieran feliz término — que para nosotros es desgraciado, — a una diligencia policial? Si no hubiera ladrones, ¿qué haría toda esa gente? Es natural, entonces, que se vean forzados a inventarlos cuando los delitos disminuyen y, más frecuentemente, cuando no pueden dar con los autores verdaderos de la fechoría. Si no hicieran así, ya se encargarían de substituirlos, porque nada más fácil que inventar investigaciones estupendas, que, en todos los casos son simples delaciones, ya interesadas, ya espontáneas, ya conseguidas en fuerza de martirizar al sospechado.

En esta forma indigna y bárbara se ha conquistado los primeros puestos de la policía una gente sin otros méritos — méritos policiales, se entiende — que el cinismo y la crueldad más despiadada.

Durante varios días, “Crítica”, quieras que no, ha asombrado a un público que no sabe pedir justicia. A un público que sólo grita y patatea alrededor del “ring-side”, y que enmudece cuando su voz debería oírse virilmente para que las cosas vieran el lugar que les corresponde.

¿Y esas instituciones patrióticas, ¿por qué no han intervenido? ¿No se han enterado de la existencia de la silla de torturas? Si las cosas cambiaran y se siguieran empleando esos medios criminales, estos patriotas serían los primeros en poner el grito en el cielo.

¿Y los grandes rotativos, y “La Prensa” que clamaba en el caso del diputado Saccone que si la justicia no era para todos no era justicia, ¿qué dijo con motivo de las revelaciones de “Crítica”? ¿Temen que las memorias del fugitivo sean fraguadas?

No cuesta nada dudar; pero, ¿se ha levantado una sola voz de protesta? Alguno de los muchos empleados que se citan ha desmentido lo que se ha dicho? ¿Se ha dado una nota oficial que diese al traste con las publicaciones de “Crítica”? No.

Por propio decoro y por decoro nacional, o se desmiente categóricamente a “Crítica”, lo que es difícil, o renuncian el ministro y el jefe de policía, procesándose, claro está, a los inculpados.

RENOVACION

Un telegrama de La Plata nos hace saber lo siguiente:

“La Plata. — Mañana a las 21 se realizará en el Hotel Argentino una cena, con la que se iniciará la serie de comidas que ha resuelto organizar el Centro Estudiantil Renovación.

“La cena es ofrecida al miembro de la agrupación ingeniero Enrique Dreyzún, con motivo de su regreso de Europa.”

El Centro Estudiantil Renovación — centro revolucionario, — sabe que renovarse es vivir y trata naturalmente de renovar los tejidos y las grasas que sostienen la armadura del cuerpo humano. Cuando termine la primera serie de sus nobles tareas organizará seguramente otra. ¡Así se temple bien el espíritu de las nuevas generaciones!

LA MORAL DE «ATLANTIDA»

Nadie desconoce la moral por receta, que la revista de Vigil da a sus lectores una vez por semana. Es un evangelio ilustrado. Parábolas, sentencias, proverbios etc. del mejor tono. Pero se procede con un criterio muy distinto, cuando se trata de obreros, colaboradores y personal de la revista. Lo demás es literatura y de la peor especie, por falsa y engañadora.

Recientemente, acaban de proceder de una manera inicu con un viejo colaborador de la revista que, desde seis años atrás se dedicaba a escribir concienzudamente su sección bibliográfica, tomándose el trabajo de leerse cuanto libro nacional caía en sus manos. Era la excepción entre las críticas de revistas ilustradas. Y, lo curioso que, quien tal obra realizaba — buena o mediana, eso no hace al caso — era un extranjero... Cuando un Vigil habla de nacionalismo y grita por las malas aduanas, protestando sin saber lo que dice, no piensa en el extranjero dedicado a la tarea de revisar la producción nacional. Después hablan de nacionalismo!

Y, lo peor del caso, es la miseria que allí

pagan a los colaboradores. Es la única revista con gran capital que niega la publicación a los escritores jóvenes, autores de 2 o 3 libros. Allí, los colaboradores son fijos y se les explota. En un tiempo, al crítico de referencia no se le pagaba y él, con gusto dió su colaboración. Y, posteriormente, trataba por pesos 200, teniendo que dar semanalmente 2 columnas y leerse veinte o treinta libros de versos.

Se ha terminado pues "El libro de la semana", que, apresurada o no, buena o mala, cierta o equivocada, era, esa sección, lo poco que se podía leer en "Atlántida" evangélica. Y, pensar que allí, está Banch, dirigiéndola...

OTORINOLARINGOLOGIA PATOLOGICA.

(Remembrucia bibliográfica)

- Almafuerte.* — Una disenteria verbal.
Vargas Vila. — La misma enfermedad con caracteres alarmantes.
Evar Méndez. — El último feto de Rubén Darío.
Lelio O. Zeno. — El doctor Guillotín.
Leopoldo Lugones. — Una orquitis intelectual progresiva.
Gustavo Martínez Zuviria. — Un caso de encefalitis letárgica incurable.
Guido y Spano. — El patriotismo postrado en cama: parálisis facial del sol de Mayo.
Lorenzo Stanchina. — El defensor oficial del gremio de las sirvientas.
Horacio y Mary Rega Molina. — La tos ferina y el dengue.
Ricardo Rojas. — El Lope de Vega de los poetas ventrílocuos.
Fedor Dostoiowski. — Una epilepsia genial.
Elías Castelnuovo. — El doctor Krausse de la literatura americana.
Rodolfo González Pacheco. — La revolución social en marcha... a Montevideo.
Julio E. Barcos. — El entusiasmo en mangas de camisa.

- José Ingenieros.* — El Burlador de Sevilla, de la ciudad de Santa María de los Buenos Aires.
Paul Groussac. — El convidado de piedra.
Manuel Carlés. — Benito Mussolini.
Benito Mussolini. — Mateo Banks.
Augusto Gonzalvo. — El más honrado de los periodistas nacionales.
Carlos de Soussens. — El hambre y las ganas de chupar.
Constancio C. Vigil. — (Uruguayo). — Campeón olímpico.
J. J. de Soiza Reilly. — (Uruguayo). — Petreña "El Artillero".
Horacio Quiroga. — El hombre de las 200 ceblebras.
Ortiga Anckermann. — Lo de Anckermann está de más: lo usa para engañar a los incautos.
Rabindranath Tagore. — Un pájaro azul sin sal.
Alberto Einstein. — El genio de los genios. Un hombre que tiene la virtud de no hacerse entender por nadie y admirar por todos.
Campoamor. — Hidrorrea sentimental.
Juan de Dios Peza. — Hermano de teta de Campoamor.
Lamartine. — Un cisne con papas fritas.
Josué Quesada. — La fiebre amarilla de las costureras.
Martín Coronado. — Una blenorragia dramática.
Díaz Usandivaras. — El gonococo más rebelde de la infección de Coronado.
Raquel Adler. — El erotismo con calzones.
Alfonsina Sterni. — Lo mismo de lo mismo sin paragolpes ni guardabarros.
Napal. — La bestia negra.
Giménez. — La tripa gorda del Partido Socialista.
Jacinto Benavente. — La Donna Inmóvil.
Alfredo Bianchi. — El discípulo más aventajado de Benavente.
Llavallol. — El rival más poderoso de Bismarck.
Los tres. — Las tres gracias euríndicas.

Por inconvenientes de última hora no se ha podido incluir en este número el pliego con las páginas de artículos ilustrados sobre arte, un estudio sobre Almafuerte de Cendoya, la colaboración del Dr. Lazarte y otros artículos y notas de redacción que, en consecuencia, irán en el próximo número.

LA POSADA BARLETTA

por LEONIDAS



L. B.

El viejo Sebastián Garrido era camarero de una posada de horas. Una casa de citas conocida, con su entrada para automóviles, su discreta fachada en la que había un letrero no muy grande que decía lacónicamente:

Hotel

En el dintel de la entrada había un farolillo azul.

Durante ocho años el viejo Sebastián Garrido había sido camarero de esta posada. En su casa el viejo decía que era mozo de hotel sin entrar en mayores detalles, porque aunque no lo pareciese era muy respetuoso de la moral y las buenas costumbres.

Ojos que no ven, corazón que no siente — decía el viejo Sebastián que en su mocedad había sido sacristán de parroquia.

El trabajo no era abrumador. Se reducía a dormir en una silla, en la portería, hasta que el ruido de un coche o de un automóvil que entraba lo sacaba de su sopor. Entonces corría a abrir la portezuela del carruaje, e indicada, adoptando un aire de fina discreción:

—Por aquí, señora.

De soslayo observaba a la mujer. Hacía mentalmente sus comentarios: — es una cualquiera de la vida; o ya: es una pobre muchacha.

Cuando la mujer que llegaba se mostraba turbada o indecisa, el viejo Sebastián, que tenía hijas en edad de amoríos, fiel a sus principios de moralidad, decía secamente:

—Esta es la pieza.

Encendía la luz y se retiraba, mientras a sus espaldas reventaban los primeros besos de lujuria.

Cuando al viejo Sebastián se le ponían unos pesos en la mano, podía tenerse entera seguridad de que padecía de sordera. Podía gritar la víctima cuanto quisiese; el viejo Sebastián no oía, y cuando los gritos se trocaban en suspiros lastimeros, el viejo sabía que en el mundo había una doncella menos y un burador más.

Aguardaba dormitando que sonara el timbre y levantándose prestamente, preguntaba con humildísima voz:

—¿Llamaba el señor?

La puerta de la alcoba se abría y aparecía la pareja. Los ojos de ella circundados por enormes ojeras amoratadas; él con los ojos

un poco hinchados como si recién se levantara de dormir.

Después que ellos salían, el viejo entraba a la habitación, miraba cuidadosamente los muebles y los rincones, para tomar nota de cualquier rotura o para apoderarse de algún objeto olvidado.

Ponía en orden las sillas, cambiaba las toallas y arreglaba las ropas de la cama, poniendo del revés las sábanas si estaban manchadas.

A veces notaba que los nuevos huéspedes habían dejado una inscripción grosera.

Ocho años hacía que el viejo Sebastián Garrido abría las portezuelas de los automóviles y coches e indicaba la habitación que destinaba a los recién llegados.

¡Cuántas niñas ruborosas había visto descender de esos coches, cuántas criaturas impúberes había albergado, junto con unos faunos de camisa almidonada que daban espléndidas propinas.

¡Cuántas protestas oyó; cuántos gritos de auxilio escuchó sin inmutarse, haciéndose cómplice de una violación brutal, mezcla de seducción y de engaño!

Pero esa noche, una noche fría que Sebastián dormitaba envuelto en una frazada, oyó que un coche entraba a la casa, se apresuró a recibir a los nuevos clientes y se halló nada menos que con su hija Ignacia.

Ella iba a pisar el estribo y se detuvo al verle, horriblemente pálida.

El viejo Sebastián Garrido sintió como si se derrumbara una pared sobre su endeble cuerpo. Una niebla verdosa le oscureció la vista. El hombre que venía con ella había pagado al cochero y decía:

—¡Vamos, negra, bajá!

Y ella miraba con unos ojillos de susto a su padre sin entender lo que la decían.

—¡Bajá... bajá!... — decía el hombre y la hizo descender del coche, tirándola de un brazo.

El viejo Sebastián Garrido, miró a su hija, miró al hombre que la traía, pensó de repente en los ocho años que había hecho de camarero, indiferente al estado, a la edad y al pudor de las muchachas que venían a la casa y, maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, los llevó a la pieza número ocho.



BIBLIOGRAFIA

L BROS BUENOS Y LIBROS MALOS



DE MI CÁRCAX, por *Bautista Iturreria*

Dice el poeta Iturreria, que es un poeta nuevo, vale decir: un poeta más, que presenta "este humilde manojito de versos, que a ratos perdidos y con el alma desbordante de inspiración"... etc., etc. ¡Calma, calma, joven escioldro! todos nosotros, los hombres de letras, — como dirían las fieras de Samet, cansadas de ladrar a la luna, — hemos pasado por lo que, en la jerga no muy brillante del café, dan en llamar "el sarampión literario". Todos hemos sido poetas incomprensidos y hemos vertido lágrimas de despecho por la ceguera de nuestros colegas mayores. Si nuestra vanidad nos hubiera hecho abrir los ojos, en lugar de empañarlos con lágrimas del amor propio pisoteado, hubiéramos aprovechado un tiempo que ya no recuperaremos. Decía Santa Teresa de Jesús, que era una erótica vidente: "La verdad es la humildad". Poco de verdad hay en el "careax" de Iturreria y aún cierto tonito fanfarrón no muy a propósito para quien se inicia en las letras. Por ahí dice:

Opines lo que opines, como es justo,
me afecta tanto como a tí un comino;

Entonces, ¿para qué diablos envía su libro con dedicatoria? Esto es poco serio. Si tiene tanto desprecio por la crítica no debe someter su libro al juicio en público. Pero no hay tal cosa. Nos son conocidísimas estas posturas literarias de los que "a ratos perdidos" reúnen versos en un manojito. ¡Como si la obra literaria pudiera acabarse a ratos perdidos! Está en un craso error Iturreria si cree, por tener el alma desbordante de inspiración, que su obra ha de ser buena.

Hay que trabajar mucho y de firme para conquistar la forma, el dominio de la palabra, la sencillez y la claridad en la exposición del pensamiento. En "De mi careax" no hay control sobre lo que se dice. Lo mismo canta el poeta a una princesa —

"la nereida de las selvas"

— que la dedica "a Raúl D. V. recíprocamente" una payada vulgar:

"Aquí me pongo a cantar"...

Si el poeta Iturreria no hubiese escrito sus versos "a ratos perdidos", si hubiese pasado en limpio treinta veces, concienzudamente, quizás hubiese caído en la cuenta de que es tan absurdo cantar a las nereidas de las selvas como exaltar las virtudes marítimas de las dadas.

Pero todo es aquí mala ficción literaria. Esperábamos un libro de la naturaleza, ya que se trata de un provinciano, y nos encontramos que, como siempre ocurre, este poeta del campo es de una imaginación libreseca. Todo lo que dice lo ha pedido prestado, hasta los lugares comunes son de esta ciudad que apeseta a bencina de automóvil. Para que el cuadro esté completo hay el infaltable poema al vendedor de diarios. Ni un soplo de pureza campestre. Cuando se refiere al paisaje lo hace contemplando un cuadro célebre.

Y este poeta que no tiene ojos para la naturaleza encontrándose lejos de la ciudad pretende seguir los consejos de Rousseau y Dumas; dos escritores que no tienen ningún punto de contacto. Rousseau, Juan Jacobo, era hombre de loca imaginación. Vivió con los personajes de algunos de sus libros, largos capítulos de una vida imaginaria, fantástica y ardiente. Si cree Iturreria que sigue a Rousseau porque finje una serie de personajes y de momentos espirituales que no han existido sino en su imaginación, también está equivocado. "Nequáquam". Dice Rousseau en "Las confesiones" a este respecto "me molestaba grandemente la vergüenza de desmentirme así yo mismo, tan clara y terminantemente".

Hay en "De mi careax", falta de sinceridad, de emotividad. Falta de sencillez. Mucho truco y retorcimiento. A veces quiere seguir a Alfafuerte; pero no le encuentra. En "Lá-pida" se advierte su ingenua y franca admiración por el cantor de las Evangélicas.

En resumen: no es éste un poeta en consonancia con su época. Su lenguaje no es propio y carece de estilo y estos defectos solo son dispensados en aquellos que tienen viva la facultad de crear, que no en los que, abundando en los mismos temas de Campoamor y Espronceda no saben, como aquellos, decirlos en buena lengua, que acaso sea el único mérito que tales trabajos contengan.

Nosotros. — El número correspondiente al mes de Marzo, contiene colaboraciones de Arturo Olazábal Quintana, Hernani Mandolini, Juan B. González, J. L. Borges, A. Bermúdez Franco, F. L. Bernárdez, Villoldo, Romero, Rafael De Diego y Suárez Calimano. Se destaca del material literario una breve antología de poetas americanos, algunos de los cuales influenciados por el "jaz-band" de sus hermanos del Norte.

ULALUME

La estación era en que el cielo se cubre;
Las hojas secas crugían crispadas
Y, en remolinos, morían quebradas
Fué en una fúnebre noche de Octubre
De cuya fecha jamás me he acordado,
Cerca del lago de Auber, insalubre,
Y en el gran bosque de Weir encantado
Fué en las orillas de Auber insalubre
Y en el gran bosque de Weir, hechizado.

Cruzaba entonces la senda titánica
De altos cipreses, seguido de mi alma,
De altos cipreses, con Psiquis, mi alma.
Tenía, entonces, el alma volcánica
Cual los ríos que se desbordan solos,
Como la lava que da sus obolos
Cuyas corrientes, en la región Yánika,
Bajo los cambios que danle los polos
Cuyas corrientes en la región Yánika
Truenan, lo mismo que un juego de bolos.

Lo que dijimos — aun hoy lo cubre
La niebla vagorosa del misterio—
Era algo de profundamente serio,
Aunque ignorábamos que era ya Octubre —
Y el año mismo en que había pasado:
¡Oh, aquella noche de ese año hechizado!
Y nada vimos del lago insalubre
—Aunque otra vez lo habíamos hallado—
Nada supimos del lago insalubre,
Ni del gran bosque de Weir, encantado.

Como la noche ya había caído
Y que apagaba a los astros la aurora,
Pues los astros perdíanse en la aurora,
Vimos el fin de la senda encendido
Por un reflejo que apenas nacía,
Del que emanaba un extraño creciente
Y un doble cuerno el creciente tenía:
Era Astarté, de almendrado creciente;
Era Astarté, doble cuerno tenía.

Entonces dije: "Más bella que Diana
Astarté boga en un mar de suspiros,
Guiándonos a una región de suspiros,
Ha contemplado este llanto que mana
Por mis mejillas, en honda aflicción.
Cruzando a las estrellas del León
Para mostrarnos la calma del cielo,
Para mostrarnos la ruta del cielo.
Vino, a pesar de la fuerza del León,

Para otorgarnos la luz de sus ojos;
Vino, burlando las redes del León,
Con el amor que despiden sus ojos."

Psiquis repuso, levantando el dedo:
"No sé por qué no me fio a la estrella;
Yo no me fio a la pálida estrella.
Vámonos, vámonos", agregó quedo;
"Vámonos, vámonos, yo tengo miedo."
Así me dijo, dejando caídas
Sus bellas alas, barriendo la arena
Y, sollozando, dejaba caídas
Sus bellas alas, barriendo la arena,
Sus bellas alas, llorando de pena.

Le contesté: "Deliras, como en sueños.
Sigamos esta luz, trémula y bella,
Bañémonos en luz de la estrella.
Los fulgores que ofrece son sedños,
Cual la bella esperanza de esta noche."
Bien podemos confiarnos a la estrella.
Mira, en el cielo azul, es como un broche:
No pueden engañarnos sus empuños.
Sigamos esta luz, trémula y bella.
Que nos guiará, con sus rayos sedños,
Cual la bella esperanza de esta noche.

Calmóse Psiquis, y yo le di un beso;
Quise ahuyentar su profunda tristeza.
Y logré al fin ahuyentar su tristeza.
Seguimos juntos la senda, y, en eso,
Vimos de pronto la entrada a una tumba;
Vimos, con una inscripción, una tumba.
Yo pregunté: "Dime, hermana, ¿qué es eso
Que, en grandes letras, nos narra la tumba?"
Y ella repuso: "Ulalume, Ulalume;
He ahí por qué la pena te consume:
¡Esta es la tumba que guarda a Ulalume!"

Mi pobre alma, tal cuando se cubre
De nubes negras, de súbito, el cielo,
Cubrióse, entonces, con un negro velo.
Y yo me dije: "Era en el mes de Octubre
Y, en esta noche, del año pasado
Que a estos lugares me trajo mi anhelo,
Que a estos lugares me trajo mi duelo.
Y, en esta noche de este año hechizado,
¿Por qué el Demonio me trajo con celo?
Este es el lago de Auber, insalubre;
Este es el bosque de Weir, encantado:
Ahora me acuerdo del lago insalubre
Y del gran bosque de Weir hechizado."

LOS LIBROS ESCOLARES

Primeras hojas — por María C. Amico Es-
trada y Compañía. — Editores

En la primera página del librito de la pro-
fesora Amico, leemos:

*Primeras hojas
ortografía y redacción
Dejad que los niños vengan a mí!*

Al doblar la hoja se nos ocurre una expli-
cación:

La maestra Amico se ha dicho: "Dejad que
los niños vengan a mí"... que yo iré hacia el
presidente del consejo nacional de educación.

...Y le ha dedicado su libro. Hemos pen-
sado enseguida: — ¡válganos la franqueza!
— este libro es rematadamente malo. Y, efec-
tivamente, lo comprobamos. La señora Amico
no ha podido olvidarse de las palabras técni-
cas de su modista, ni para componer un mo-
desto libro de primer grado superior. Dice en
la 2.ª lección, que: "Blanquita, un *porotito* de
tres años, (hubiera puesto otra cosa porque
los porotos de tres años suelen estar apolilla-
dos), llega de la tienda con su hermana tra-
yendo una *blonda!!* blanca, etc., etc. Más aba-
jo: "se balancea y ahueca el *abolsado!!* (Pa-
rece más bien una lección de corte y confe-
cción).

Ahora, he aquí un ejemplo de alta pedago-
gía, la lección 4: — "Pablo Plácido Planes,
aplastó plomo, con una plomada, en un pla-
to de plata". Y otra más, la 15: "La risa de
Rosa a rato resuena; risueña la riña de Ro-
ma resulta; han roto sus raras riquezas, y en
el remanso de ese riachuelo, sus rostros re-
cuestan y rezan". (¿?)

(¡Dios omnipotente, que sarta de disparates!
)

Sigamos espigando: "La cuna de mi bande-
ra—" Bajo un cielo puro, sobre una muelle
y dilatada llanura cubierta de verdor, enga-
lanada con mil flores de delicada fragancia y
arrullada con el murmurio del Paraná", etc....
— (¡Cuánta poesía, cuánto lirismo derrocha-
do para unos infelices niños de primer grado
que no van a entender lo de "muelle" y lo de
"dilatado"). Y esta otra: "Enfionando un
himo al Omnipotente, que libró a los alum-
nos de la calumnia, ibamos en ómnibus, etc.,
etc...."

Bueno; el libro de la señora Amico es un
libro malo. Un libro que no enseña nada,
abundante en expresiones estúpidas, sensibleras
y patrioterías. La bandera es "la imagen
de la patria". (¿No se le pudo ocurrir algo
menos gastado y más novedoso?). Tucumán
es "el jardín de la república, el edén argen-
tino". Mariano Moreno el "alma de la revo-
lución de Mayo". En fin, nada más que lu-
gares comunes.

El comentario del presente librito lo enca-

ramos desde dos puntos de vista: el peda-
gógico y el político... si se nos permite.

En cuanto al primero, por lo apuntado se
vé que la autora de Primeras Hojas no sabe
enseñar, desconoce la pedagogía. Habla a los
niños en *difícil*, como la mayoría de sus co-
legas. Dice *atufar* en vez de, enojar; dice,
argüir, feraz, huero... ¡Señora, señora, ha es-
crito usted para primer grado, no para primer
grado, no para primer año! Si el alumno en-
tiende lo que lee no sabemos qué es lo que va
a aprender. Las lecturas son desatinadas, ca-
recen de sentido común y están escritas en un
lenguaje enrevesado, casi siempre hueco y rim-
bombante. Los "pasatiempos" son versos fu-
turistas: "Íbamos en ómnibus, entonando un
himno al Omnipotente"... (Palabras con ene)
Este sistema mecánico de enseñar el *sonido*
de las palabras no nos parece muy adelan-
tado.

Ahora, en cuanto a la parte moral, ya lo
dijimos, es simplemente estúpida: "Mi patria
es la mejor, es la más grande"...

ella nos dá amorosa
cuando la vida alienta
luz, calor y sustento
y aire que respirar!!

(Esta es la mentalidad de la señora Amico).

Para que el lector vea que esta señora edu-
cadora puede correr parejas con la profesora
Caso de Sedano Acosta, a quien le otorgamos
patente de burro, vamos a transcribir, final-
mente, una de las "vidalitas" que tiene. "Pri-
meras Hojas" y del a que es autora responsa-
ble la maestra Amico:

MODESTIA Y BELLEZA

(*vidalita*)

Ni perlas ni diamantes
enjoyen tu cabeza
su más precioso adorno
sea una linda flor.
¡Qué perla, qué diamante
se iguala a su pureza?
Divina es la inocencia,
divino su esplendor.
Si el mundo, hija mía,
aplaude lo que brilla
con sus aplausos lanza
las flechas del dolor.
¡Vive en un hogar tranquilo
con la virtud sencilla
teniendo por aureola
gracia, modestia, honor.
Aguarda y vendrá tiempo
en que dirás tu misma
esa era la ventura
esa era la verdad!

(*vidalita*)

(Y ahora, nos asalta una duda: ¿sabrás es-
ta mujer cocinar unas patatas?)

1.º DE MAYO

(Conferencia leída en la Escuela libre para trabajadores el 1.º de Mayo de 1900)

por JOSÉ INGENIEROS

La fiesta del trabajo

Inmensa importancia histórica será, en el porvenir, la de esta fecha, en la que millones de conciencias se estremecen en una efusión suprema de entusiasmos generosos, vivificadas, todas, por el soplo de los mismos sentimientos, con todos los corazones palpitantes de promesas,—que es presagio—con todas las voces acordes para entonar un mismo himno—que es de protesta, a la vez que de esperanza. Himno que despierta armonías hasta hoy no escuchadas, altamente humano y social, que saluda el clarear de una aurora que surge con todas las virilidades de una vida nueva. Himno entonado por los que trabajan en el laboratorio solitario, desafiado, para integrar la ciencia, el misterio del ser y de las minas para cantar los ritmos sombríos y siniestros del poema del grisú; por los que vienen de los prados, cuyos surcos regaron con su sudor haciendo germinar la mies dorada y fecunda, para entonar las notas de la sublime floración de la espiga y los tajos bienhechores de la hoz; por los que salen de las oscuras cárceles de la industria, donde los cuerpos se deforman y las almas se embrutecen, para vibrar la nota vigorosa de la fragua y el martillo; por los que sufren sobre la mesa de trabajo y templan, en este día, su pluma, para escribir el canto triunfal de la humanidad que surge, y a cuyo eco se confunden en uno solo todos los corazones que anhelan para la Humanidad una vida más fecundamente laboriosa, más noble, más intelectual, más moral, más sincera, más humana: pues son los rayos de un mismo sol los que doran todas las frentes con el ardiente beso de su luz esplendorosa.

Para todos los espíritus libres es grande y solemne esta confirmación hecha anualmente ante los altares de un nuevo Ideal.

Grande, porque ofrece a la vista despreocupada del sociólogo, el panorama de una inmensa legión de humanos, acaso los más activos e inteligentes, sin duda los más útiles, fuertes en su conciencia de que la sociedad está destinada inevitablemente a evolucionar hacia nuevas formas de organización que atodos ofrezcan mayores posibilidades de realizar su ideal de felicidad; inmensa legión de humanos que se tienden las diestras por sobre todas las fronteras, afirmando la solidaridad de sus anhelos, la convergencia de sus voliciones para cooperar al advenimiento progresivo de una nueva organización, como hasta hoy jamás lo presenciara la historia social: alto ejemplo de fraternidad humana.

Solemne, porque este unisóno internacional,

implica para los que sufren y esperan, el cumplimiento de un sagrado compromiso contraído por millares de trabajadores que luchan bajo los pliegues de una misma bandera roja, que tremola con augurios de triunfo frente a las vetustas instituciones sociales, que ya no responden a las necesidades del presente desenvolvimiento histórico de la humanidad, y a cuya demolición contribuyen, con sus poderosos elementos de fuerza, la Ciencia y el Arte, la Moral y la Justicia.

Significación

El 1.º de Mayo tiene el triple significado de afirmación, de fiesta y de protesta. En este día todos los que trabajan con el cerebro o con el músculo afirman su voluntad de emanciparse de todas las tiranías políticas, económicas y morales que impiden al individuo la libre expansión de sus energías intelectuales, volitivas y afectivas, que constituyen la superestructura social del presente sistema de producción capitalista, mutilando y anonadando las más nobles iniciativas, a la par que convirtiendo el trabajo en una causa de infelicidad. Festejan y glorifican el trabajo porque en él reconocen el factor de todos los progresos de la civilización y la fuente de todas las riquezas humanas, al mismo tiempo que anhelan convertirlo en una agradable función social, dignificada y honrada por todos los hombres. Protestan contra la injusticia e iniquidades de la presente organización social que divide a la humanidad en clases sociales con desiguales derechos y distintos deberes.

Afirman que la humanidad, en su incesante marcha en el camino de la civilización, está fatalmente destinada a organizarse, social y políticamente, sobre un sistema que tenga por cimientos una equilibrada y justa organización de las fuerzas económicas, basada sobre la socialización de todos los medios productivos, naturales y artificiales.

Afirman que el advenimiento de esa organización socialista es inevitable, porque la historia ha demostrado que la ley de evolución, progresiva y constante, domina todo el campo de los fenómenos de la vida social y del universo: las ideas lo mismo que las capas geológicas del globo, la forma de gobierno lo mismo que la organización de la familia.

Afirman que el Socialismo es una resultante de la presente organización social, como ésta lo es a su vez de las anteriores, pues la humanidad no puede detenerse en ningún punto del ca-

mino de su eterno desenvolvimiento, en una forma económica, política o social cualquiera, puesto que si cualquiera de ellas realiza la mejor forma posible en el momento de su advenimiento, deja necesariamente de realizarla cuando nuevas transformaciones modifiquen el ambiente natural y económico, haciendo más útiles otras formas de organización de la vida en sociedad.

Esta afirmación se aquilata por el estudio de los fenómenos económico-sociales que caracterizan el sistema de producción capitalista, que pone en evidencia que el actual malestar del pueblo trabajador — en todos los países civilizados — no es debido a la maldad individual de los que viven en el parasitismo y del privilegio, ni tampoco a la insuficiencia de las fuerzas productivas, sino al sistema actual de apropiación individual de dichas fuerzas.

Esta apropiación que representó en otro momento histórico, la mejor forma posible, hoy resulta antagónica con el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas y, especialmente, con la rápida substitución del maquinismo a la labor humana, siendo la causa fundamental de la presente crisis económica universal, por exceso de la producción misma.

Ese moderno estudio de los fenómenos económicos-sociales evidencia que en una nueva forma social, asentada sobre nuevas bases económicas, políticas y morales, hacia la cual se encamina la humanidad a pasos gigantescos, será imposible toda explotación y toda opresión brutal del hombre por el hombre, al mismo tiempo que desaparecerá la actual división de la sociedad en clases sociales, con intereses antagonistas, para constituir una sola familia de hombres libres e iguales ante las condiciones necesarias para el libre desenvolvimiento de todos y para la más amplia diferenciación de cada individuo, según sus tendencias intelectuales, físicas y morales, determinadas por las circunstancias especiales del medio individual: biológico; y del medio social: cósmico-económico.

Todas las doctrinas, todos los ideales, todas las escuelas políticas y filosóficas tienen su fecha que recuerdan o simbolizan su momento inicial o su triunfo; el pueblo trabajador, que ha renunciado a todas las doctrinas reñidas con el espíritu científico y positivo del pensamiento contemporáneo, que se ha desprecupado de todos los falsos ideales, que ha reconocido la mentira que se esudaba detrás de las viejas escuelas políticas y filosóficas, ha debido crearse una nueva fiesta consagrada a simbolizar y celebrar su nueva doctrina, su nuevo ideal, su nuevo credo político y filosófico.

El 1.º de Mayo es, pues, fiesta humana y social. Es la fiesta de todos los que trabajan y producen, con el músculo o pluma, con el arado o con el pincel, con la aguja o con el libro.

Es día de expansión para todos los que tienen fe en el aumento futuro del bienestar de la Humanidad: rigurosa convicción científica en los unos, anhelo de espíritu político en los otros; para éste, esperanza de corazón dolorosamente

oprimido; para aquél, generoso sentimiento de amor hacia todos los semejantes.

Y a un día de efusión y de regocijo tienen derecho todos los espíritus y todos los corazones que sufren la dolorosa visión de la realidad durante los trececientos sesenta y cinco restantes del año.

Pero al mismo tiempo que festejan el futuro advenimiento de un sistema que va a realizarse por el empuje formidable de la evolución de las sociedades humanas hacia un grado de civilización cada vez mayor, protestan contra los que quieren perpetuar los sistemas que representan el Pasado. Al afirmarse como espíritus innovadores, protestan contra los espíritus reaccionarios.

Y el carácter de esta protesta no puede sintetizarse mejor que recordando las palabras que escribía, en 1897, el más genial entre los escritores jóvenes de América, Leopoldo Lugones, en la publicación "La Montaña", que juntos tuvimos el honor de redactar:

"Nuestra protesta no es pura cuestión de panadería, no es sólo un grito de hambrientos. Es el clamor de protesta contra todas las esclavitudes, es una apertura de horizontes a todas las esperanzas.

"Protestamos de la tiranía económica, protestamos, pero quedan otras tiranías. Y protestamos también contra esas tiranías. Por eso es hoy, más que nunca, grande la proesta contra los amos y los serviles hecha solamente por los servidores, como quien dice: el Porvenir llamando a juicio al Pasado.

"Protestamos de todo el orden social existente: de la República, que es el paraíso de los mediocres y de los servidores; de la Religión, que ahorea las almas para pacificarlas; del Ejército, que es una cueva de esclavitud donde vale más el hocico que la boca y donde está permitido ser asesino y ladrón a trueque de transformarse en imbécil; de la Patria, supremamente falsa y mala, porque es hija legítima del militarismo; del Estado, que es la maquinaria de tortura bajo cuya presión debemos moldearnos como las fichas de una casa de juego; de la Familia, que ahora es peste de la esclavitud de la mujer, y la fuente inagotable de las prostitución. Contra todas esas mayúsculas del convencionalismo social, contra todas esas cadenas protestamos nosotros que somos lo encañenados.

Para la Historia

El origen de esta fiesta es modesto, como el origen de casi todos los acontecimientos. El Cristianismo que, gracias al momento histórico en que apareció, había de ejercer una influencia tan trascendental sobre la civilización y el desarrollo de los pueblos arrianos, tuvo su origen en las predicaciones político-sociales de un caudillo genial.

El 1.º de Mayo es, simplemente, una fecha fijada por el pueblo trabajador para ser consagrada, en todo el mundo, una manifestación internacional con el propósito de afirmar ante la

Humanidad, sus nuevos ideales. Este carácter de espontánea voluntariedad, es el que le da mayor importancia, pues los que de tal manera afirman su credo y su fe, no lo hacen obedeciendo a una costumbre o siguiendo una corriente de ideas que dominan en el ambiente, sino que, por el contrario, proceden contra la costumbre y se oponen a las ideas corrientes; el 1.º de Mayo se celebra exclusivamente en nombre de los ideales del porvenir contra toda tendencia misonista.

En diciembre de 1888, reunido en San Luis el Congreso de la Federación Americana del Trabajo, acordó celebrar en el día 1.º de mayo de 1889 una manifestación obrera nacional en favor de la implantación de la jornada de 8 horas como jornada máxima, en todas las dependencias del Estado.

Con este precedente, y a proposición del delegado de la Federación Nacional de los Sindicatos Obreros de Francia, el Congreso Socialista Internacional reunido en París en el año 1889, con asistencia de 294 delegados en representación de 22 naciones, acordó por unanimidad que se señalara el día 1.º de Mayo para celebrar una gran manifestación internacional, reclamando que se estableciera la jornada legal de 8 horas.

Todos los sucesivos Congresos Socialistas, Nacionales e Internacionales, han confirmado esa resolución, y los trabajadores inteligentes la han cumplido ya diez veces, con una firmeza de propósitos cada vez mayor, que ha hecho de esta manifestación que a todos interesa y preocupa, conmueve o admira, entusiasta o subleva; a amigos y a adversarios.

Propósitos de la manifestación

A pesar de su amplio significado, y con el objeto de dar uniformidad a esta manifestación internacional, los Congresos del Partido Socialista han acordado que ella tenga propósitos de carácter práctico y de realización universal. La reclamación de la reducción legal de la jornada de trabajo a un máximo de 8 horas, fué aceptada en los primeros Congresos, como asimismo la reclamación de una legislación protectora del trabajo industrial. Más tarde se resolvió que tuviera también el carácter de protesta contra el militarismo y de afirmación en pro de la paz internacional.

Esto no excluye que, de acuerdo con las condiciones especiales de tiempo, modo y lugar, la manifestación puede tener en cada país propósitos inmediatos de otra índole. Es de suponer — y también de desear — que en Italia asumirá este año el carácter de agitación de los derechos consagrados por la Constitución y violados por el gobierno; en Francia contra la reacción clerico-militar y contra la ruinosa política interior y exterior de la clase dominante; en Inglaterra, de reclamación de la paz ante la inicu guerra contra el Transvaal, etc. En Sud América bastará con la realización de una agitación seria e imponente, contra el militarismo que comienza a invadirla y en favor de una legislación protectora del trabajo.

No es superfluo recordar que algunos ilusos han pretendido que el 1.º de Mayo debía ser el día fijado para realizar la "huelga general" y que han promovido alguna agitación en ese sentido. Sin embargo, nunca supieron explicar — y acaso no comprendieron — en qué consistía y por cuáles medios debía realizarse; ahora parecen estar convencidos de lo erróneo de su pretensión, y si algunos continúan con el estribillo de la "huelga general", cada vez que se aproxima el 1.º de Mayo, es con el único propósito de no reconocer públicamente que han estado equivocados. Sin embargo, nada hay más humano que equivocarse.

La jornada de 8 horas

El rápido desenvolvimiento de las fuerzas productivas, en esta segunda mitad del siglo, ha originado la presente crisis universal por exceso de producción. Las máquinas substituyen a los obreros, aumentando el número de desocupados que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a menor precio que los obreros ocupados, estableciéndose así la competencia en los salarios, que tienden a aproximarse al salario mínimo. Sobrando asalariados bajan los salarios; escaseando asalariados, los salarios suben.

Acortando la jornada de trabajo el número de obreros empleados para igual producción es mayor. "Dos obreros trabajando doce horas" (veinticuatro horas de trabajo) producen lo mismo que "tres trabajando ocho horas (veinticuatro horas de trabajo)".

Sin embargo, hay dos factores que actúan en sentido contrario: 1.º A medida que aumenta el número de horas de trabajo, la producción de cada obrero es menos, pues los músculos disminuyen su energía en razón directa del aumento de su fatiga. 2.º El objetivo de los capitalistas es la producción barata; cuando la "fuerza de trabajo" es barata, el capitalista la prefiere a la maquinaria, porque ésta requiere un adelanto de capital que la otra no necesita. Pero cuando aumenta el precio de la fuerza de trabajo, el capitalista busca en el perfeccionamiento de la maquinaria la manera de obtener una producción máxima con un empleo mínimo de fuerza de trabajo. Está solamente podría neutralizarse con una reducción progresiva y constante de la jornada de trabajo, de una manera proporcional al perfeccionamiento de los métodos de producción.

Por esas razones — y otras — considero más científico substituir en los programas del Partido Socialista, la fórmula: "jornada legal de 8 horas", por esta otra: "disminución de la jornada de trabajo de una manera progresiva y proporcional a la intensificación de las fuerzas productivas".

Se ha aceptado que la adopción de la jornada de 8 horas por un solo país, importaría la ruina de la industria nacional. Lafargue da a esta objeción una importancia que no tiene, pues la presente lucha de clases es internacional. Pero aun en el supuesto de que la tenga, los hechos demuestran la falsedad de la objeción.

En Australia, Estados Unidos e Inglaterra, las jornadas de trabajo son más cortas, los salarios más elevados y las industrias e desarrollan y prosperan; en España y la China, las jornadas son largas, los salarios bajos y las industrias son pobres y raquíticas. Estos hechos valen más que toda la retórica de los economistas patrioteros.

Esta es la faz económica de la cuestión.

Está probado también, que las jornadas son excesivas, por dos hechos: Los accidentes del trabajo se producen en mayor número en las últimas horas de la jornada, y ese número es mayor en los talleres donde la jornada es más larga.

Es evidente, pues, que también la ciencia aboga por una reducción de las horas diarias de trabajo.



¡Fé y esperanza en el porvenir!

La fisiología y la higiene evidencian que durante el trabajo el organismo produce sustancias tóxicas cuya eliminación requiere cierto tiempo de reposo. Si este trabajo es escaso, la intensidad del trabajo disminuye progresivamente. Hoegler ha demostrado que la cantidad de fuerza útil que produce un obrero disminuye del lunes al sábado, aumentando de nuevo el lunes, gracias al descanso dominical.

Esto prueba, sin dejar lugar a discusión, que las actuales jornadas de trabajo son demasiado largas y que el organismo no puede reparar durante la noche el desgaste que sufre durante el día.

De allí surge la necesidad, imperiosa, de que el proletariado luche por tan importante reforma, tratando de obtenerla, ya por vía legal, ya por vía sindical. Y conste que una y otra tienen sus ventajas y desventajas. (Para una más amplia dilucidación del tema, véase mi monografía sobre "La jornada de trabajo").

El militarismo

Dejamos a un lado la cuestión del patriotismo, como cosa ya juzgada por los hombres de ideas modernas; no sin recordar, sin embargo, que las condiciones de ambiente y de oportunidad política hacen que algunos socialistas pien-

sea de distinta manera; entre ellos, Gabriel Devillo, que así lo escribió a propósito de una de mis conferencias. La ciencia y el trabajo cooperan, tenaz y firmemente para la supresión de las fronteras y la unificación de todos los pueblos civilizados en una sola patria humana.

El militarismo es económicamente la mayor de las calamidades que afligen a las naciones modernas. El presupuesto de la guerra en la República Argentina para 1899, fué "diez veces mayor que el presupuesto de instrucción pública. Y unidos el presupuesto de la guerra con los gastos requeridos para atender el servicio de la deuda pública — proveniente en su mayor parte, de gastos militares y de guerra— representan una mitad, aproximadamente, de los gastos generales de la nación. La elocuencia de estos datos vale más que todas las retóricas antimilitaristas.

Moralmente, el militarismo produce un descenso de la moral política de los pueblos en que se arraiga, al mismo tiempo que una profunda degeneración intelectual y moral en los individuos que hacen profesión de él. El mejor soldado es el que ha perdido su dignidad de hombre. El militarismo es la más mala y la más cara de las formas del parasitismo social.

Su principal perjuicio, consiste en predisponer a los pueblos para la guerra, pues de ella vive y de ella se fortalece. Y la guerra es un crimen absurdo en nuestra época, dado el grado de desenvolvimiento alcanzado por la civilización. Selamonte gracias a la presente organización social, que no está en armonía con ese desenvolvimiento de la vida social, es posible que la guerra se produzca entre civilizados. La guerra es, hoy, un absurdo económico y político, según lo demuestra la sociología; la guerra es un crimen porque es la negación de la justicia y es el triunfo de la fuerza brutal sobre la fuerza inteligente; la guerra en sus modalidades contemporáneas, ha perdido todo su interés estético que pudo tener en otras épocas. Y Lamartine pudo afirmar con verdad: "No es la patria lo que más peligra en una guerra, es la Libertad".

Y, por esto, los hombres libres, que tienen la más vasta y la más humana de las patrias, el mundo, que detestan la guerra con todas sus ruinas y con todos sus horrores, se levantan compactos para declarar la guerra a la guerra y al militarismo, y exigir el desarme internacional, que asegurará, en el porvenir, la paz entre todos los pueblos civilizados.

El 1º de Mayo en el porvenir

Esos son los nuevos ideales, esos los propósitos en que la Fiesta del Trabajo se inspira. Son todos de justicia y de Fraternidad, lo mismo que sus conclusiones son todas cimentadas por la Ciencia. Por ellos y para ellos se festeja el 1º de Mayo, día en que vibran y se expanden juntas tantas aspiraciones nobles y elevadas.

La página de este día merece cerrarse con broche de oro: tal es la palabra de Edmundo de Améris.

"Todos los años en este día, renovamos sinceramente el propósito de mantener siempre nuestro espíritu y nuestra palabra bien altos como Idea. Y éste es uno de los hermosos resultados de la Fiesta del Primero de Mayo. Y confiamos en que esta fiesta se celebrará cada año con una dignidad más serena. Y, seguramente, será mucho más espléndida y más solemne en el porvenir.

"Y no será solamente celebrada en las calles y en las asambleas, sino también en las familias, en cuyo seno nuestra Idea estrechará esos vínculos que hoy afloja en muchos hogares y rompe en algunos. Será el día en que las conciencias y los corazones, hoy recalitrantes, vencidos por el trabajo de la razón y por la fuerza de los acontecimientos, se reconciliarán con las personas amadas. El día en que el padre les dirá a su hijo:—Sí, hijo mío, eres tú quien tienes razón; eres más bueno y más justo que yo; y desde hoy no solamente seré tu padre, sino también tu compañero.—El día en que la esposa dirá a su marido:—Te he contrariado, perdóname: ayer no te comprendía; hoy te comprendo y toda mi alma está contigo y con tu causa.—El día en que la madre dirá a su hijo:—Me rindo, porque veo dónde está la verdad y la justicia; y, en adelante, la fiesta del Primero de Mayo, será también la fiesta de tu madre!"

Sí, acaso está lejano, pero ese día llegará. Nosotros lo creemos, como creemos que la tierra germina bajo los rayos del Sol. Creemos que el Primero de Mayo permanecerá, agrandándose, en los años y en los pueblos; y que después de haber unificado a las clases, fraternizará a las naciones, y que será bendito por las generaciones venideras como una de las fechas más faustas y más gloriosas de la historia del mundo.

José Ingenieros.



LA SOCIEDAD DEL PORVENIR

Lego en la ciencia creada por A. Comte y desarrollada por H. Spencer, me he preocupado muy poco, o mejor dicho, no he tenido tiempo de preocuparme de lo moral e intelectual del hombre considerado en sus relaciones con la sociedad y el Estado.

Abeja obrera de la gran colmena humana, me he limitado nuevamente a libar en el jardín de la naturaleza para fabricar mi pequeña e individual celdilla, dejando que otras, con visión aguilina y genio sintético, tracen la perspectiva y hagan la filosofía de la obra común marcando los futuros rumbos del enjambre humano.

El hombre social de hoy, adulterado por la morbosa adaptación al capital, viene a ser una mezcla extraña de civilización y barbarismo. Piensa y siente, al parecer, como un cristiano pero obra a la usanza de un ciudadano de las aristocráticas e inhumanas Repúblicas antiguas. La esfera de la inteligencia ha decrecido tanto, como menguado la de la voluntad.

Cada día más refractario al sentimiento de la justicia, la sociedad actual nos da el triste y paradójico espectáculo de un mundo al revés: arriba, entronizados y venerados, el vicio y la holganza; abajo, luchando con el hambre y el dolor, los laboriosos y los útiles, es decir, las cabezas que, según diría Spencer, han adaptado mejor, aguijados por la dura necesidad, soberano escultor de la arcilla nerviosa, las relaciones dinámicas internas a las externas. De donde la inevitable decadencia y estancamiento de la raza humana, puesto que las organizaciones superiormente adaptadas, consumidas por el sobretabajo y la miseria, caen en la esterilidad o dejan ruin descendencia, diezgadas por las infecciones, en tanto que, por el contrario, los zánganos, los inadaptables, los indigentes del espíritu, ahitos de placeres, incuban prole robusta, perpetuando de esta suerte el peso muerto de la máquina social.

No rigen, pues para el hombre civilizado los principios de la selección del más apto ni prevalece en la lucha, por la vida la casta de los mejores; antes bien la adaptación se ajusta a una condición artificial extraorgánica, por cierto desconocida del resto de la animalidad, semillero inagotable de estancamientos, retrocesos y organizaciones aberrantes, a saber: la adquisición y goce del capital con el fin exclusivo de garantizar la perennidad de la holganza de unos pocos y el aumento incesante de los parásitos del trabajo. Con que el tipo humano, oscilando perpetuamente de la miseria a la abundancia y desde la anemia a la plétora, viene a ser algo extraño e incomprensible, una especie de vesánico aquejando de la cara maní de imponer el hambre a los de-

más para procurarse la soberana voluptuosidad de suicidarse de hartura.

Estimo que los únicos capitales antropológicamente legítimos son la organización humana y las fuerzas de la naturaleza, factores de producción que no podrá marchar en consonancia con la justicia y la ley evolutiva, sino a condición de ser colectivamente fomentados y administrativos.

La tierra para todos, las energías naturales para todos, el talento para todos: he aquí la hermosa divisa de la sociedad del porvenir.

Tiempos vendrán en que la ciencia ilumine las conciencias y eleve los corazones.

Y entonces, cuando desterrado el culto fetichista del capital, el hombre haya sido incorporado a las leyes de la evolución; cuando escudriñadas y explotadas las fuerzas naturales, el cosmos trabaje para nosotros, poniendo en acción infinitas máquinas y fabricando mercaderías a precios irrisorios; cuando descubierta el secreto de la síntesis química, el ingeniero del porvenir elabore sin el concurso de la tierra la fécula, el gluten, la albúmina, el azúcar y la grasa, utilizando al efecto la fuerza viva de los rayos solares o cualesquiera forma de energía natural; cuando el ocio bien ganado permita la universalización de la ciencia del arte, y todos puedan saborear las inefables armonías y bellezas que palpitan en el fondo de la naturaleza; cuando, en fin, redimidos por la solidaridad y el amor, todos nos sintamos ondas de un corriente vital, células hermanas de un mismo cuerpo... ¿qué significado tendrán las palabras rico y pobre, señor y esclavo, feliz y desdichado?

¿Qué importa entonces que el amor multiplique sobremanera la especie, ni que el cielo adusto y tierra ingrata nos regateen sus dones?

Ahí está enérgico y avizor, para reaccionar contra toda suerte de accidentes cósmicos, el cerebro humano, sublimado por la fiel acomodación al mecanismo del mundo, ofreciéndonos, generoso, nuevas y salvadoras invenciones.

Nuestro será también el inextinguible tesoro de la hoguera solar, que la ciencia emancipa quizá de nuestra antigua y fatigada "nutriz", la tierra, sabrá modelar y enjar en rutilantes frutos y doradas espinas.

¿Quién teme el agotamiento de la fuerza solar, del movimiento del viento y de los mares, de las cataratas, de las cordilleras, de la soberana potencia del pensamiento?

¡Soberbio y alentador ideal, que acaso un día se convierta en viva y palpitante realidad!

Creemos en él para que tenga lugar su advenimiento, porque en éste bajo mundo sólo es realizable lo enérgicamente creído y esperado.

El alma del hombre bajo el socialismo

por OSCAR WILDE

La principal ventaja que traería el establecimiento del socialismo, es, a no dudar, el hecho de que el socialismo nos aliviaría de la sordida necesidad de vivir para otros que, en el actual estado de cosas, oprime tan duramente a casi todo el mundo. En efecto, apenas hay quien pueda evitarlo.

Aquí y allá, en el espacio de un siglo, un gran hombre de ciencia como Darwin, un gran poeta como Keats, un fino espíritu crítico como Renan, un artista supremo como Flaubert, ha podido aislarse, librarse del clamoroso griterío de los demás, poniéndose "al abrigo de la muralla", como dice Platón, y realizar así la perfección de lo que llevaba dentro de sí, con provecho incomparable y permanente para el mundo entero. Constituyen, sin embargo, excepciones. La mayoría de las gentes desperdician su vida en insano y exagerado altruismo, y, ciertamente, se ven obligadas a desperdiciarla. Se encuentran rodeados de repugnante pobreza, de repugnante fealdad, de repugnante inanición, y es inevitable que todo esto influya en ellos fuertemente. Las emociones, en el hombre, se agitan más rápidamente que la inteligencia; y, como indiqué hace algún tiempo en un artículo sobre la función de la crítica, es mucho más fácil simpatizar con el sufrimiento que simpatizar con el Pensamiento. Por esta razón, con admirables, aunque mal dirigidas intenciones, se han puesto muy seria y sentimentalmente a la tarea de remediar los males que ven. Pero sus remedios no curan la enfermedad, no hacen más que prolongarla. A decir verdad, sus remedios forman parte de la enfermedad misma.

Tratan de resolver el problema de la pobreza, por ejemplo, conservando la vida de los pobres; o, en los casos de escuelas muy avanzadas, divirtiendo a los pobres.

Pero esta no es solución; es hacer más grave la dificultad. Lo necesario es tratar de reconstruir la sociedad sobre bases que hagan imposible la pobreza. Y la virtud altruista, en realidad, ha impedido la realización de tal propósito. Así como los peores dueños de esclavos eran los que trataban con amabilidad a los suyos, evitando así que se hiciesen cargo del honor de tal sistema los que padecían sometidos a él, y que lo comprendiesen aquellos que lo presenciaban, así en Inglaterra, en el actual estado de cosas, la gente más dañina es la que trata de hacer mayor bien, y rebotemente hemos tenido el espectáculo de hombres que habían estudiado de veras el problema, que conocían la vida — hombres educados, de los que viven en el West End — saliendo a implorar de todos que restringieran sus impulsos altruistas de caridad, benevolencia y cosas semejantes. Lo hacían, fundados en que una caridad así degrada y desmoraliza; y tenían cabal razón. La caridad crea multitud de pecados.

También hay que decir esto. Es inmoral el em-

pleo de la propiedad privada para aliviar los males horribles que resultan de la institución de la propiedad privada. Es, al mismo tiempo, inmoral e injusto.

El socialismo, claro está, alteraría todo esto. No habría gente que viviera en fétidas guaridas, con fétidos andrajos, criando niños enfermizos, hambrientos, en un medio imposible y absolutamente repulsivo. La seguridad social no dependería, como hasta ahora, del estado del tiempo. Si viniera una helada, no veríamos miles de hombres sin trabajo, vagando por las calles, con aspecto de repugnante miseria, o pidiendo limosna al prójimo, o apiñándose a la puerta de los sordidos asilos para conseguir un pedazo de pan y un deseado rincón en que pasar la noche. Cada miembro de la sociedad sería partícipe de la prosperidad y felicidad generales, y si cayese una helada, nadie estaría peor, en lo fundamental.

Por otra parte, el socialismo ha de tener sencillamente valor, porque llevará al individualismo.

El socialismo, el comunismo, llámese como se quiera, al convertir la propiedad privada en riqueza pública, al sustituir la competencia por la cooperación, devolverá a la sociedad su propia condición de organismo verdaderamente saludable, asegurando el bienestar de cada uno de los miembros de la comunidad. Dará, efectivamente, a la vida su propia base y su propio mareo. Mas, para el pleno desarrollo de la vida, hasta su más alto punto de perfección, aún se necesita otra cosa. Lo que se necesita es individualismo. Si el socialismo es autoritario; si hay Gobiernos armados de un poder económico, así como los hay ahora de un poder político; si, en una palabra, vamos a tener tiranías industriales, en ese caso el estado último del hombre será peor que el primero. Hoy, a consecuencia de la propiedad privada, hay mucha gente que puede alcanzar una limitadísima porción de individualismo. O no tienen que trabajar para vivir, o pueden escoger la esfera de actividad a que se sienten verdaderamente inclinados y les agrada. Tales son los poetas, los filósofos, los hombres de ciencia, los hombres de cultura, en una palabra, los verdaderos hombres, los hombres que han realizado su vida y en quien la Humanidad entera consigue una realización parcial. Por otra parte, hay mucha gente que, por no tener propiedad privada, estando siempre bajo la amenaza de una total inanición, se ve obligada a un trabajo de bestia de carga, a trabajar en aquello a que no se sienten en absoluto inclinada, oprimida por la tiranía perentoria, irracional, degradante de la necesidad. Estos son los pobres, y entre ellos no se ve gracia de maneras, encanto de expresión, civilización, cultura, refinamiento de placeres o alegría de vivir. De su esfuerzo colectivo mucho saca la Humanidad para su adelanto material. Pero sólo consigue provechos materiales, y el que es

pobre carece en absoluto de importancia por sí mismo. No es sino un átomo infinitesimal de una fuerza que, lejos de mirar por él, le tritura; y, a la verdad, le prefiere triturado, porque así es más obediente.

Claro está que pudiera decirse que el individualismo, engendrado en condiciones de propiedad privada, no es siempre, ni aun es por lo general, de un tipo bello o maravilloso, y que el pobre, aunque no tenga cultura ni atractivo, puede tener muchas virtudes. Ambas afirmaciones serían totalmente verdaderas. La posesión de propiedad privada suele ser desmoralizadora en extremo y esta es, por supuesto, una de las razones para que el socialismo haya de libertarse de tal institución. En efecto, la propiedad es, realmente, un perjuicio. Hace unos años, salieron algunas personas por el país diciendo que la propiedad tiene obligaciones. Tanto lo dijeron y con tal pesadez que, al cabo, la iglesia empezó a decirlo, y ya se oye lo mismo en todos los pulpitos, y es la pura verdad. La propiedad no sólo tiene obligaciones; tiene tantas, que su posesión, en gran escala, es una molestia. Echa sobre uno cuidados interminables, interminable atención a los negocios, inacabables molestias. Si la propiedad no causara más que placeres, podríamos soportarla, pero sus obligaciones la hacen intolerable.

En interés de los ricos debemos librarlos de ella. Hay que reconocer las virtudes del pobre, pero lamentándolas mucho. Suelen decirnos que los pobres agradecen la caridad. Algunos sí, indudablemente, pero los más de los pobres nunca fueron agradecidos. Son desagradecidos, descontentos, desobedientes y rebeldes. Y hacen bien en serlo. Sienten que la caridad es un modo ridículo e inadecuado de restitución parcial, o un engaño sentimental, acompañado casi siempre por alguna impertinente tentativa, por parte del sentimentalista, para tiranizar vidas privadas. ¿Por qué han de agradecer las migajas que caen de la mesa del rico? Debieran sentarse a ella, y ya empiezan a saberlo. En cuanto a su descontento, hombre que no lo estuviera en tal medio, con tan bajo modo de vivir, sería un perfecto bruto. La desobediencia, para quien ha leído la historia, es la virtud original del hombre. La desobediencia hizo el progreso; la desobediencia y la rebeldía.

A veces se alaba la sobriedad de los pobres. Pero recomendar sobriedad al pobre es grotesco e insultante a la vez. Es como decir que coma poco al que se muere de hambre. Que un trabajador de la ciudad o del campo practicara la sobriedad, sería inmoral en absoluto. El hombre no debe estar dispuesto a demostrar que puede vivir como un animal, mal alimentado. Debiera negarse a vivir así, y robar o apropiarse rentas, que muchos consideran como una forma de robo.

En cuanto a pedir, más seguro es pedir que tomar, pero mejor es tomar que pedir. No; el pobre que es desagradecido, contrario a la sobriedad, descontento y rebelde, es lo probable que tenga una verdadera personalidad y que haya algo en él. En todo caso, su protesta es saludable. En cuanto al pobre virtuoso, se podrá compadecerle, claro está, pero no es posible admirarle. Ha hecho contrato privado con el enemigo, y

ha vendido su primogenitura por un malísimo plato de sopa. Suele ser también extraordinariamente estúpido. Comprendo perfectamente al hombre que acepta las leyes protectoras de la propiedad privada y admite la acumulación de ésta, hasta donde, en tales condiciones, tiene posibilidad de realizar para sí en alguna forma su vida de belleza o de inteligencia.

Pero casi no puedo creer cómo un hombre de vida fracasada y espantosa, gracias a tales leyes, puede admitir la posibilidad de que persistan.

Oscar Wilde.



EL APOSTOL DE LA VIDA SENCILLA



PALABRAS PARA 1.º DE MAYO



por EDMUNDO DE AMICIS

(Traducción de una conferencia de Edmundo De Amicis, por los ciudadanos Vivente G. Ratta y Juan Antonio Solari.)

Hechos querido traducir la última parte de la hermosa conferencia que De Amicis pronunciará sobre el Primero de Mayo, para que puedan leerla aquellos a quienes el gran escritor se dirigió.

No sabemos si ese trabajo ha sido ya vertido al castellano. Lo leímos, emocionados, y decidimos, con más cariño y entusiasmo que aptitudes, tal vez, ofrecerlo como un homenaje a la Fiesta del Trabajo y a la memoria esclarecida de su autor. Tenemos el propósito de traducir íntegramente la conferencia para que pueda llegar, en forma de folleto, al seno del pueblo. Esa lectura, como la de las páginas que aquí se publican, llevará a su espíritu un poco de la luz, de la bondad y de la belleza del espíritu de De Amicis. Su palabra, profunda y rebosante de generoso y fecundo idealismo debe escucharse, porque nunca como ahora los que luchan por un mundo mejor necesitaron esa palabra, alta y sincera expresión de un hombre que vivió para sus ideales y cuya vida toda es un ejemplo de inteligencia, de bondad y de valor cívico. Sí, debe escucharse la palabra de los hombres de corazón limpio y esforzado, aún a riesgo de que el utilitarismo ambiente las subraye con una sonrisa o le busque el tanto por ciento... Y De Amicis fue un gran corazón.

Decimos al trabajador: Medita! a este gran movimiento social que se agita en tu favor no basta que lo mires con ánimo favorable: tú debes ayudarlo. El primer impulso de la redención del trabajador debe surgir de tí. Si quieres que el mundo te salude debes llevar la frente alta; pero para llevar alta la frente necesitas elevar tu espíritu. Si quieres entrar en el ejército de la nueva idea debes sacrificar a esta una parte de tu reposo y de tu paz; debes cumplir con el más ferviente celo tus deberes de trabajador, pero resistir a quien intente subyugar tu conciencia de ciudadano; debes sofocar bajo la disciplina del partido rencores y preveniciones; hacer un esfuerzo intelectual fatigoso para comprender los argumentos y conquistar la palabra que necesitarás para justificar y demostrar tus aspiraciones; debes aprender, mejorarte, dar ejemplo de dignidad de vida, de equidad, de bondad, no solamente como expresión ante las clases superiores, sino también entre tus compañeros y en tu familia; debes hacer cuanto esté a tu alcance para hacer respetar y amar

en tí a la santa bandera a la que consagras tu corazón y en la que depositas tu derecho y tu esperanza.

Decimos a la mujer del trabajador: No retemas a tu compañero por vano temor de venir con nosotros si su conciencia lo mueve. Recomiéndale prudencia, pero no le aconsejes la traición. Son innumerables las mujeres cobardes como tú, que en todos los tiempos dificultan el camino de la idea más grande y más benéfica. No temas; no es entre nosotros donde encontrará los amigos que puedan extrañarlo; no somos nosotros, pobre mujer, los que queremos arrancarlo de tu corazón. Renuncia algunas horas a su compañía y deja que él venga; él volverá a tí más contento por la conciencia de un deber cumplido, y con la mente iluminada por nuevas ideas y también con el corazón mejor dispuesto a la fe, porque en compañía de los que tú temes su espíritu se abre a la idea del pensamiento, se le enseña el respeto de la mujer, se le inspira el amor hacia los débiles y la piedad para todos los dolores humanos. No le contradigas, porque le turbarías sin hacerlo más tuyo; haz que él sea tu confidente, acoge sus esperanzas, sostén su fe y una nueva fuerza abrasará, bien juntas, vuestras almas, y tú serás una segunda vez su compañera.

Decimos a la madre del joven estudiante: ¿Por qué te afanas por tu hijo como si el camino que ha emprendido con nosotros fuese el de la perdición? Si tu leyese dentro de su alma estarías contenta y altiva del tesoro que en ella encierra. El sentimiento que lo guía es el mismo que te inclina a poner el óbolo de la caridad en la mano del viejo o del niño abandonado, es el mismo sentimiento engrandecido, extendido a millones de criaturas humanas, iluminado por la esperanza de abolir de la sociedad todas aquellas miserias y todos aquellos males de los cuales tú misma te has conmovido; pero solamente cuando los ves personificado en un infeliz que mendiga.

Ve: su ingenio y sus estudios antes que útiles a sí mismo, son ya útiles a los demás. En la lucha que sostiene con nosotros él madura precozmente su pecho, eleva su carácter, fortalece su inteligencia. Deja que vaya entre los trabajadores, donde conquista un concepto austero de la vida y se despoja de su egoísmo de clase, y aprende el respeto de la pobreza y del trabajo. Deja que se mezcle su traje de señorito con esas ordinarias blusas bajo las cuales laten corazones que lo aman. No

lo detengas cuando va a buscarlos; bésalo en la frente y dile: —Aná. — Es la voz del buen Dios que lo llama.

Decimos al modesto burgués, sea él un pequeño propietario de tierras sobre las que pesan impuestos y destinadas a engrandecer antes o después el latifundio; o un pequeño industrial cada día más impotente para sostener el avance de la gran industria; o un pequeño comerciante, condenado a caer víctima, tarde o temprano, de la concentración de los comercios; decimos a cada uno de estos que por una ambición justificable en la sociedad presente encaminan con grandes sacrificios a sus hijos a las profesiones liberales: —oh, tú, que te declaras nuestro enemigo, considera un solo aspecto de la gran cuestión; piensa si, perdurando este afán de elevarse en la jerarquía social — efecto de las muy duras condiciones materiales y morales de la vida del trabajador — piensa si los hijos de tus hijos no se encontrarán reducidos a luchar con un enemigo así formidable y a rendirse después de una lucha desesperada. Piensa si para prevenir este daño existe otro medio que aquel de establecer el equilibrio entre los dos factores, intelectual y mecánico, de la producción social, colocando el trabajo propiamente dicho en tales condiciones que no sea esquivado por cuantos puedan como un castigo de Dios; tal es el primer intento del socialismo. Piensa si, no llegado a esto, la sociedad no será condenada a morir de una plétora de laureados famélicos y burócratas rabiosos. Acalla por un momento tu ambición, fija la mirada en el porvenir y te convencerás de que teniendo el aspecto de enemigos tuyos somos verdaderos amigos de tus hijos y de los hijos de ellos.

Decimos al hombre de ciencia y al artista: ¿Cómo puedes tú, hombre de ciencia, sospechar enemiga tuya una doctrina que se funda, en gran parte, sobre una fe ilimitada en el progreso de la ciencia, una doctrina que del perfeccionamiento de la máquina, de la primacía de la agricultura racional, del aprovechamiento científico de todas las fuerzas de la naturaleza, atiende a un tiempo a la disminución del esfuerzo humano y a una más provechosa producción? ¿Cómo puedes tú, escritor y artista, temer el triunfo de una doctrina que quiere extender a todos, en la mayor medida posible, los goces del espíritu, y centuplicar con seto el número de los hombres capaces de comprender tu obra? ¿Y si la sociedad futura te exigiera a ti, hombre de ciencia, el sacrificio de volver tu sabiduría a fines más directamente humanos, y a ti, artista, descender más a menudo de la altura de tu trabajo libre al oficio de educador de las multitudes, como no os parecería dulce un sa-

crificio tal, recompensado por una más difundida admiración y una más profunda gratitud? ¿Y cómo no sientes que un deber más alto de generosidad y de sacrificio se ha impuesto a los privilegios del intelecto, a aquellos que llevan en su frente, desde su nacimiento, este signo luminoso de la predilección del destino?

Decimos al humanitario, al filántropo: Oh, tú que combates nuestra obra, porque crees que la caridad es suficiente para resolver la gran cuestión que preocupa al mundo, desengáñate frente a la evidencia de los hechos y ven con nosotros.

No, no se resuelve la cuestión con la beneficencia. No se fecunda una vasta tierra llevando el agua por gotas; pero sí extendiendo, por una red de largos canales, la onda inagotable de las montañas.

Tu caridad no beneficia a los millones de hombres a quienes les está negada legalmente, por fuerza de las cosas una gran parte del fruto de su propio trabajo. Tal vez sea importante, frente al enorme hecho de la desocupación, producto de las desastrosas crisis que derivan de la anarquía de la producción; pero puede hacer menos todavía para aquella multitud trabajadora a la que el pan no le falta, pero que solicita una disminución de trabajo, una educación civil, un puesto honrado en el mundo, al que no tiene menos derecho que al pan. No, los medios que te aconseja el corazón no son suficientes; es necesario que ofrezcas la obra de tu raciocinio. Ven con nosotros, ya que tu corazón es bueno; y, sin dejar tu obra de caridad, exige con nosotros la justicia; ayuda a los necesitados, pero trabaja también tú para desarraigar la miseria; conforta a los vencidos, pero ayúdanos a preparar una sociedad en la que, por cuanto lo conceden la naturaleza y la fortuna, no existan más ni vencidos ni vencedores.

Decimos al rico. — Si te dicta la razón que es justa nuestra causa y te detiene para incorporarte a ella el temor de la pérdida de tu riqueza y la de tus hijos, vives engañado. Siguiendo así las cosas, no será el socialismo el que te usurpará tus bienes: serán las catástrofes políticas y financieras a que conducen, inevitablemente, el militarismo, la guerra, la deuda, el desorden, inseparables en el régimen social que tú defiendes. La pérdida lejana de tu fortuna no será efecto de la doctrina socialista, pero sí de las grandes necesidades sociales y económicas de las cuales nació la doctrina y por las que se difunde.

Tú temes las revoluciones, el desorden, la rapiña! Pero si es todo esto, precisamente, lo que el socialismo procura evitar, conteniendo las violentas pasiones que impiden el germinar de las ideas fecundas, previniendo las re-

voluciones con la evolución, derribando y rehaciendo el edificio paso a paso, porque la sociedad no quede revuelta y aterrizada en mitad de un campo de escombros!

¿Cómo no comprendes que este movimiento inmenso tiende al bien de todos? Abraza nuestra causa y combatiendo por ella, tú, que tienes riquezas, darás un ejemplo; tú, que eres independiente, serás una fuerza y te sentirás libre de los dos peores males de tu vida, que son la manía de conquistar y el terror de perder, porque la conciencia de ser justo y magnánimo será para ti el más preciado bien, será la verdadera y única felicidad, que ninguna circunstancia, ningún poder podrá arrancar de tu corazón.

Y al hijo del rico, en fin, dedicamos estas palabras. — Tú has nacido entre la abundancia y las comodidades. Si deseas conquistar un puesto honroso en el mundo, te costará mucho menos trabajo que a los otros, porque serás lo mismo que un hombre armado en una lucha en la que casi todos los demás están desarmados. Desde ahora estás seguro de que no tendrás que padecer privaciones, no tendrás que humillarte por no perder el pan; que podrás ser fácilmente bueno, honesto, respetado, feliz. Ahora, mira cuánta miseria existe en torno tuyo, cuántos duros y pobres jornales que dan apenas para vivir; cuántos millones de niños perdidos en la ignorancia y en el abandono; cuántas familias reducidas a la indigencia sin culpa alguna; cuánta desigualdad y cuánta injusticia; cuántos dolores sin esperanzas, y cuántas iras y cuántos odios. Y bien: si te dijeran que existe la forma de hacer que todas las miserias sean corregidas, que el trabajo no falte a ninguno y sea menos pesado para todos, que todos los niños puedan instruirse y educarse, que las desigualdades e injusticias desaparezcan, que los odios de clase se extingan, que la sociedad se transforme en una gran familia en la cual, si no es posible la felicidad, por lo menos que reine la paz; pero que para obtener todo esto es necesario que los niños como tú renuncien a su situación de privilegiados, se encaminen en la condición común y se resignen a trabajar y luchar para vivir modestamente como todos los demás, ¿consentirías en el sacrificio? Y el niño nos contesta de inmediato, con resolución: — ¡Sí! ¡Oh, sí! consentiría! ¿Cómo se podría no consentir? — Y nosotros no le decimos más: hemos puesto la buena semilla en su corazón.

Estos son nuestros pensamientos y nuestros sentimientos; si no son así benévolos cada día del año ni expresados siempre con palabras tan claras no es porque los callemos en nuestros corazones, es porque somos hombres, o sea débiles por naturaleza, sujetos al orgullo, fáciles a irritarnos por la calumnia y también porque es muy frecuentemente ofensiva esta libertad de pensamiento y de palabra, que es una herencia sagrada que nos legaron nuestros padres y que deberá ser una condición inviolable de nuestro pacto nacional. Pero cada año, en este día, nosotros renovaremos sinceramente el propósito de mantener siempre el espíritu y la palabra bien alto, como nuestra idea. No es este el último efecto provechoso y útil de la fiesta del 1.º de Mayo, y nosotros confiamos que esta fiesta será celebrada cada año con más serena dignidad.

Ciertamente: ella será más espléndida y más solemne en el porvenir! No será celebrada únicamente en las calles y en las asambleas, sino que también en las familias, en las que el ideal socialista — que ahora aflige a muchas, aterra a algunas —, terminará estrechando sus vínculos.

Será el día en que las conciencias y los corazones veacidos por el lento trabajo de la razón y por la fuerza de los acontecimientos, se unirán, en decidida y solidaria profesión de fe, a los seres amados; el día en que el padre dirá al hijo: — “Sí, hijo mío, eres tú el que tiene razón; eres más justo y más bueno. No soy ya solamente tu padre, soy un “compañero” tuyo”.

El día en que la esposa le dirá al marido: — “Te contradije, perdóname; no te comprendía, ahora te comprendo; toda mi alma está contigo y por las aspiraciones de tu causa”.

El día en que la madre dirá a su hijo: — “Tienes razón; veo ahora donde está la verdad y la justicia, tu fiesta del Primero de Mayo será desde hoy en adelante la fiesta de tu madre”.

— Sí, tal vez esté lejos, pero ese día llegará. Nosotros lo creemos, como creemos que germina la tierra bajo el rayo del sol. Creemos que el Primero de Mayo perdurará y alcanzará más vastas proyecciones en el transcurso de los años y en el seno de los pueblos, y que después de haber redimido al trabajo destruirá a la guerra; que después de haber liberado a las clases hermanará a las naciones, y que será bendecido por las generaciones venideras como una de las fechas más faustas y más gloriosas de la historia del mundo.

Edmundo De Anicis.



1.º DE MAYO! YA NO PASA NADA...

por HERMINIA C. BRUMANA

Hoy, en el día del dolor obrero, he tenido y también mi amargura.

Das burguesitas hablaban:

—“¿Vas a ir al centro hoy? ¿No temes que ocurra algo con estas manifestaciones de obreros?”

—“¿Qué va a ocurrir! Podemos ir tranquilamente; no hay miedo, *ya no pasa nada*”...

Y en verdad todo estaba tranquilo, tan tranquilo que las burguesitas fueron a pasear al centro.

Yo no es que yo anhele ver sangre y llanto, pero hubiera querido que siquiera por *este día*, los burgueses sintieran miedo.

Miedo a quien sabe qué justicia humana. Miedo a lo que pudiera ocurrir si los pobres se sintieran justicieros.

Hubiera querido que siquiera un día en el año los burgueses sintieran la angustia de la incertidumbre, de lo *que puedo suceder*, esa incertidumbre que sufren los desheredados todo el año.

Pero *ahora no pasa nada*...

Y las burguesitas, tranquilamente, han salido a pasear....

HE CUMPLIDO MI DEBER

Pero yo he ido a la escuela para salvar a mis chicos de la torpe indiferencia de las otras maestras, que ni siquiera les dirán el significado del *primero de mayo*.

Yo he ido y les he hablado durante largo rato de los tristes y de los pobres y les he enseñado que la más alta gloria es el trabajo sano y la más grande humillación, el esfuerzo que exige vida y sangre al obrero.

Yo he ido a trabajar, pero he cumplido con mi deber de mujer consciente.

Este *primero de mayo* yo también, en el aula, sin que nadie se diera cuenta, he cantado un gran himno de amor y de optimismo y he hecho obra de fé hablando al corazón de mis chicos.

Desde mi aula, mi canto de amor se habrá unido al himno universal que hoy acercaba todos los pechos obreros!

Y SIN EMBARGO...

Yo no estoy contenta de mí, todos los años, al llegar este día.

¿Hice algo para ese montón de hombres que pasan cantando con manifestación, pero que tienen un gesto doloroso en la misma boca que *canta*?

¿Hice algo para estas mujeres que me miran con sombras en los ojos secos de tanto llorar?

—“La vida me golpeó; no pude más”.... pretexto mi conciencia.

Pero mi corazón — y mi corazón no me engaña — me dice que no hice todo lo que pude haber hecho por mis hermanos los pobres de espíritu y los pobres de pobreza.

Pero cuando ya voy a cerrar los ojos para no ver tanto dolor que no quise ver antes tampoco, oigo la voz de mi hijo.

¡Sí! En él haré lo que no pude hacer en mí! Mi hijo será lo que yo no supe ser...

Herminia C. Brumana.



A TRAVES DEL NEUQUEN

IMPRESIONES DE VIAJE

por PAUL DEL RIVERO

NATURALEZA MUERTA

Acabo de regresar de un viaje a través del territorio del Neuquén.

Tierras lejanas y casi olvidadas por los que vivimos al calor de las grandes ciudades, tienen, sin embargo, su aureola de grandeza.

Grandeza muy triste por cierto, trágica diríamos, donde resalta del conjunto macabro de su ritmo, la inquietud de aquellos seres, que sepultados entre médanos y sierras, hoscas y tortuosas, se agitan, luchan y sucumben presos de las pasiones y del afán de vida que también anima a los confinados de la sociedad, a los extrañados...

Interminables horas de tren, vejados por la abrumadora monotonía de un panorama desolador, formado por infinitas extensiones de tierras muertas y abandonadas, donde la audacia del hombre no se ha atrevido a poner sus plantas; sin un rancho miserable donde posar nuestra cansada vista; ni un pájaro, ni un ave capaz de enternecer el horror de un paisaje tan áspero, se dejaba entrever en la languidez del horizonte; ni aún los reptiles han hallado asilo en esa tierra, donde el color de la misma, intensamente roja y agrietada dan una impresión que apenas amargamente nuestro espíritu.

Desde Cipolletti, primera estación del territorio hasta Zapala, punto terminal del Ferrocarril Sud, unas siete horas de tren, se repite ese cuadro pavoroso de desolación, alternado de largo en largo por la parada en una estación — la mayoría de las veces es una casucha de madera, fea y chata — que sirve para distraer el cansancio del viajero, y que ha de renovarse luego, al instante, con una uniformidad siniestra y pezarosa.

El suelo pobre y desabrido, cubierto en su mayor parte por piedras y arenales, con hondonadas, y sierras que van aumentando de elevación a medida que se acerca a Zapala, constituye el principal obstáculo que malogra todo medio de locomoción que no sea el ferrocarril, y aun este, en muchos trechos marcha a paso de hombre y con dificultad.

La aridez de la tierra ocasionada por la constante sequía solo permite el crecimiento de pastos duros y algunos que otros arbustos, bajos y raquícos, de efímera existencia, pues el sol los quema bien pronto.

Recién en las cercanías de la Cordillera, o mejor dicho en sus faldas y valles la tierra es más fértil, debido a la abundancia de arroyuelos y riachos, formados por la nieve que se derrite en las montañas.

LA POLICIA CONVIERTE AL PUEBLO EN INFIERNO

En Neuquén como en la mayoría de las gobernaciones, el principal elemento de desorden la constituye la policía.

Es ridículo el número excesivo de agentes y gendarmes, en pueblos poco menos que deshabitados.

Factor de indudable valor político, generalmente se entregan esas comisarias a personajes que vienen a reponerse de algún extravío en el ostracismo o a prófugos de la acción judicial.

Brava y prepotente, junto con el juez y el delegado municipal, forman la trilogía consagrada del barbarismo criollo.

El periodismo está excomulgado, y el único periódico, valiente en parte, "La Voz del Territorio", ha sido víctima más de una vez de los desmanes de los sabuesos policiales. Su director, últimamente estuvo a punto de ser asesinado en la vía pública, por el simple hecho de mostrar su disconformidad con ciertos procedimientos policiales.

En el mismo Zapala, la población más importante del territorio, ha sido testigo de un proceder policial muy curioso, y que da una impresión exacta del grado de garantía que gozan las vidas de los pobladores y del prestigio de las autoridades.

Una noche estábamos varios amigos bebiendo en un almacén, y departíamos amigablemente con la dueña del negocio y su hijo, un joven de veinticinco años, cuando entró un oficial de policía. Este, al vernos, entabló conversación con nosotros, y para complacernos según él, pidió a la dueña que tocara la guitarra y cantara, a lo que ésta accedió muy gustosa.

Una vez que hubo terminado, el oficial pidió al hijo de la dueña que llamara a la inquilina de la casa para bailar una cueca. Esta inquilina era una señora casada, con dos hijos, y cuyo marido, un obrero, estaba trabajando en la Cordillera.

Fué el mozo a buscarla y después de una corta espera estaba allí la inquilina ¡se había levantado de la cama y abandonado a sus hijitos por no deseñar al señor oficial, a quien temía porque desde hacía varios días la molestaba insolentemente!

Bien, el hijo de la dueña del almacén y la inquilina bailaron tantas piezas como se le ocurrió al oficial, y era de ver con repugnancia cómo aquel hombre fornido y vigoroso se prestaba dócilmente a los caprichos de tan exigente personaje. Cansada ya la inquilina,

aprovechó un intervalo para retirarse, pretextando que iba a arreglar a los chicos. Después de ella se encaminó el oficial, que durante el baile no había sacado los ojos de ella.

Con una desverguenza sin igual se coló al patio y de allí pasó a la pieza de la señora.

A los minutos fuimos sorprendidos por la aparición precipitada del oficial, que bastante confuso aunque aparentaba sonreír saludó, desapareciendo. Tras él llegó la inquilina llorando, y entre sollozos y quejidos contó que el citado oficial la había golpeado bárbaramente porque no quiso entregarse a sus caprichos.

La señora fué inmediatamente a quejarse a la comisaría y en seguida hizo acto de presencia el comisario. Era éste un personaje de gestos pausados y casi ceremoniosos, aunque era fácil descubrir tras de su fingida solemnidad, la típica bota de potro...

Pero nada de tomar declaraciones, nombres y demás requisitos indispensables para un procedimiento policial. Se limitó simplemente a preguntar a uno de nosotros si había visto algo, después de lo cual saludó y se fué.

Al otro día, uno de mis compañeros de viaje conversando con el comisario se refirió al incidente de la noche anterior, y entonces éste le dijo: "bah, esas son cosas de todos los días y que no hay que hacerle caso."

Esas mujeres acostumbran a hacerse las estrechas. Si concurrí, fué solamente para no dar lugar a que se quejen de mí. ¡Bárbaro!

Días después me enteré que el oficial autor de dicho atropello hacía muy poco tiempo que había salido de la cárcel de Bahía Blanca, donde cumplía una condena por homicidio. ¡Guapo el hombre!

Y ese hecho pudimos presenciarlo en unos días que estuvimos en la población.

¡Y los que se silencian! Por algo está la comisaría retirada del centro de la población....

INICUA EXPLOTACION DE LOS TRABAJADORES

Las condiciones de vida de los trabajadores de esa región son pésimas. El alcohol, el analfabetismo y la prostitución son las taras que aniquilan a la mayoría de la población trabajadora, compuesta en su totalidad por aborígenes y chilenos.

Las cifras que arroja la mortalidad infantil, agregada al gran número de lisiados por herencia alcohólica y venérea, dan un aspecto trágico a la vida de los trabajadores.

En Zapala principalmente, todos los establecimientos comerciales, ya sean tiendas, ferreterías, zapaterías, etc., tienen despachos de bebidas, donde los trabajadores de la cordillera y estancias vecinas, van a dejar el fruto de sus largas jornadas de trabajo. Se trata

de comerciantes sin escrúpulos, en su totalidad judíos y turcos, que aprovechan descaradamente de la ignorancia y de la bondad de los paisanos.

Durante nuestra estada en Zapala, ningún día de trabajo bajó de veinte o veinticinco el número de borrachos que veíamos vagar por las calles.

Bebían con ansias y hasta exterminarse; en sus rostros curtidos por las huellas de un trabajo inhumano, se reflejaba el estado de agotamiento de esos hombres, últimos resabios de los que en un tiempo fueron los dueños de las pampas, y que hoy sucumben bajo el peso de la injusticia social.

Ayer eran los amos, y vivían felices; hoy, perseguidos y borrachos solo tienen hijos raquíticos y enfermos e hijas que sirven de pasto para calmar la lascivia de algunos desalmados. Son simples sombras proyectadas sobre un pasado que ya pertenece a la leyenda.

¡Miseria, prostitución y barbarie es lo único que sobreviene de la grandeza de nuestros aborígenes!

El roto chileno, lo mismo que el aborígen están acobardados. Ante una intimación y un grito se arrojan como un vil gusano. ¡Tantos sables y ametralladoras se han descargado sobre sus miserables cuerpos que ya hasta han perdido la dignidad personal. Han dejado de ser hombres.

Veía todos los días a un indio de contextura hercúlea aunque visiblemente agotado. Estaba siempre borracho. Pregunté quién era y me dijeron que se trataba de un ebrio consuetudinario que tenía 14 hijos. ¡Desgraciado!

La fecundidad es aterradora en aquellas regiones y la maldición de los pobres.

El rancho legendario, galardón inmortalizado por la tradición nacional cien veces cantada por nuestros poetas, es en aquellos lugares una ruinosa tapera, sucia y hedionda; antro de prostitución y miseria donde en la más abyecta promiscuidad hace estragos la tuberculosis y la sífilis.

Y tal es así, que en la mayoría de las poblaciones que visitamos: Chélforo, Plaza Huincul, Ramón Castro, Zapala, etc., nos decían: "muchachos vayan a los ranchos, allí hay donde divertirse", y en aquellos tugurios inmundos éramos testigos de cuadros macabros, que nunca olvidaremos. Mujeres horriblemente deformes, demacradas, cubiertas de andrajos y sucias, fatídicas, rodeadas de bandadas de chicleos desnudos que nos asaltaban con una mirada fámélica y expresiva, imploraban misericordia y más pan. ¡Tenían hambre!

Y allí ante el asentimiento cobarde de un padre, hermano o marido, inconsciente o degenerado, esa pobre gente se entregaba por unos centavos.

¡Había que tener mucho coraje para tan solo atreverse a posar la vista sobre esos despojos humanos!

ENORME PORCENTAJE DE ANALFABETOS

A pesar de que en la mayoría de los pueblos del territorio hay escuelas, aunque de una sola aula, el porcentaje de analfabetos es enorme.

Salvo la población de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales de Plaza Huincul que posee una buena organización escolar, en los demás pueblos el número de alumnos es reducidísimo.

Obligados por las necesidades de la lucha por la vida, los niños cuando apenas cuentan siete u ocho años — la edad escolar — véanse obligados a trabajar, para cooperar al sostén de la familia.

En las tropas de carretas que hacen viajes de y para la Cordillera pueden verse criaturas de siete años, con la picana en la mano, manejando una carreta. Son viajes que duran más de veinte días, llenos de fatigas y peligrosos; durmiendo en la intemperie y llevando una vida anómala y atentatoria para seres de tan corta edad.

En todo el territorio hay solamente dos bibliotecas, una de ellas, la de Zapala, permanece herméticamente cerrada.

A todos estos grandes problemas que afectan hondamente la vida del territorio las autoridades del mismo hacen caso omiso. Solamente cuando el señor gobernador Comandante Denis se pasea por las termas de la Cordillera, se limita a prometer, prometer...

Y ante el abandono y la desidia condenable con que se atienden esos territorios, ¿no es un sarcasmo las veleidades imperialistas de algunos de los pueblos de Sud América?

Paúl del Rivero.

PROUDHON

Y LA ESCUELA RURAL

(De "La Revue de l'Enseignement primaire")

La escuela rural de mañana será el tipo de la escuela proudhoniana. La escuela proudhoniana se opone a la escuela oficial o ferrysta de carácter enciclopédico y general. Ella se opone a la escuela profesional agrícola que preconiza desde hace tiempo fines estrictamente utilitarios. La escuela proudhoniana hará amar la tierra, el trabajo de los campos; ayudará a la emancipación social y económica de los trabajadores y les hará comprender su papel y su oficio. Ella se acercará en sus métodos a las Escuelas de Trabajo instituidas en Rusia y en Alemania y a las Escuelas que se esfuerzan por establecer una amplia pedagogía humana.

Para Proudhon, la agricultura es a la vez el primero de los oficios desde el punto de vista moral y técnicamente la profesión más alta. Partiendo de ello él quiere rehabilitar el trabajo manual, el trabajo en general que él opone a la ciencia, esencialmente especulativa, en tanto que el trabajo es a la vez especulativo y práctico. Proudhon deduce una filosofía de la ciencia que se funda en el trabajo productivo, en la industria; todas las ideas surgen de la actividad y la industria debe convertirse en madre de la filosofía y de las ciencias.

La pedagogía proudhoniana brota de esta coordinación exacta del trabajo y de la ciencia; ella realizará la armonía del esfuerzo intelectual y del esfuerzo manual y fundará indudablemente esa escuela de productores en la que el factor económico será el fin; es decir el fin determinado.

Será una escuela especializada. Esa escuela no cerrará el horizonte del alumno a los límites de sus campos estrechos y de sus minúsculos talleres, pues no aprisionará al espíritu. Centro intelectual de la Comuna, la escuela rural según Proudhon recogerá todas las enseñanzas locales para coordinarlas y examinará su significación.

Ella educará a la masa de pequeños campesinos perfeccionándolos en su oficio e inspirará sus programas en realidades de la vida práctica; ella elevará moral e intelectualmente las condiciones de los trabajadores del campo; de los paisanos ella hará hombres que tengan conciencia de su situación social y económica y sean capaces de mejorarla por sus propios medios.

Laurin.

(Traducción de I. Z.)



Hay que admirarlo todo
para exaltar nuestro ánimo remiso,
y elevarse más alto
... que los que antes vinieron con nosotros,
de un culpable dolor y deseos
domados y vencidos.
La áspera realidad, suprema, enorme, enorme,
destila un licor tónico, encendido,
que el cerebro embriaga
y quema el corazón con fuego ardiente.
¡Oh trigo claro y puro,
del que extirpa la fatal cizaña:!
¡Clara llama escogida
entre mieles de antorchas refulgentes,
de un brillo legendario,
mas de un falso prestigio al mismo tiempo!
Hay que marchar por el sendero angosto
de la existencia justa y verdadera
por áspero camino a una acogida
muy lejana y remota,
no llevando consigo,
por arma de combate,
más que el lúcido orgullo y la soberbia.
Marchar con su altivez y confianza
en derecha al retador obstáculo,
con la esperanza firme y testaruda
de destruirlo a fuerza de constancia
y fuerte voluntad dominadora,
de inteligencia pronta o de paciencia,
sintiendo cada día
cómo crece y se exalta el sentimiento,
de ser, a cada paso,
más fuerte cada vez, soberbiamente.
A nosotros, amarnos en los otros
con fervoroso afecto,
y que también se encienden en la lucha
hacia el mismo futuro,
del cual ya se oyen los veloces pasos.
Amar su corazón y su cerebro,
a los nuestros iguales,
porque también sufrieron, cual nosotros,
en horas negras, locas,
la misma angustia, el mismo afán y duelo,
y embriagarse del todo
con el ardor de la batalla humana.
— Lumbre débil que flota
de los asaltos fieros y monstruosos
o de los grupos de oro de los astros
que en la serena inmensidad fulguran. —
Que se vive y se sufre en cuanto lucha,
se agita y estremece,
y que se acepta al punto ávidamente,
con corazón abierto,
la áspera ley, terrible y dolorosa,
que rige y que domina al Universo.

Emilio Verhaeren.

EL 1º. DE MAYO EN LA POESIA

CANCION DEL PRIMERO DE MAYO

¿Es de un clarín metálico de ardiente melodía
O de fanfarria bélica de cálida armonía
El son que acaba de vibrar?
¿Es un rodar de alud?
¿Es una vibración de multitud?
¿Es el himno del día o es el himno del mar?

Ayer bajo la nítida serenidad del cielo
Era un rumor distinto que desplegaba el vuelo
De la metrópoli al confín:
Era el rumor complejo de la vida ferviente,
Era la voz constante de la vida latente
En perdurable marcha por su ruta sin fin.

Desde la mar soberbia a la soberbia cumbre
Trabajando afanosa era la muchedumbre
Con la misma fuerza universal;
Era la vida toda destruyendo y creando,
Era la propia vida su vida elaborando
En esa usina colosal.

Hoy bajo el sol del día, bajo este firmamento,
Parece que el mandato de un solo pensamiento
Rigiera cada corazón.

Desde las más remotas orillas extranjeras
Vienen hacia nosotros palomas mensajeras
Con su mensaje de ilusión.

Y es con mensaje idéntico que de tierra argentina
Vuelven sobre la ola marina
En este día de ideal.

“¡Proletarios de todos los países, uníos!”
Con todos vuestros bríos

En las rudas batallas de la Internacional.

Es de un clarín metálico de ardiente melodía,
Es de fanfarria bélica de cálida armonía
El son que acaba de vibrar.
Es un rodar de alud,

Es la voz de la multitud,
¿Es el himno del día y es el himno del mar!

Mario Bravo.

LA POBREZA

La pobreza es peor que la muerte.
Y sólo la vence la suerte.
Dicen que su enemigo es el trabajo:
Hay hombres que trabajan rudamente
Y sólo ganan para pagar el arajo!
Apenas tienen tiempo de lavarse,
Tan de mañana salen tristemente
A su labor; y suelen acostarse
Vestidos, de cansados que regresan
Adonde sus mujeres los esperan
También cansadas, de lavar, planchar,
Y de vivir sin fuerza para amar.

Anónimo.

Mayo

Con este sol de Mayo que nos depara el cielo
el alma del Otoño se difunde en el día
y por los viejos parques va la Melancolía
cubriendo de hojas secas y errabundas el cielo.

Infunden los crepúsculos más hondo el desconsuelo
de todo lo que muere de una lenta agonía,
y hacia una primavera lejana el alma mía
con las aves de paso tiende otra vez su vuelo.

Bajo este sol de Mayo, suave gloria del mundo,
el latir de las fábricas se detiene un segundo
para que por encima de mares y fronteras,
millones de infelices se sientan más hermanos,
mientras con el impulso constructor de sus manos
el vuelo audaz desatan de las rojas banderas.

Emilio Frugoni.

MEDITEMOS

Los pudientes, los preclaros, los dichosos,
los que dan el diapasón de los deberes,
no son hombres — aunque sean, — son mujeres
que gobiernan el jornal de sus esposos!...
Y esos tristes artesanos dolorosos
que repugnan de sudor en los talleres,
vergonzantes, restringidos, como seres
condenados al corral de los leprosos, —
son los hombres, los patriarcas, cuyos besos,
fecundando los pasivos materiales,
depositan en las arcas de los Cresos
aluviones refulgentes de caudales!...
¿Qué sería, qué será de tus progresos
cuando pierdan toda fe tus sementales!

Almafuerte.

INVOCACION A LOS POETAS EN LA FIESTA DE LOS TRABAJADORES

Camaradas de ensueño, sembremos la simiente
generosa y fecunda del ideal libertario,
con fervor entusiasta, noble y sinceramente,
en la tierra propicia del dolor proletario.

Fuera de nuestros pechos todo romanticismo,
nuestra pequeña pena ¿qué es al lado del gran
dolor del universo que abre bocas de abismo
a todos los esclavos del pedazo de pan?

Hagamos que los hombres hasta del más lejano
confín sepan que hay quienes trabajan con amor
buscando en todas partes un corazón hermano
para luchar unidos por un mundo mejor.

Y cuando todos sigan a la hermosa bandera
que ostente estas palabras: “Luz, Amor, Libertad”
entonces nuestra obra será imperecedera
pues habremos salvado toda la humanidad.

Israel Zeitlin.

Al anoecer la niebla invade lentamente los canales. Extiende un manto grisáceo a través del cual, brillan con reflejos opacos, los faroles de los barcos amarrados a los flancos del Riachuelo. Las aguas turbias corren tranquilas. Dos remolcadores que mareban despañosamente lanzan estridentes pitadas que sueñan lúgubrementes. Las máquinas jadean con un ronquido asmático. La niebla parece oponer resistencia a la marcha de los barcos. Un foguista surge de las profundidades de la cala echa una mirada somnolienta y bostezando vuelve a hundirse en ella.

Por la calle Pedro Mendoza caminan escasas personas. Sus siluetas aparecen borrosas y deformadas. El pavimento está cubierto por un fango pegajoso y resbaladizo. Los ruidos se oyen a la sordina.

De las puertas y vidrieras de algunos negocios salen reflejos de luz que apenas iluminan la vereda. Unos carteles previenen que se habla ahí en varios idiomas.

En el interior de un café con pretensiones de Music Hall, se oyen rumores de voces. Comienza un tango. Las notas chillonas y desafiadas de un violín, se destacan sobre las graves y lánguidas de un mandoneón. Las puertas batientes de la entrada giran a intervalos dando lugar a que entre o salga algún cliente. Adentro, en medio de una atmósfera viciada por el tabaco y el alcohol, sentados ante mesas diseminadas, hay personas de distintas categorías y razas. Encima del mostrador, en un paleo adornado con flores de género y papel, que parecen andrajos, están los músicos: Tocan y apenas se fijan en la pieza de música que ejecutan quizás por centésima vez. En medio del confuso rumor de las conversaciones, se oyen blasfemias y juramentos en casi todos los idiomas de la tierra. Desde la caja, un hombre de rasgos duros y enérgicos observa con aire desconfiado a los que entran, tratando, también, no perder de vista al mozo que atiende a los parroquianos. En un rincón un marinero inglés, bebe a pequeños sorbos el contenido de su vaso, un líquido color rubio; la botella que tiene a su alcance indica la clase de bebida: whisky. Trata con visibles esfuerzos de permanecer despierto. Lucha unos instantes contra el sueño, esforzándose en mantener los ojos abiertos y la cabeza erguida; pero los párpados se cierran y la cabeza cae; dormita unos instantes, hasta que, despertándose bruscamente, mira con aire vago a sus costados y sonríe estúpidamente como un borracho.

Afuera la niebla es cada vez más densa. Ahora cae una fina garúa que humedece la ropa y enfría el rostro. Las personas que caminan por la calle se confunden a cierta distancia con los objetos inanimados, de figuras vagas y borrosas; al cruzar frente a las luces

adquieren sus formas concretas. Caminando vuelven a perderlas, pero las recuperan nuevamente cuando atraviesan otro foco de luz. Un marinero de la Prefectura Marítima pasea por la ribera con las manos en los bolsillos de la chaquetilla procurando resguardar el rostro de la garúa.

Sale del café, el inglés: camina tratando mantener el equilibrio. Una mujer desprendiéndose de las sombras de una barraca se le acerca y con una sonrisa que quiere ser insinuante le hace una proposición. El marinero la rechaza brutalmente. Ella, resignada se aleja hundiendo sus zapatos en el fango y mascullando entre dientes:

—Me voy a ver obligada a pasar la noche en la calle... ¡Y con esta noche perra!...

El inglés sigue su marcha moviendo los brazos y gesticulando. Empieza a cantar a media voz.

—Yi's a lonw way to Tipperay... — Camina por la ribera en zig zag aproximándose por momentos tanto a la orilla, que parece inminente la caída al agua. Con voz ronca por la embriaguez prosigue el canto:

—Yi's a long way to Tipperary... — Y tambaleando se pierde en la niebla.

En la lejanía se oye la sirena de un barco, que parece protestar tristemente por la cerrazón.

Ernesto L. Castro.

De mi glosario pueblerino

LA SECA.

No cae una sola gota de agua. Es una maldición del cielo! Los campos están secos; parece que ardiera toda la tierra. Los maizales se retuercen sedientos, clamando un poco de líquido para refrescar sus entrañas que están quedando exhaustas de savia. El sol lanza desesperado sus rayos, quemándolo todo sin piedad. El firmamento de un azulino pálido, límpido, sin la belleza de una nube, semeja un inmenso horno.

Todo está seco. Como el corazón de los hombres!

CAMINO AL MATADERO.

Racimos de juventud lozana y viril pasan riendo y cantando. Llenos de salud, de vida. La sangre quema en las venas, y el sexo clama formidable. Tienen la primavera metida en el corazón y en la carne que los alborota. Es savia fresca y fecunda capaz de plasmar un mundo. Es la salud, es la vida, es la juventud, es el amor!...

Mañana quizás, se le empiecen a podrir las carnes y el alma...

Anselmo A. Pelosio.

LOS CULTORES DE LA GERARQUIA

Por NARCISO TAVELLA

En todas partes encontraremos a los que se glorian de la autoridad que representan, y se complacen en hacería sentir a quienes ocupan posición humilde: la autoridad de algún alcalde bellaco, de algún bruto intendente, fanático militarote, diputado a dedo, doctor anodino o presidente de alguna republiquetita, o de cualquier cosa que esté o no distante de serlo.

El espíritu de jerarquía, tan arraigado en los que se enorgullecen por lo que "tienen", o por el cargo que "ocupan", en ningún caso por las condiciones morales e intelectuales de que carecen, va correlativamente acompañado de la bambolla autoritaria con que se distinguen en todos los actos triviales y oficiales de la vida, y es el resultado de la vergonzante sumisión de pueblos educados en la obediencia.

Consentimos en la autoridad, y en el principio que debe sustentarla; pero no vemos la razón de que quienes la invisten se crean autorizados para menospreciar a los que no tienen más títulos que su probidad y su trabajo, y lo son todo, sin embargo, empezando por la generosidad con que se prestan a elevar a los que pasean su ufanía por los estrados de la administración pública o particular de cualquier empresa mercantil, redentora, o lo que sea; donde hay papanatas que se mueren por la vanidad de una "jefatura", cuando no perfectos bribones que a cada instante muestran la hilacha de la "disciplina" — prurito muy desarrollado en los insignificantes —, no ocurriendo lo mismo cuando se trata de explotar moral y financieramente a las personas ingenuas.

En lo político, la autoridad es la ley; no es la prosopopeya de ningún tinterillo oficiando de redentor de pueblos o agrupaciones. Si la autoridad en lo político cree que lo es porque "manda", y en lo moral porque tiene "subordinados", eso significa, en uno y en otro caso, que no está identificado con el sentimiento de la igualdad. Es una prueba inconclusa de que actúa bajo la influencia de prejuicios ancestrales; de que todas las laoras, la hipocresía, el orgullo, el prurito de guardar distancias, el culto de los "cabaleros", la "categoría" social o jerárquica, contribuyen a obscurecer la mente de tanto pobre diablo eufórico de la "autoridad", colocándose así lejos de la verdadera naturaleza humana, de la realidad de las cosas, que saben apreciar los hombres sencillos, y son, por eso mismo, los que obtienen una mayor substancia de la filosofía de la vida.

Como ciudadanos, acatemos la autoridad de la ley, que debe ser para nosotros el arma ne-

cesaria para labrar el bien público; como obreros, que debemos trabajar para ganarnos el sustento diario, aceptemos a regañadientes la subordinación al mito jerárquico; pero, eso sí, como hombres, no aceptemos la autoridad de nadie.

¿Qué son, y qué valen los cargos, después de todo? El cargo, el empleo, la jerarquía, son cosas pasajeras que ilusionan o envaneecen a los espíritus vulgares. Es lo deleznable, la parte más trivial de la vida.

Lo que tiene valor permanente, es el hombre con sus atributos de tal. Ni tirano ni tiranizado. Ha de ser sobrio y modesto en la vida pública y privada, posponiendo a las fastuosidades del mundo esa belleza silenciosa y subjetiva que solo se encuentra en el hogar, fuente de inspiraciones que ensanchan el horizonte de nuestras ideas y sentimientos, tal vez porque allí, en ese cenáculo de la meditación, percibimos, unidos por vínculos muy fuertes, el origen y el fin de nuestra existencia; porque es allí donde, más que en ninguna parte, sentimos la subyugante simpatía que nos despiertan los libros, nuestros mejores amigos, según las palabras de Avellaneda.

El pensamiento se reconcentra, como obedeciendo a la necesidad de apartarse de las vanidades mundanas. Es el vehemente deseo de encontrar en la sencillez lo que en vano se encontrará en otra parte. La irradiación del espíritu es infinitamente más bella que el espejismo de los goceos concuspicentes, puesto que la primera contiene la esencia de la poesía, en tanto que el segundo es solo su ropaje seductor.

En el silencio y el apartamiento voluntario divisamos con más amplitud el panorama del mundo, y lejos de ser ello la negación de la solidaridad social, significa, por el contrario, la más alta expresión de ella.

Contemplar la constante evolución de las ciencias; prever y estudiar los cambios políticos y sociales que elabora el pensamiento de los filósofos; auscultar el porvenir de las naciones y el enriquecimiento del patrimonio cultural de la humanidad; he ahí la verdadera y más inteligente vinculación a que puede aspirar un ciudadano. Es la vinculación que se establece con el mundo de las cosas fundamentales y permanentes, y al lado de ella, comparada con ella, ¿qué valen la vanidad de las jerarquías, los honores convencionales, la hipocresía mundana? La vida humana, digna de tal nombre, es la que se convive con el esfuerzo de los pensadores, consagrados a elaborar las fórmulas teóricas de la dicha social.

Jamás se envaneció Alberdi con los pocos cargos que le tocó desempeñar, y, sin embargo, como argentino y como escritor vale infinitamente más que esa cohorte de estúpidos que la echan de importantes, gracias al arrivismo, a la casualidad o al fraude artero que los colocó al frente de un cargo más o menos representativo; y otro tanto podemos decir de Sarmiento, que, siendo presidente de la república, podía pararlo en la calle cualquier ciudadano, para conversar con él; y si lo hacía en su casa, era muchas veces en mangas de camisa, con los brazos arremangados, como verdadero hombre de mundo, con fuerza moral suficiente para despreciar la vanidad de que se revisten los insignificantes, los audaces y los analfabetos de estos tiempos en que el oropel juega tan importante papel; de estos tiempos de simuladores y charlatanes a quienes nuestros criollos denominan con gran verdad, y en su léxico característico, "piojos resucitados", prototipos o apologistas de la "autoridad", y al propio tiempo mercaderes sin conciencia, con espíritu bizantino de cortesanía cuando se trata, no de imponer "su autoridad, sino de obedecer la que está colocada más arriba.

Es el aspecto más repugnante de la cobardía que podamos echar en cara a un hombre, y hay que decir que forman legiones los que se encuentran en este caso; pero, felizmente, y aunque en reducido número, hay también ciudadanos que no se dejan impresionar por la prosopopeya de quienes se sienten grandes o pequeños mariscales, genios, reencarnación napoleónica, catones, superhombres, o cualquier cosa por el estilo, y están capacitados para dar a cada cual el mérito que tenga, llámese como se llame; cargue sable o estola; tenga chapa en la puerta o diploma fraudulento; se eche hacia atrás, como Falstaff, o se las dé de Tartarin.

Narciso Tavella.

Arroyo Seco, Abril de 1925.

Los estudiantes y el pueblo

El movimiento que conmueve a la humanidad, en esta hora crítica que atraviesa, ha despertado, aún en los más indiferentes, una viva inquietud.

La debacle de las pseudo democracias y de las oligarquías contribuyen a que esa sensación de inquietud sea la piedra de toque que los que hasta hoy han considerado que su única misión dentro del dinamismo social es la pasividad y hace que se engendre en ellos un nuevo espíritu que los impulsa a unirse a los que luchan para cambiar la actual organización social.

Pero los estudiantes, que en razón de su juventud y de sus entusiasmos, de su alejamiento de las ruines pasiones, son los más indica-

dos para abrazar las causas nobles, no forman en su gran mayoría, parte integrante del núcleo huma onque busca elevación moral y material. Ellos prefieren los goces efímeros de la sicilipsis, del sibiritismo, de lo epicúreo al placer espiritual, superior, de haber contribuido con su brío juvenil, con su talento, con noble desinterés, al bien de la comunidad, a la liberación de las masas populares que gimen bajo la férula aciaga de la opresión.

Se alejan del pueblo, de ese pueblo que se ha dado en llamar bajo, pero cuya bajeza no proviene sino de la miseria con que los agobia el régimen imperante, olvidando que la cultura y la ilustración que adquieren en las aulas no es más que una resultante de las duras jornadas del proletariado. Pagan los estudiantes con ingratitud la improba labor, la eterna jornada agobiante y extenuadora de los que impulsan con sus brazos la producción, para asegurar, bajo la amenaza del látigo capitalista, la perfección a seres que muchas veces no son sus propios hijos.

Y los estudiantes, para mayor ultraje, corren a formar columnas en las entidades reaccionarias para aniquilar de una vez al proletariado que siente ímpetus de rebeldía ante la iniquidad de la opresión que es víctima.

El ejemplo de las juventudes estudiosas de Chile y de Mejico, "vanguardia del nuevo pensamiento en acción", que no han trepidado en unir su noble rebeldía al de los proletarios, es un bofetón en plena mejilla dado a nuestros estudiantes que se consumen en el prostíbulo, que permanecen en la inercia o que concurren al comité de política bastarda para la satisfacción de su vanidad de hombres mediocres.

¿Cuál es la misión social del estudiante? Conviene señalarla por la inmensa consecuencia que entraña su realización: Componetrarse de las necesidades inmediatas del proletariado: elevar su grado de mentalidad acrecentando su cultura; infundir la noción del libre albedío; estimular la fuerza de liberación que reside en todo ser humano; señalar la nociva influencia de la superstición y de la fe interesada y, en fin, llevar la convicción de la igualdad a que deben estar sujetos por ley natural la especie humana.

He ahí un programa de vasta acción que reclama a la juventud estudiosa y al cual ella no puede rehusarse, pues al hacerlo, no revela sino que es indigna depositaria de las conquistas del espíritu.

Cabe esperar, de una vez por todas, que nuestros estudiantes definan si continuarán en el pasivismo culpable o irán a engrosar las filas de los que se anticipan al siglo bregando por un porvenir más en armonía con las necesidades y la naturaleza misma de la humanidad.

Marcos A. Landau.

Buenos Aires, abril de 1925.

PRIMERO DE MAYO

(Impresiones de ayer y de hoy)

por EDUARDO MARQUINA

Recuerdo, de niño, la impresión que me produjo por primera vez presenciar, en la Fiesta del Trabajo, recién instituída, el paso de la manifestación obrera bajo los balcones de mi casa una mañana. Yo vivía en Barcelona, en barrio de almacenistas, comerciantes y burgueses: entre ellos; en el segundo piso de una vieja casa cuyos bajos servían entonces, y sirven todavía, de almacén de drogas. La manifestación se había organizado cerca de allí, en la llamada plaza de Palacio. Durante casi una hora desfilaron en silencio por nuestra calle, angosta y larga, los trabajadores. Constituían una vasta columna, casi uniformada en el color azul de las blusas que entonces se llevaban. En mi oscura conciencia de observador incipiente, yo no tenía otros términos de comparación para aquello que los desfiles militares y las procesiones religiosas. Unía al paso de gentes en formación por la calle el estrépito de las charangas del ejército, o la cadena de luz de los cirios, las imágenes, el olor a incienso.

Y aquel desfilar de gentes oscuras durante tanto rato en libre amalgama, sin marcar el paso, sin alineaciones teatrales y en silencio, sobre todo en silencio, dándome una impresión de naturalidad emocionante, casi angustiada, se me quedó grabado en la memoria con trazo imborrable... ¿A dónde iban? Porque ésta era para mí la sensación que principalmente transcendía de la masa en movimiento: la sensación de que "iba a algo". No era una cosa definida, concreta; no tenía forma determinada; no empezaba y concluía; "pasaba". Carecía de ceremonial; no estaba su finalidad en ser espectáculo; ni banderas, ni cantos, ni músicas, ni composturas representativas, ni ostentación de símbolos; aquello trastornaba por completo mi experiencia de la realidad adquirida hasta entonces; todas mis nociones de niño que se asoma al mundo desde los balcones de su casa...

(¡Benditos balcones!... Eran dos únicamente, de hierros gastados, abiertos a una calle estrecha, con apenas una faja de cielo azul encima de ellos, entre casas mohosas, tejados, ventanucas, una cortina de tela roja que no sé dónde colocar exactamente, gatos, ruido de carros y estrépito de vida... Eran dos. Viéndolos años después, me han parecido lamentablemente pobres y tristes, en la lisa inexpresión de sus lisos barandales rígidos... Sin embargo, ellos no me dieron, trayéndola de fuera, la mitad de mi alma).

Sigamos.

Los desfiles militares y las procesiones religiosas solían proporcionarme por entonces un deleite gustoso de espectáculo scabado. Yo sentía, adivinaba que su "por qué" y su razón de ser estaban, más que ellos mismos, en que

yo los mirara. Y miraba. Recogía en ellos como en un espejo, imágenes de cosas conocidas que estaban previamente en mi conciencia: España, la patria, victorias, batallas, o los misterios de la religión: la virgen, vida de santos, Jesucristo, la pasión, la cruz.

Pero nada de esto me ocurrió al paso memorable de aquella azul muchedumbre en marcha... Su efecto era opuesto al de los otros desfiles. No venía de lo que yo conocía, aportándome, en quieto espectáculo, un repaso de imágenes sabidas; no, aquello, como algunas palabras al oír las por primera vez, o como, hoy todavía, el movimiento del mar, levantaba en mi alma atisbos ilimitados, imprecisos. Y cuando la última blusa, doblando la esquina, desapareció por la transversal de otra calle, yo me quedé lleno de inquietud y estupor... Habría querido echar a andar, seguir a aquellos hombres que habían pasado bajo mis balcones, andando naturalmente, sin marcar el paso, como el que va a algún sitio; que no venían; que iban, iban... Pero ¿a dónde?

Si se hubiera ido marcando sobre un papel, por un observador sagaz, la fisonomía espiritual de cada uno de los "Primeros de Mayo" transeúridos desde entonces, mi pregunta de niño, que debió ser la de todos en aquel primer desfile — porque "infancia" es por las cosas por primera vez — habría ido obteniendo, de año en año, respuestas parciales. Estas respuestas serían como jalones del camino andado.

¿Que ha habido de todo en ese camino? Sí, de todo: tropiezos, desviaciones, rectificaciones, pasos perdidos; pero ni estancamiento, ni consuetud, ni ausencia de voluntad, ni escepticismo, ni desengaño; nada de lo que infiltro, en las manifestaciones de la multitud, ese inconfundible y laso desmayo fatal de los "viajes de vuelta".

No; las manifestaciones aparentemente iguales, han ido sucediéndose; pero el agna que rodaba sobre el lecho igual era distinta cada vez. Lo es hoy, lo será siempre, hasta lograr su plenitud. Y esas gentes con un prurito vivo, original, diverso, adecuado a la realidad de su lucha en cada momento y cada año, estas gentes pasan todavía ante nuestros ojos, sin detenerse; con un objetivo a la vista; estas gentes no vienen, van, van todavía...

¿Desviaciones? ¿Rectificaciones? Sí, ya sabemos.

Pasó la honrada blusa azul o blanca; quedó relegada a lo accesorio la jornada y su duración: en breves amagos de ataque, más cerrado cada vez, hoy los detalles concretos suelen ser piedras de toque, ensayos de fuerza, pretextos,

que tan pronto se adoptan como se abandonan, para tantear la lucha.

¡Eclipses! También; el socialismo pareció que iba a ser víctima de la guerra; y la guerra ha muerto a manos del socialismo. Se cuartean sus agrupaciones políticas; pero surge otra política social, del lado de acá del Parlamento... Andan, andan todavía.

Entretanto, vosotros, sus adversarios o sus indiferentes — como quiera que seáis, os califico, — estaréis, estacionados en las aceras o asomados a vuestros balcones, este año, como los otros, al paso de la manifestación. Yo os vengo observando, desde aquel primero, y sé de memoria la expresión de curiosidad intrigada, de suficiencia tranquila, de satisfacción burlesca, de desdén fingido, de reserva, de seguridad, de condescendencia, de engaño, la expresión del que, en resumidas cuentas, está esperanzada por lo largo del plazo, con que soléis comentar sin palabras, sólo en líneas del rostro, el paso de la manifestación un año y otro. Este año, sin embargo... Allá veremos; no sé por qué me da el corazón que este año reviviré mi antigua inquietud y que este año se reproducirá, en parte, aquel silencio de la primera vez; aquel solemne silencio de unos y otros que no olvidaré jamás; silencio de la naturaleza en la inminencia de una tempestad que no se confunde con nada y que es de una emoción inefable. Andan, andan todavía.

Lo habéis procurado todo, es cierto. Habéis procurado halagarles, aconsejarles, dividirlos, maularles, contenerles, encauzarles, perseguirles, destruirles. Y aquí están. Brotan debajo de vuestras previsiones; se anticipan a vuestras astucias; no entienden vuestros argumentos, van por otro mundo; andan.

Cambiáis, maquiavélicos, de táctica.

Hábilmente los tomáis bajo vuestra advocación; cedéis, fingís ejercer en ellos cura de almas, les hacéis casas, disponéis rediles, abris en vuestras instituciones, en vuestras doctrinas— todos, todos los más intransigentes como los más conciliadores— huecos donde albergarles, donde quepan, especie de salvo-conduco de vuestra mercancía, patente de corso en vuestra nave; y ellos callan, parecen convencerse, lo desean tal vez; hogan, armados de las mejores intenciones; pero luego, a su pesar y el vuestro, todo quiebra; la herejía revienta, despedazando los dogmas. Andan, andan, no caben en las más elásticas ataduras... No se le ponen carriles al Destino; andan.

La toga sobre los hombros, el birrete en las frentes, les llamáis a examen. Doctorales, estu-

diáis, preguntáis. Un senado de sabios, un arcabuzado de poseyentes, en el paraninfo, coruscante a vanidad y fórmulas, sonrío aperebido a fallar. Y el pobre reo, el acusado, en un apenas encogerse de hombros simple, iguaro, fiel a su fe, reconoce que no tiene disculpa; que no puede contestar. Falláis, sentenciáis; se os olvida que no hay palabras para expresar lo que es y será; que no puede tener nombre lo que ha de venir, y le condenáis porque calla. Es ya viejo: el sol no se movía; no había un mundo hacia occidente; Galileo y Colón callaron... "E pur..." Pues estos de hoy, también: andan, andan.

La duración del jornal, su salario, las huelgas, los actos de violencia, la fuerza del número son otros tantos modos materiales que necesariamente ha de asumir el nuevo concepto para incrustarse en la realidad. Pero todo eso, repito, empieza a tomar su verdadero valor de "medio" oportunista y transitorio; se toma y se deja, como un útil...

En los adversarios es un burdo ardid de guerra atacar exclusivamente en ese terreno, no tanto por ignorancia, como para que el obrero se encarnice y se gaste en la defensa de estos pequeños reduetos y pierda la batalla total.

Pero todas las hipocresías de los detractores intencionados no podrán quitarle, a la manifestación de este año, su propia y peculiar fisonomía: y es que, positivamente, los obreros irán a ella con las manos calientes ya de un fuego espiritual.

Deshecho brutalmente el mundo, en la catástrofe pasada, por los poseyentes y los agiotistas, surge de sus ruinas, única novedad, esta cosa purísimamente espiritual: el trabajo, fuente "única" de derecho en la vida.

Los detalles, la aplicación de ese derecho, irán apareciendo, precisándose; por hoy, su afirmación es lo importante. Y más que su afirmación, lo adentro que se ha incrustado, en la conciencia de la humanidad, en poco tiempo.

Habrá quien lo niegue; quien lo discuta con razones, yo no he sabido encontrarlo. Y las negaciones no importan para la efectividad de un hecho: la ausencia de luz supone la luz.

(Vuelvo a pensar en mis balcones de niño. Con mi alma de entonces quisiera asomarme a ellos este año, al paso de la manifestación. He vivido, he sufrido, he aprendido a resignarme, horrible cosa. Y me duele no disponer, para la nueva emoción, de un alma nueva).

Eduardo Marquina.



EL DESFILE

por ANTONIO ZOZAYA

"Un surco se ha abierto en vuestro espíritu. Después de haber sido soldados de la patria, tenéis que ser soldados de la justicia".

JAURES. *Al volver del regimiento.*

Pasaba la manifestación de los trabajadores. Una inmensa muchedumbre cubría en toda su enorme extensión de larga y anchurosa avenida. Sobre el mar de incontables cabezas humanas aparecían desplegados millares de estandartes rojos, símbolos de fraternidad, de solidaridad, de unión firme y animosa entre los humildes. Los que vimos en nuestra infancia y en años muy remotos la primera bandera de la Internacional, solitaria, rodeada de dos docenas de ilusos, despreciada, mirada con desdén, en medio de la inmensa turba de desocupados y de parásitos, que regresaban de sus solaces, ganados a costa de explotaciones y de privilegios inícuos; los que contemplamos aquellos precursores abnegados que se atrevían a alzar la pobre enseña de las reivindicaciones sociales en medio de una sociedad burguesa, que los juzgaba enemigos de la virtud y de la verdad, sentíamos ayer a acelerarse nuestro pulso y oprimirse nuestra garganta al ver aquella manifestación imponentísima, aquella arrolladora masa humana, que pasaba cantando sus himnos, celebrando su victoria en las urnas, anunciando un porvenir glorioso en que todo el derecho será transformado, en que los principios de humanidad serán acatados por todos los hombres y en que la paz universal dejará de ser una palabra vana.

A mi lado, entre los espectadores del grandioso desfile, cubierto por sus plegadas estameñas, calzado con sus sencillas y limpias sandalias, meditaba un fraile. ¿En qué pensaba? ¿Recordaba acaso aquellas otras procesiones en que muchos millares de fieles alzaban también sus estandartes recamados en oro y sus imágenes evocadoras? Su semblante aparecía impenetrable. Sin duda, comparaba, analizaba, juzgaba. Por mi parte, dando por supuesto el contraste, no pude menos de pensar por mi cuenta y de atribuirle lo que yo mismo hubiera discurrido a encontrarme dentro de sus hábitos.

—He aquí — me diría, si yo fuera el fraile — una manifestación del sentimiento universal popular, a la cual la Iglesia pudo no haber jamás sido ajena. ¿Qué otra significación tuvo la religión en sus comienzos, ni cuál otro quiso, sin duda, darle su fundador que el de la anteposición de los ideales de justicia y de

fraternidad a los intereses egoístas, el de la supremacía de la libertad sobre el despotismo cesáreo, del enaltecimiento de los humildes sobre la injusta y soberbia preponderancia de los pretores, de los escribas y de los fariseos, de los que padecen hambre de pan y sed de justicia sobre los que todo lo acaparan y corrompen? Un Redentor caminaría descalzo al frente de estas muchedumbres, dejando salir de sus divinos labios sus bellas y trascendentales parábolas. ¿Por qué ahora los desfiles de los creyentes hartos son otros que los de los fieles, y esperanzados, y hambrientos? ¿A qué causa obedece que los estandartes de los que se llaman discípulos del Hijo del Hombre, bordados con preciosos metales sobre ricas sedas, sean llevados y acompañados por los poderosos, y los de los que pasan por enemigos de la idealidad, hechos de sencillos y modestos paños, sean alzados por los que trabajan y sufren, como si la predicación evangélica se hubiera disipado en el seno del viento? ¿No pudo buscarse una conjunción entre las palabras y los hechos, entre lo material y lo espiritual, entre lo que ha sido y lo que es, entre el presente y el futuro?

Después ví, poco más distante, a un patriota, que había vertido su generosa sangre por España en la guerra, y esta vez mis reflexiones fueron no menos lógicas. "¿Qué funesta desviación — me dije — es culpable de que parezcan divorciados sentimientos que tienen una misma raíz? ¿Por dónde ni por qué han de parecer contrapuestos el sentimiento de la equidad y el amor a la tierra en que se ha nacido? ¿No son estos trabajadores los que se honran cubriendo sus hombros con el uniforme del soldado, los que pelean en las avanzadas y los que derraman su sangre cuando lo exige la independencia del territorio? ¿Cómo, pues, han de parecerse extraños ante sus caudillos? ¿No será que se les ha llevado injustamente a unos y a otros a improcedentes e injustas campañas? ¿No será que por los llamados a crear el verdadero patriotismo se ha procedido con ceguera, olvidando que es del pueblo de donde salen las legiones y que, así como el deber de los ciudadanos pobres es acudir a donde se les llama, el de los capacitados es guiar con desinterés y con causa justa? Ved otro aparente divorcio, que no puede lógicamente ser explicado."

Por fin, miré, a mi izquierda a un intelectual de justo renombre:

"¿Cómo la intelectualidad — me pregunté — puede ser ajena a esta explosión de sentimientos humanitarios, de aspiraciones justas y legítimas, de esperanzas igualitarias racionales

y bellamente estéticas? ¿No será porque la intelectualidad, adulterada, se va convirtiendo en oficio y desdén, por la vida regalada, las soberanías del pueblo? ¿Y es posible porque se ha puesto al servicio de todas las explotaciones, de cuyos beneficios participa, por lo que es mirada con desafecto por todas estas legiones de varones útiles, que proclaman la soberanía del Pueblo? ¿Y es posible que ignoren que pudieran llevar a sus masas el sentimiento estético y el amor a la indagación, como otros pudieran dotarlas del más acendrado patriotismo y de una orientación espiritual de que acaso están necesitadas?"

Seguían pasando los obreros, y yo me descubrí ante sus banderas. "Seguid vuestro ca-

nimo — exclamé, — hijos de la labor y del dolor, precursores de un universo más justo y más piadoso que el que condenó a la miseria a vuestras mujeres y al desamparo a vuestros hijos. Tal vez, algún día se unirán a vosotros todos aquellos que pudieron guiaros, y vosotros los buscaréis con empeño. Ello sería un gran bien para la Humanidad; pero si la ceguera de todos fuera tal que la desunión se hiciera irremediable para el cumplimiento de todos los fines, para la realización de todas las justicias, para el alumbramiento de las más sublimes verdades, y la santa fecundidad de los más nobles sacrificios, sabréis caminar de todas maneras".

Antonio Zozaya.

OBRA DE HERMANOS

La obra del "labrador de ideales" — pensador, artista, poeta, — se hermana sin dificultad para quien mira de lo alto el conjunto de las activas fuerzas humanas, con la del cultivador de las realidades positivas: con la de aquel que recibe los dones de la óptima mies, del lacio rebaño, del metal que esconde en sus profundos túneles la tierra. Sobre ambos brilla el Trabajo su enseña gloriosísima. Ambos son hijos buenos del Trabajo. Sea en pensamiento luminoso, en fácil verso, en pincelada inmortal; sea en opulento vellón, en rubio trigo, en áureo lingote, ambos pagan bien su parte de vida. No siempre reconocen su fraternidad, y hay veces en que se miran con recelo. No importa. Son picapedreros de la misma roca, después de la jornada, hay una Madre que los confunde en el mismo abrazo de amor. Del campo fecundado por el brazo toseco y fuerte — ¡cuánto más noble que el del Adán anterior a la condena, exento de trabajo! — nacen las frondas de las civilizaciones poderosas y ricas; y luego esta vegetación florece, por su propia ley, con las maravillas de color y fragancia de las grandes épocas de pensamiento, de cultura, de arte. Tal florescencia preciosa es, pues, indirectamente, obra del rudo trabajador, que ni pensó nunca en ella, ni acaso, si la conociese, la estimaría en su divina hermosura. Tampoco suelen pensar el poeta, el pensador, el artista, fieles a su labor desinteresada y libre de toda utilidad e viciosa, en la posible repercusión de su obra dentro del campo de las más positivas realidades humanas, cuando el eco del canto se transfigura en acción, cuando la nota de la marcha se inflama en heroísmo, cuando la moral del sistema se concreta en conducta.

Y aun sin llegar a estas transformaciones que requieren la alquimia misteriosa del tiempo: ¿no nos ofrece el arte ejemplos de una vinculación más inmediata, más íntima, con las inspiraciones de la prosperidad y el bienestar característico, el glorioso arte flamenco, sino tar material?... ¿Qué es, en su aspecto más la apoteosis de la vida de abundancia y de sensualidad sana y fecunda, que espande en las romerías, en las alegres "kermesses" de Teniers? — De aquellas romerías, de aquellas ferias, tomó colores un arte... Cuando estas fiestas del trabajo, cuando estas citas civilizadoras con que aspiramos a reemplazar, en el semidesierto americano, la cita bárbara de los "montoneros" para la revuelta, de las pasiones para la devastación, hayan adquirido la perennidad de la costumbre y el colorido propio sin el cual no habrá nunca asunto valeroso para el arte, a ellas recurrirá acaso el artista, para encontrar en la belleza que nace de la alegría del vivir, del consorcio fecundo con la Naturaleza, de la eterna geórgica del campo domado por la mano del hombre, la inspiración que sustituya a las leyendas, ya mustias y descoloridas, de la guerra civil.

Entretanto, arte y utilidad pueden bien ir de compañeros entre nosotros, por cuanto tienen intereses convergentes y tienen también comunes enemigos. Una actividad gloriosa los identifica dentro de su capacidad inmensa: el Trabajo, o llamándola con nombre más grande aún y más sagrado: la Vida, en cuyos altares hemos de inmolar todos los odios, todas las preocupaciones del pasado, todas las influencias de esterilidad, de estancamiento y de muerte.

José Enrique Rodó.

HAN RYNER

SU VIDA Y SU OBRA

He aquí un filósofo de los más exóticos, un escritor de los más notables. Es ya tiempo, en medio de nuestras inquietudes modernas, de poner en evidencia el valor de este artista, que ya hace algunos años es saludado con afección y respeto por toda una juventud que sigue con afán la profundidad del pensamiento de este probo literato.

Dos hombres se han sucedido en la fuerte personalidad de Han Ryner: el hombre de rebeldía y amargura, y el hombre dulce y sereno que ha producido tan graves y bellos libros.

Antaño, orador ardiente y magnífico, uno de los más hábiles y elocuentes del momento, subía a las tribunas para estigmatizar la bajeza y la hipocresía. Hoy día es un conferenciante atrayente, un erudito sagaz y espiritual, persuadido de que nada vale tanto como una noble vida interior.

Antes de analizar lo esencial de su obra, ensayemos explicar al hombre.

He aquí, abreviada, su historia de escritor:

En 1888, a los veintiséis años de edad, Han Ryner (que firmaba Henri Ner), empezó escribiendo novelas psicológicas de tendencia moral: *Pauvre petit orgueilleux*, *Printemps fané* y *Chair Vaincue*. El héroe de *Chair Vaincue* pasa del "dilettantismo" intelectual a una filosofía en la que la necesidad de la acción postula una metafísica. El autor no había descubierto aún que la acción, como la investigación positiva, debe desprenderse de toda metafísica (a lo que él llamó más tarde el positivismo moral). Su héroe se adhiere al Kantismo y apoya su metafísica sobre las necesidades aparentes de la acción. Jean Aicard prefirió extensamente este volumen, en el que decía del autor: "es el más inquietante lexicógrafo e ideólogo que yo conozco"; y Sorey consagró todo un folletín del *Parti National* a este libro, que, según decía, le había irritado con frecuencia, pero que ni un solo instante le había fastidiado. Fue un buen principio.

El problema moral, complicado con el problema social, no aparece más que en el cuarto manuscrito de Han Ryner: *La Folie de misère*. Después escribe *L'humeur inquiète*, que agradó mucho a Alphonse Daudet.

En 1891 Han Ryner se hizo socialista, y en colaboración con Emile Saint Lane publicaron en 1892 *La Paix pour la vie*; en cuyo libro se llegaba a la conclusión colectivista y se propagaba la idea del "pan gratuito", que algunos años más tarde tuvo cierto éxito por la colaboración de Victor Barrucand en la *Revue Blanche*.

En 1892, en algunos meses de intervalo, Han Ryner perdió dos hijos y escribió *Ce qui meurt*, el único libro que no tuvo el valor de retroceder, porque este concienzudo escritor rehacía siempre

dos y con frecuencia tres veces cada una de sus obras. Si, como sucede en varios de sus primeros libros, *Ce qui meurt* adolece de algunos defectos, hay, por lo menos, una parte titulada *Fragments du livre de Pierre*, extremadamente bella, conmovedora a fuerza de simplicidad sincera. Es la prosa escrita por un padre enloquecido por el dolor y la ternura ante su hijo muerto. Y el buen trabajo literario cicatrizó algo el desconsuelo paternal.

En 1895, en relación con Alphonse Daudet, tradujo del provenzal *Vie d'enfant*, y después apareció un año más tarde, la segunda parte: *Le Valet de ferme*, que llevaba la sola firma de Daudet. Se había escamoteado el nombre, pero utilizado el trabajo de Henri Ner, que no pudo obtener justicia. Fue una de las primeras causas que le hicieron tomar prevención por la "gente de letras".

En esta época llegó a París con el manuscrito de *Supcon* para instalarse definitivamente. Hasta entonces pasó por muchas peregrinaciones universitarias. Nombrado profesor en 1882, varias villas de Francia conocieron su binóculo y su negra barba. En 1884 cuidó los enfermos del cólera, lo que le valió la condecoración de las palmas académicas que jamás ostenta.

En París pensó seguir una débil obra literaria y socialista, estudió y, sobre todo, observó a los hombres. El resultado fue que perdió toda su candidez provinciana y vió caer sus ilusiones. Se aproximó a los anarquistas y su experiencia no fue más feliz. Entonces, herido en su sinceridad, replegó sus alas de entusiasta y de propagandista y muy rápidamente se encerró en el individualismo, del que ya no debía salir.

Le Crime d'obéir fue escrito hacia esa época y fue su primer acto de fe subjetivista.

De 1896 a 1898, Han Ryner, sacudido por esta gran crisis de la que debía salir su segunda personalidad, meditó, sin escribir. Leyó muchísimo, sobre todo los viejos filósofos griegos.

Entonces reanunció su actividad literaria con *Le Massacre des Amazones*, *Les Prostituées*, *L'homme-furmi*, *Le Soupçon* y *La Fille manquée*.

Le Crime d'obéir y *L'homme-furmi*, hacia 1900, colocan definitivamente al autor en la vía filosófica, y desde 1901, el escritor, dominando completamente su pluma, comienza la serie de sus obras maestras, que se pueden catalogar metódicamente por la parte verdaderamente sólida y que quedará de esta magna labor, en cuatro exposiciones de su pensamiento, a saber: la directa, la simbólica, la novelesca y la histórica.

No vamos a detallar un estudio completo y queremos, sobre todo, hacer resaltar su doctrina individualista, o, si se quiere, subjetivista.

He aquí algunos fragmentos del manuscrito:

“Jesús quiere que yo me dé. Epicteto quiere que yo me realice. Darse es acaso un medio de crearse. Conocerse y realizarse más y más permite a la vez dar mejor y dar más... Amor y sabiduría se suponen y se sostienen en la luz de las cumbres, como en los bajos fondos y en las tinieblas el servilismo y la dominación fraternismo y subjetivismo, no seréis acaso los dos aspectos de la verdad, el doble movimiento de la vida, mi corazón que se dilata y se contrae?”

“Mira, hijo mío. Por un camino seguro te has reunido con Jesús. Tú también, ahora, amas a los hombres, tú también tienes sed de darte. Ve y darte. Levántate. Ponte derecho. Armate de ti mismo únicamente: voluntad, paciencia y perseverancia. Hasta que la vida, el tirano o los esclavos sordos te golpeen mortalmente, lucha contra las mentiras locales y contra las mentiras de la actualidad. Explica a tus hermanos que lo que ellos creen la parte más preciosa de ellos es su peor enemigo: pobres heridos que, sobre los puntos más sensibles, se imaginan defender su integridad y protegen las gangrenas de que mueren”.

Dice el autor con noble probidad, refiriéndose a su evolución, que, en substancia, buscó la dicha y creyó encontrarla primero en el placer vulgar; más pronto se percató de que la dicha no procede de afuera y se contentó con pedir al mundo exterior que no le fuera demasiado doloroso y que no turbara su actividad espontáneamente alegre. Pero, no siendo el dolor siempre evitable, se volvió por completo hacia la filosofía de la fuerza defensiva y en un momento afirmó un desprecio agresivo por los hombres. Por un nuevo progreso, se despojó de toda hostilidad, llegó, en fin, a este subjetivismo que practicó tan sinceramente en la vida privada y que quiere ser extraño a la acción social aun aceptando el fraternismo.

Varios son los comentarios que podrían hacerse a la extensa obra de Han Ryner, pero no podemos abusar de la hospitalidad que nos presta la revista LOS PENSADORES.

Para terminar esta nota, nos limitaremos a decir que la actividad de Han Ryner, como escritor y conferenciante es incansable y ella queda registrada en el Boletín mensual que publica la asociación “Los amigos de Han Ryner”, y cuyos fines son:

1° Reunir lo más frecuentemente posible a los admiradores de Han Ryner alrededor de su obra y de su pensamiento;

2° Hacer estenografiar y publicar en librería las obras oratorias del Maestro;

3° Hacer reeditar, cuando los recursos de la Sociedad lo permitan, ciertos libros de Han Ryner, hoy agotados;

4° Obtener del Salón de Otoño, del Salón de los Independientes, del Salón de los Jóvenes y, en general, de los diversos grupos que organizan audiciones literarias, que una de sus sesiones sea consagrada anualmente a nuestro gran Amigo;

5° Recurrir, después del estudio en común de su eficacia, a los medios que pueden acrecentar en el extranjero como en Francia la bienhechora influencia del más grande filósofo lírico contemporáneo.

Por no hacer demasiado extensa esta nota no damos los títulos de las obras editadas de Han Ryner, que en total pasan de la cincuenta entre libros y folletos.

Si las páginas de LOS PENSADORES aceptan esta noticia, que ha sido extractada de un estudio más extenso, publicado por M. C. Poinot en la Revista “Les Pages Modernes” el año 1909, ofrecemos para otro número un *Resumen de las ideas fundamentales de Han Ryner*.

Costa - Iscar.

La moderna pintura japonesa

(De la “Contemporary Review”)

El último período de la historia del Japón data de 1868, época de la abolición del shogunat. La restauración Meiji se caracteriza por la expansión del patriotismo y la tendencia a hacer penetrar en la civilización nipona las ideas y las instituciones europeas, efectuando así la unión de los elementos orientales y occidentales. Al mismo tiempo los japoneses se han esforzado por iniciarse en las ciencias tal como se cultivan en nuestros países. Este movimiento ha ejercido también una influencia notoria sobre el desenvolvimiento de la pintura en el Japón. Se han aplicado a hacer renacer los tiempos de los Tosas y del heroico Kamakura. El arte realista tiene adeptos entusiastas entre los artistas japoneses, muy enamorados de nuestras escuelas, de nuestros maestros y de nuestras obras. No obstante ellos no se han ceñido a las ideas conservadoras, ni a las innovadoras. Un grupo de pintores destacados ha emprendido la tarea de combinar el arte antiguo con lo que hay de mejor en Europa, de manera de crear un arte nacional con la divisa: “La vida fiel a sí misma”.

Esa nueva corriente ha tenido por consecuencia la fundación por parte del Gobierno de escuelas de arte en Ueno, Tokio, Yanaka, cuya enseñanza ha sido confiada a maestros europeos conjuntamente con los artistas japoneses.

Los programas de esos establecimientos están basados en la libertad, entendida en el sentido de la evolución de las aptitudes personales. El arte no debe ser ni real, ni ideal. La imitación de la naturaleza o de los maestros antiguos y sobre todo de sí mismo, no puede — dicen — menos que ser fatal a la originalidad del individuo. Estas ideas elevadas prueban que el arte nacional japonés, sobre todo en pintura, no caerá en la trivialidad que es el escollo común de las orientaciones noveles. Y tienen un testimonio elocuente en las composiciones de Kano Hogai y de Ashiman Gaho.

En resumen el arte y la pintura del Japón entran en una vía fecunda llena de promesas brillantes.

Comte de Soissons.

(Traducción de I. Z.).

ABULIA

por ISRAEL CHAS DE CHRUS

Jamás pudo conseguirlo, a pesar de que dedicó al logro de ese desco todas sus actividades y su voluntad, de la cual no había hecho mucho acopio por cierto.

No era que su inteligencia, simple, sin mayores alcances, lo quisiera para demostrar a su padre, a su hermano Juan, que era el que más lo martirizaba con sus pullas y su grosería, sino para convencerse a sí mismo, que tenía la suficiente capacidad para ser útil, como cualquier otro hombre, como el rengo empleado en la tienda de Sicoff, y a quien le presentaban siempre como una irrefutable prueba de su ineptitud.

Rengo y viejo, había conquistado una posición honrosa... Y él, después de treinta años de vida, explotando siempre la bondad de la familia, no servía aún para mandadero. Era menos que el rengo...

El rengo constituyó para él, durante largo tiempo, una preocupación constante y dolorosa. Llegó a pensar en el viejo como en un ser superior, como lógicamente debía pensarse en un individuo quien a pesar de padecer un defecto físico tan visible, había logrado sin embargo emplearse bien.

Y él, con treinta años auestas, sin renquera (esto lo comprobaba con cierto dolor) no podía hallar una mísera ocupación, a fin de satisfacer ese íntimo orgullo de servir, a sus propios ojos, para algo. Daba vueltas a ese pensamiento continuamente. Hasta llegó a suponer que el defecto del anciano, era una virtud inapreciable para encontrar trabajo.

Un día, propúsole al rengo, ayudarlo en su tarea. Se lo dijo con esa aparente audacia de los extremadamente tímidos, sin mirarle el rostro, con la vista baja.

¡Bah! Estaba un poco aburrido esa tarde... Y él, incapaz de comprender la verdad, mintió, descarada, valientemente... — "dentro de varios días debía presentarse a una tienda, a la cual lo había recomendado un amigo suyo... y deseaba tan solo practicar... Únicamente por eso quería ayudarlo, nada más que por eso..."

Estuvo, en realidad, elocuente. Era todo un triunfo, y consciente de él, comprendiéndolo, valorándolo, se atrevió a mirar el rostro del hombre feliz, quien rengo y todo trabajaba, esperando una respuesta, mientras ocultaba el ansia que lo embargaba, temiendo que descubriera la causa de ese loco anhelo de labor.

El rengo no se dignó responderle. Sacose la pipa de la boca, y con su ademán acostumbrado, cerró la mano, envolviéndole en una mirada de infinito desprecio. Escupió, e in-

conciente del dolor que esa negativa injuriosa ocasionaba, prosiguió barriendo.

Quedó atónito, aplastado por el golpe que acaba de recibir. Hasta pensó que el rengo debía atropellarle y matarlo, aquel coche que hizo lo mismo con el hijo de carnicero Tendor, otro de sus grandes enemigos.

Alejóse unos pasos, sin poder coordinar sus pensamientos, hasta que de improviso, se volvió, exclamando:

—¡Rengo, idiota!

Su insulto no fué oído, y esto lo irritó aún más. Deseó que el viejo sufriera en ese instante, todos los peligros que conocía. ¡Ojalá mañana se rompa la crisma al subir a su attilo! De pronto recordó las maldiciones que había barbotado el anciano en una ocasión en que le rompiera la pipa. Eso era. —¡Ojalá la pipa se le destroece en veinte mil pedazos, idiota!...

Recaló esta última palabra, como el que con un solo gesto consolida una decisión irrevocable.

No tardó mucho en olvidarse de su enojo, y se sumió, al parecer, en un profundo ensimismamiento.

Como de costumbre caminaba lentamente, haciendo equilibrio sobre el borde de la acera, procurando no pisar las juntas de las piedras. De pronto, tropezó, cayendo en un charco. Levantóse pesadamente, y haciendo un gesto de asco, exclamó:

—¡Idiota, rengo...!

Recordó la escuálida figura del anciano, y sintió compasión. Un agudo y doloroso sentimiento de compasión. ¡Dios querido! Habar insultado en esa forma a un anciano, a un anciano que valía mucho más que él, un holgazán; más aun que eso, ¡un hombre que en treinta años no pudo conseguir trabajo una sola vez! Recordó una frase de su hermano Juan, y dijo con un tono de absoluta seguridad: —¡Solo un idiota puede insultar a un viejo rengo que trabaja!

Se sintió más aliviado, y volvió al pensamiento que desde hacía tantos años le preocupaba: ¡Encontrar trabajo!

Haría cualquier cosa. Estaba seguro de poder desempeñarse en la tarea que se le encomendara. Ello sería la principal preocupación; el único fin de su existencia.

Sentóse en el suelo, y colocando las manos sobre las rodillas, siguió el movimiento de las nubes, que allá en lo alto, suave y lentamente se deslizaban. Estuvo un buen rato inmóvil, hasta que un guardia público, tocándolo con el pie, le dijo:

—No tiene nada más que hacer que exponerse a que lo pise un coche?

—Sí, había ido a hacer una diligencia y estaba descansando. El señor guardia debía disculparlo... Como creyera advertir un gesto de duda en el policía, exclamó:

—Le juro, que vengo de cumplir un mandado.

Echó a andar, presa de gran alegría. He ahí un hombre, un policía nada menos, que creía que él trabajaba. Hasta pensó que en alguna circunstancia, podría acudir en su ayuda, declarando bajo la palabra de honor... (¿y quién duda de la palabra de honor de un policía!), que "el acusado" trabajaba.

Pensó "acusado", recordando una audiencia que presenciara en cierta ocasión, y que nunca pudo borrar de su memoria.

Siguió vagando por las calles húmedas de la ciudad, envuelta en la niebla. Los árboles se perdían a lo lejos, confundidos. Todo el paisaje aparecía envuelto en una nebulosidad espesa, que ahogaba.

Era la hora eterna de la tristeza. No sabía a que atribuirlo, pero en esos instantes, se sentía capaz de emprender las más grandes y peligrosas empresas. ¡Hasta se atrevería a manejar un tranvía, que significaba disponer a su arbitrio de veinte o más personas que confiaban en su habilidad ciegamente! Tanto los ricos como los pobres. El carnicero Tendor o el viajero rongo. ¡Oh! si le fuera dable trabajar como conductor... ¡Con que velocidad haría marchar el coche si el rongo, lo ocupara... Y si llegar a la esquina de la casa del patrón de éste, haría detener el carruaje con suavidad, hasta escuchar la campanilla del cobrador y asegurarse debidamente que había descendido.

Desechó ese pensamiento pueril y quedó sumido en un profundo abatimiento. Le parecía que le rodeaban dos brazos, nervudos e invisibles, que tenderían a ahogarlo, a hundirlo más en ese abismo de inconsciencia y de desventura en que su ineptitud lo había sumido.

Concluyó, como de costumbre, llorando, derramando lágrimas benéficas y dulces, que lo reconciliaban con la vida, haciéndole más pasable el suplicio que significaba el regresar a su casa y oír los insultos de su hermano Juan, a quien no le importaba la enfermedad de su anciano y débil padre, clavado en el lecho, hacía ya varios meses.

—¿Eh? ¿Do regreso el señor príncipe? — comenzaba diciendo siempre — ¿Qué tal su señoría? ¿Le sentó el paseo? — para terminar con un "inútil", que le llenaba la boca, cual si estuviera masticando un pan blanco y pegajoso, y en el cual condensaba todo el desprecio que sentía por un viejo enfermo, y por un ser de treinta años, que aún no había conseguido trabajar una sola vez, e inclinó la cabeza resignadamente. Tanto se lo repetían, que quizás estuvieran en lo cierto. Seguramente Juan lo quería, y si le insultaba en esa for-

ma tan cruel era para que despertara de una vez de esa abulia en que vivía. Pero, no. Juan no podía ser bueno, porque un hombre bueno no pegaba a los animales como él lo hacía, ni martirizaba a un pobre padre anciano y enfermo, que durante muchos años lo había mantenido sin echárselo jamás en cara.

Una vez, se estremecía al recordarlo, pensó matar a Juan. ¿Cómo pudo él, con ser tan bueno, a pesar de su inutilidad, suponer semejante barbaridad?

No se lo explicaba. La idea lo martirizó largo tiempo, hasta que pudo arrojar de su cerebro la aterradora imagen del crimen.

Absorto en sus reflexiones, que jamás lograba coordinar, llegó a su casa permaneció un rato inmóvil en la puerta, en una actitud contemplativa y estúpida.

Sobre las calles húmedas caía un helado rocío, y la oscuridad era cada vez más creciente. Se sintió molesto al no poder seguir viendo la visión de la calle recta, que se perdía confusamente, envuelta en las tinieblas del crepúsculo.

Una campana, sonó lenta y roncamente varias veces, despertándolo de su ensimismamiento. Llegóse hasta la habitación cercana y aplicando el oído a la puerta, oyó a su hermano Juan, que como de costumbre renegaba contra él, y contra el padre, que en el lecho, cerraba los ojos, encogiéndose, cual si temiera que la manaza del enfurecido, cayera sobre él, aplastándolo.

Lo que más le hacía sufrir, era el tono aparentemente bondadoso con que Juan renía a todo el mundo en esa forma, y él hubiera preferido oírlo gritar, blasfemar, hasta que le pegara, antes que escuchar sus palabras melosamente coléricas, pesadas.

—"Recua de inútiles. ¡Inútiles! ¿Han descansado bien? ¡Pobrecillo! El, en cama, enfermo, y su hijito, el inútil, y el predilecto también, vagando por las calles de la ciudad... ¡Inútiles!

Diríase que no conocía otro término más insultante y ofensivo que la palabra "inútil".

Lentamente, procurando no ser oído, dirigióse hasta la cocina, donde la vieja Estafanía, con su rostro estúpido, parálitico del lado izquierdo, le alcanzaba la cena, que devoraba en silencio, para en seguida marcharse a su habitación, instalada en los altos de la casa y desde la cual veía una parte de la ciudad envuelta ya por completo en las brumas de la noche.

—"Hay que rezar—exclamó, procurando no lastimarse con los bártulos que llenaban la pequeña pieza. Luego, molesto, barbotó, con aire de ira:

—¡Que diablos! Rezar rezan los niños... Pero se arrepintió de inmediato, y comenzó a musitar una oración que le enseñara su madre, de quien conservaba un borroso recuerdo, agregándole una frase que era: "Y haz que consiga trabajo, Dios mío."

Después, acostóse con el corazón oprimido, mirando el cielo, cubierto de nubes, pensando que el nuevo día sería redentor, que con el nuevo día llegaría también un trabajo cualquiera...

Y hasta pensó en conseguir unas monedas para adquirir un periódico, y leer los avisos correspondientes a los ofrecimientos de empleados, inerepándose a sí mismo la cobardía que lo dominaba, cuando llegaba hasta la casa empleadora, y veía una enorme cantidad de pretendientes al puesto vacante, que lo hacía retirarse avergonzado y temeroso, comprendiendo que su tentativa no tendría ningún resultado en razón de su inferioridad.

Los recuerdos se agolpaban en su cerebro torturado por muchos días de angustia y de dolor, de un dolor sordo y callado, que se desprendía de hechos de una inverosimilitud e incomprendibilidad únicas. Él veía que su hermano Juan se mantenía en silencio, caminando contra su costumbre, despaciosamente, cual si temiera despertar a alguien. Estefanía tenía los ojos enrojecidos, y él, dos días continuos tuvo que alimentarse de fruta y pan duro, pues la pobre mujer parecía agobiada por una pena muy honda.

En la casa notaba un gran movimiento. Gente venían, se iban, cuchicheaban y al verlo, lo señalaban moviendo la cabeza, cual si vieran a un perro sarnoso a quien hacían el alto honor de tener un poco de compasión.

Notó con gran sorpresa que frente a la casa se estacionaban varios coches, con grandes cabezillos negros. Y al poco, vió que varios, su hermano Juan entre ellos, sacaban un ataúd.

Intrigado, presa de una instintiva congoja, presumiendo algo terrible, y colérico a la vez porque se le tenía ignorante de un suceso que sin duda reviviría gran importancia, interrogó a Estefanía, que llevando su gran pañuelo a cuadros a los ojos, le dijo quejumbrosamente:

— ¡Alabado sea el Señor! ¡Pobrecito idiota!

¡Uy! El padrecito ha muerto! ¡Ha muerto el padrecito! — repitió cual si quisiera inculcarle la idea.

No alcanzó a comprender claramente, tanto se había acostumbrado a ver a su anciano padre en el lecho, con la vista inmóvil, y el cuerpo estremecido por calofríos nerviosos.

Quiso pensar, pero lo sorprendieron y asustaron los quejidos inarticulados de Estefanía.

— ¡Uy, uy, uy! ¡El padrecito ha muerto!

— Seguramente le duelen las muelas — reflexionó, pero de pronto, una idea se localizó en su cerebro, y venciendo su eterna pesadez, corrió hacia la habitación de donde había visto sacar el ataúd.

Extrañóle la cantidad de velas que había en el cuarto, y miró atemorizado a su alrededor, pensando la terrible escena que armaría Juan, si viera derrochar así el dinero.

Salió a la puerta de calle, y vió a los ve-

cinos, mirándole compasivamente. Entre ellos, se hallaba el rengó, que al notarlo, se le acercó guiñando los ojos, y después de escurrir y sacarse la pipa de los labios, le dijo:

— ¡Se ha muerto?... Muerto... ¡Hay que consolarse!

La luz hecha repentinamente en su cerebro, lo dejó anonadado.

— ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! — gritó con voz ronca, estertorea, ahogado por las lágrimas que le bañaban el rostro, dándole una expresión de bestia castigada.

Al ver sus lágrimas, algunas mujeres lloraban también, llevándose el pañuelo a los ojos. Los hombres lo miraban cual se mira a un ser inferior cuyas debilidades había que disculpar, en razón de su misma inferioridad.

Entró a la casa, siempre gimiendo: — ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! sin saber en realidad, a quién iban dirigidas sus maldiciones.

Dos días pasó en su cuarto, y a no ser que Estefanía, compadecida, le trajera alimentos, hubiera perecido de inanición. Su cerebro estaba continuamente torturado, no acertando a comprender ni a descifrar la horrible incógnita: "Cerraba uno los ojos, y... paff... ¡muerto!

— ¡Era horroroso! ¡porqué se moría, porqué? ¡porqué? — repetía indignado contra Dios, a quien en su fuero interno, comparaba con su hermano Juan, puesto que si fuera bueno, no le haría llorar y sufrir.

Poco a poco calmóse en él esa tempestad y el pensamiento ulterior, volvió a hundir sus garras pesadas y molestas en su cerebro.

¡Trabajar! Ahora por lo menos le era doble presentarse en cualquier tienda, puesto que su hermano Juan, le había dado un hermoso traje negro... Comprobó con extrañera, que fué necesario que muriera su padre, para que se le diera ropa nueva... Interpretó esto como un buen síntoma, y repentinamente, pensó que todas sus penurias anteriores, la repulsa con que le recibían en todos lados, obedecía al estado desastroso de su indumentaria... No se equivocó en parte, porque, efectivamente, ocho días después, logró ocupación en una empresa funeraria.

Trabaja en ella hace varios meses, y el patrón, un viejecillo arrugado y seco, con una nariz inverosímil, que gotas continuamente, le ha prometido aumentarle el sueldo cuando se haga práctico en la tarea.

Pero él no cree en eso. Está convencido por una asociación de ideas de su torpe cerebro, que para lograr cualquier ventaja, es necesario que muera alguna de su familia, comprobando con algo de tristeza que solo le quedan Estefanía y Juan.

Desde entonces, un nuevo pensamiento le tortura:

— ¡A cuál de ellos le tocará el turno?

EN EL JUICIO FINAL

Por DAVID JORNEFETL

Tres criminales habían sido llamados al Juicio Final para ser respectivamente interrogados acerca de la semejanza de su causa.

El primero era un vulgar ladrón de caminos que se sentó temblando en espera de que se abrieran las puertas del Alto Tribunal porque no había podido conseguir amnistía. Y para irremisión de su causa había sido anotado en el libro acusador: Negro. El segundo era uno que había tirado una bomba y estaba culpado de haber matado a un ministro. Ya en vida había frecuentado tanto las cárceles y juzgados que nada esperaba del Alto Tribunal y estaba anotado de fuertes caracteres en el libro acusador: Rojo.

El tercero era un soldado que había matado por orden y obediencia. Se sentó tranquilo esperando que se abrieran las puertas del Alto Tribunal, y para disculpa de su causa estaba anotado en el libro acusador: Blanco.

Y así se abrieron las puertas del Alto Tribunal: el cielo como juez, las nubes como mesas, los astros como secretarios, como velas las luminosas estrellas.

Pasó el Negro.

—¿No sabía usted que nuestra ley no da derecho para el crimen?

—Sí, sabía.

Millones de secretarios inmediatamente se echaron sobre sus protocolos y escribieron la grave afirmación del culpado.

—¿Qué motivo le hizo a usted ofender mi ley?

—El hambre.

—¿Se había agotado pues el pan en la tierra?

—No pero solo se recibe pan por dinero.

—¿Y se ha agotado el dinero?

—No, pero allí el dinero solamente se recibe por trabajo y el trabajo no se encuentra.

Ahora el juez se volvió a Abraham diciendo:

—Oye, Abraham, ¿es cierto que la gente llenó tanto la tierra que para este desocupado faltó un lugar donde sembrar papas?

Abraham saludó con una reverencia y dijo:

—La gente no está tan abundante, y ni la centésima parte de la tierra está cultivada.

Entonces el juez dijo al Negro.

—Su causa será decidida junto con otros culpados de asesinato. Siéntese. Escuche.

Ahora se condujo al Alto Tribunal al Rojo.

—Sabía usted que mi voluntad es la vida y felicidad de los hombres?

—Sí, lo sabía, y precisamente la vida y felicidad de los hombres quise realizar en la tierra.

—Sin embargo está usted culpado de la muerte de un hombre.

—Era el jefe guardián del estado presente

y por lo tanto, el obstáculo para realizar la felicidad humana.

—Hable más claro. ¿Qué es allí el estado presente?

El rojo se aproximó unos pasos y aclaró lo que sigue.

—Allí pertenece la tierra a los que tienen dinero, quienes dificultan su cultivo tanto que los terrenales, o deben morir de hambre o servir a los detentadores para su mejor estar, por un salario. A veces no trabajan, solamente les queda el recurso de dedicarse a robar en los caminos.

—Cierto, dijo el juez volviéndose al Negro, y preguntó:

—¿También usted se hizo ladrón así?

—No puedo mentir ante usted, pero confieso que detrás de la casita de Sarenino hubiera encontrado cerca de un rinconcito una pequeña parcela de terreno que hubiera recibido como papatal. Pero el comerciante que viajaba en coche por el camino público estaba gordo y su bolsillo bien repleto, yo pensé: La producción de papas es muy grande. No quiero quejarme ante el Alto Tribunal sino que llorando me arrepiento de mi crimen.

—Siéntese y escuche su condena, dijo el juez y volviéndose al Rojo.

—¿Se arrepiente usted también de su crimen.

—No, dijo el Rojo.

—¿Hubiera matado usted a su propio hermano si él también fuera ministro?

Pero el Rojo tenía un hermano a quien quería mucho y no pudo mentir ante el Alto Tribunal sino que confesó sinceramente diciendo:

—No lo hubiera matado.

—Siéntese y espere su condena, dijo el juez, e invitó ante sí al Blanco.

Aunque el Blanco estaba sin sombrero y afuera como todos los que llegaban al juicio final, descubierto, tan acostumbrado estaba a los movimientos militares que pasando ante el Alto Tribunal, fuertemente golpeó con los talones y levantó su mano a la sien.

—Usted está acusado de haber matado hombres, dijo el juez eterno.

—Se equivoca, Su Excelencia, he matado conforme a la orden.

—¿Quién ordenó?

—El Capitán, Su Excelencia.

—¿Porqué ordenó el capitán?

—Yo no puedo criticar al consejo supremo.

—¿A quién se dirigió usted?

—A la multitud.

—¿Conforme su orden, usted tuvo que matar a su propio hermano?

—Sí, Su Excelencia.

—Siéntese y espere su condena, y el Blan-

co nuevamente levantó la mano a su sien y se sentó seguro de su causa.

Pero el Juez Eterno dijo:

—Usted, ladrón de caminos infringió mi voluntad que es la de vida y felicidad de los hombres.

Pero porque se arrepiente de su crimen no le condeno, porque si todos los hombres se arrepintieran de sus faltas la felicidad sería posible. Por consiguiente esté tranquilo.

—Pero en lo que concierne a usted que está anotado Rojo en el libro acusador, su causa es grave porque no se arrepiente de sus faltas. Porque usted sin embargo consiente que no tiraría bombas a su hermano, si fuera ministro, también le perdono, ya que existe la esperanza de que algún día comprenda usted que no hay diferencia entre su hermano y los otros, y si el hombre alguna vez comprendiera eso, la vida y felicidad serían posibles en la tierra. Vaya usted, pues también en paz.

—Pero la causa peor es la de usted llamado Blanco, yo perdonaría mucho si le perdonara a usted. Porque si los hombres según su manera de matar por orden son tan obedientes que prometen matar hasta su propio herma-

no, entonces la vida y felicidad se harán imposibles entre ellos, sino que los negros siempre deberán matar a los comerciantes en los caminos de paseo, los rojos matarán a los ministros y los ministros matarán a los rojos y negros. Pero ya que usted sin embargo parece falto de espíritu, dejó su causa eventual y pendiente al interrogatorio que se les haga a los otros por la misma causa, para que yo vea si alguno de ellos es culpable de la confusión de la prudencia de usted.

Y ahora empezó la interrogación a los capitalistas, ministros, terratenientes, jefes militares y otros altos oficiales. Muchos, muchísimos semejantes se mezclaron en este proceso, tantos que los protocolos se hicieron tan grandes que ningún mortal pudo sacarlos del Alto Tribunal e imprimirlos. Lo cierto es que muchos que fueron los primeros se hicieron los últimos, y los últimos se hicieron los primeros.

David Tornfeldt.

Por la traducción de "Sennacieca Revuo"

Teófilo Ductil.

Sonetos de ALMAFUERTE

LA YAPA

Como una sola estrella no es el cielo,
Ni una gota que salta, el Oceano
Ni una falange rígida, la mano,
Ni una brizna de paja, el santo suelo:

Tu gimnasia de cárcel no es el vuelo,
El sublime tramonto soberano,
Ni nunca podrá ser anhelo humano
Tu miserable, personal anhelo.

¿Qué saben de lo eterno las esperas;
De las borrascas de la mar, la gota
De puñetazos, la falange rota;
De harina y pan, la paja de las eras?

¡Detente! por piedad, pluma, no quieras
Que abandone sus armas el ilota!

COMO LOS BUEYES

Ser bueno, en mi sentir, es lo más llano
y concilia deber, altruismo y gusto:
con el que pasa lejos, casi adusto,
con el que viene a mí, tierno y humano.

Hallo razón al triste y al insano,
mal que reviente mi pensar robusto;

y en vez de andar buscando lo más justo,
hago yunta con otro y soy su hermano.

Sin meterme a Moisés de nuevas leyes,
doy al que pide pan, pan y puchero;
y el honor de salvar al mundo entero
se lo dejo a los genios y a los reyes.

Hago, vuelvo a decir, como los bueyes
mutualidad de yunta y compañero.

VERA VIOLETA!!

En pos de su nivel se lanza el río
Por el gran desnivel de los breñales;
El aire es vendaval, y hay vendavales
Por la ley no — fin del no — vacío;

La más hermosa espiga del estío
No sueña con el pan en los trigales;
El más noble panal de los panales
No declaró jamás: yo no soy mío;

Y el sol, el padre sol, el rando foco
que fomenta la vida en la natura
Por fecundar los polos no se apura,
Ni se desvía un ápice tampoco...

¡Todo lo alcanzarás; solemne loco,
Siempre que lo permita tu estatura!

CARTAS ABIERTAS

L. G. Capital. — Una digna limosna, es una limosna literaria muy cacafónica. Cuando se aboga el espíritu no se puede seguir viviendo por muchas limosnas que se le den a una persona. A un manco no se lo pueden tomar las manos. Un tuerto no puede mirar con sus ojos. Por lo tanto, abra Vd. sus ojos y fíjese en lo que hace. No basta la buena intención. Si Vd. se interesa, alguna vez, escribirá algo bueno.

B. A., Capital. — Recompensa es un trabajo de muy buena intención, pero que debe ser realizado mejor de lo que esta vez Vd. lo ha hecho. Ni como metáfora se puede admitir que las aceras sean tristes. Corrija Vd. mismo y mándenos otra cosa.

D. M., Capital. — Embriones no es publicable. Deje en paz a Vargas Vila. Su estilo tiene patente universal, y por lo tanto Vd. no lo debe copiar. Imitar a Vargas Vila y en verso es lo peor que Vd. puede hacer en su vida. Haga otra cosa.

P. P., Capital. — Aldeana casi casi es una maana. Deje Vd. en paz a las musas. Escriba en prosa y sacará más partido.

C. F. — Efectivamente, creemos que Vd. es un Alcornogno, si en realidad está poseído de que sabe escribir. Como hombre Vd. será una buenísima persona, pero como escritor Vd. es un malísimo autor.

A. S., Río Cuarto. — Su artículo "¿Hombres?" adolece de defectos que Vd. mismo se notará si después de escribir lee un par de veces lo que ha hecho. Su propósito es muy bueno, pero no basta en este caso con tener buen fin sino que es necesario exponer hechos y señalar rutas que puedan conducir al lugar donde uno se imagina que es el mejor. Persevere Vd. en su propósito que sacará partido. Envíenos otra cosa.

J. C. F. — Capital. — Su medio día nos resulta una media noche; una media noche obscura, muy obscura. Cuando "el silencio está concentrado en las paredes estáticas" nosotros no oímos ni las seis campanadas del reloj del hospital de niños ni la del tranvía 34. Lo mejor que Vd. puede hacer es escribir solamente para Vd.

D. C., B. Bavio. — A Vd. lo anima buen propósito con sus Plumadas Amorosas, pero como eso no es suficiente, debe ajustarse a las reglas fundamentales que rigen en la noble tarea de expresar buenos conceptos. Mándenos otra cosa mejor hecha.

P. A. B., Capital. — Le vamos a pedir un favor: no publique Vd. su libro, La vida miserable, si, como suponemos, todo es por el estilo de Instantáneas. Vd. quiere tratar temas más o menos buenos, pero todavía la falta mucha pasta. Corrija Vd. mismo y seguramente alguna vez se podrá publicar lo que produzca. Por favor no publique su libro, porque a pesar de haber muchos libros malos, el suyo marcará el record.

Pensamiento, Capital. — Su trabajo De otra casta, no está bien realizado como cuento; abu-

sa demasiado de adjetivos calificativos y de grueso calibre. El cuento es más difícil de lo que uno se imagina si ha de realizarse bien. Vd. tiene en su cerebro la fuerte impresión de la literatura rusa. Quiere hacer Vd. literatura trágica, pero todavía no está en condiciones de hacerla. Creemos que Vd. no tardará en poder realizar en buena forma las ideas que siente y con las cuales nosotros compartimos.

Mándenos otra cosa, artículos cortos, semblanzas o cualquier producción que sea clara y tenga la seguridad que la publicaremos.

Ignotus, Avellaneda. — El novio y El abogado no están hechos de acuerdo con lo que Vd. ha querido decir. El tema no es malo, pero la realización es defectuosa. En sus dos trabajos pone Vd. de personajes principales a ladrones, a los que ni defiende ni ataca. Cita a Peyret 25 veces en El novio. Dice cosas que en su mayoría no tienen ninguna importancia. No pene Vd. ningún interés es sus cuentos. Se nota que no los corrige después de tenerlos dispuestos para publicar. Sin embargo, como Vd. tiene interés, sacará algo bueno si se cuida y persigue por mejor camino.

Los libros de Barletta son los que Vd. cita; el próximo será Los Pobres.

L. C., Capital. — Sus primeros ensayos de un espíritu insignificante están bien inspirados, pero su realización adolece de defectos propios de todo principiante. Ponga Vd. en sus descripciones más naturalidad y depójese de ese lenguaje florido, hueco y altisonante. Ponga en cada descripción una consecuencia. No endiose lo que es natural y común. Si Vd. es joven no tiene por qué apurarse en producir. Lea y relea lo que escribe, un día y otro día y lea autores buenos. De esta forma se juzgará Vd. mismo. Con mucho gusto publicaremos otra cosa que nos mande, si en ella se nota superioridad a lo que nos ocupa.

F. S. M., Posadas. — El hombre que sacrificó su corazón, carece de importancia por la forma en que Vd. lo desarrolla. El argumento es bueno, pero eso no basta. Los defectos de su cuento son los comunes de todo principiante. Debe amoldarse a la forma descriptiva, clara y emotiva. No podemos adelantar juicio sobre su capacidad. Si Vd. se preocupa puede llegar a describir correctamente. De Vd. depende lo que podrá ser mañana.

J. J. C., Capital. — Por ahora Vd. no tiene condiciones para escribir. Si sus versos eran malos su prosa es detestable, tan detestable que hay que tomarse un purgante después de leerla. Por ahora concrétese a estudiar y no escriba más que deberes. Nunca puede decirse:

"Sucede como lo que aconteció con mi amada. Sólo que sustituyendo a ella, no hallastes a ninguna".

y si embargo Vd. lo dice, pero por favor a nosotros no nos diga más tonterías.

Dentro de cinco años nos manda otra cosa.

V. S. — Cuando lueve sobre mojado el efecto es casi nulo. Esto es lo que le ocurre a su trabajo; carece de importancia. Intente hacer otra cosa, pero mejor realizada.

JEAN JAURES

SEMBLANZA

por A. FABRA RIBAS

No es nuestro propósito trazar aquí una biografía completa de Jaurés. Es esa una tarea muy complicada, que quizás abordaremos un día; pero que hoy no podemos ni tan siquiera intentar.

Nuestra labor se reducirá, por hoy, a dar unas simples notas biográficas y a esbozar los principales rasgos característicos de la personalidad del gran tribuno francés.

Jean Jaurés nació en Castres, departamento del Tarn, en 1859. Su padre era mayoral de diligencias, y poseía una modesta fortuna.

Después de haber hecho sus estudios superiores en la Escuela Normal, de donde salió con el número 1, Jaurés fué nombrado profesor del liceo de Albi, y más tarde maestro de conferencias de la facultad de letras en la Universidad de Tolosa.

En 1885 fué elegido por primera vez diputado, formando parte del llamado *centregauche* de la Cámara, es decir, sentándose en los bancos de los moderados.

Habiendo sido derrotado en las elecciones de 1889, volvió a la Universidad de Tolosa en calidad de *chargé de cours*, participó en la fundación de la Academia de Medicina de aquella ciudad y desempeñó las funciones de primer teniente de alcalde (*premier adjoint au maire*).

En esta época empezó a colaborar en *La Dépêche*, de Tolosa, siendo precisamente los artículos publicados en aquel diario y en la labor que realizó en la junta de Instrucción pública del municipio de Tolosa, donde se notó la evolución que iba experimentando el espíritu de Jaurés. El ex diputado del *centre-gauche* se inclinaba cada vez más hacia la izquierda, y las teorías moderadas que antes sustentaba, iban cediendo el paso a principios de renovación social y de reivindicación proletaria.

En esto se declara la famosa huelga de Carmaux de 1892. Jaurés empieza por intervenir en ella de un modo eficaz, y acaba por ponerse al frente del movimiento, alcanzando, gracias a su perspicacia y a su gran valor personal, uno de los más señalados triunfos que registra la historia del movimiento obrero francés.

Al año siguiente, 1893, se celebraron elecciones generales en Francia. Y claro, sucedió lo que naturalmente debía suceder: los mineros de Carmaux quisieron que Jaurés fuera su candidato, logrando hacerlo triunfar y enviarlo al Parlamento, para que interpelara sobre la conducta observada por el gobierno o las autoridades en aquella gran lucha.

El discurso de Jaurés, que hablaba por primera vez como diputado socialista, produjo tanta impresión en la Cámara, que le valió el ser reconocido por muchos, como el primer orador de Francia.

Desde aquella fecha hasta el momento actual, la vida de Jaurés ha sido verdaderamente tumultuosa: desarrollándose en medio de una agitación continua, sosteniendo, primero, una lucha tremenda con sus amigos de hoy, los socialistas de las fracciones guedista y blanquista; librando luego, durante aquel famoso asunto Dreyfus que interesó al mundo entero, rudos y peligrosísimos combates contra los pretorianos y los nacionalistas; interviniendo, en fin, en toda clase de conflictos obreros, siendo el diputado que más y mejores discursos ha pronunciado en la Cámara, el orador popular que con más frecuencia se pone en contacto con las masas, el periodista político que más ha producido en los últimos diez años, y el único conferenciante que en París logra llenar salas tan grandes como la del Trocadero y la de Tivoli-Vaux-Hall.

Todos los que conocen a Jaurés, aun sus amigos más íntimos, no han podido explicarse nunca, como es posible que un hombre, que no es de acero, sino de carne y hueso, como los demás, pueda producir la enorme cantidad de trabajo que Jaurés produce.

El gran tribuno goza de una salud a prueba de bomba; es a la vez un gastrónomo y un gourmet; duerme bien, aunque no mucho, y trabaja continuamente, desde que se levanta, muy de mañana, hasta que se acuesta, entre diez y once de la noche, con solo el intermedio de las comidas.

A pesar de esto, nadie ha podido comprender todavía, cómo es posible que escriba un artículo diario, ya veces dos, para *l'Humanité*; un artículo semanal para *La Dépêche*, de Tolosa; un estudio pedagógico para cada número de la *Revue de l'Enseignement primaire*, y artículos sueltos para revistas alemanas e inglesas. Al lado de esta labor formidable, Jaurés ha estado siempre componiendo libros; los *Études socialistes*, primero; la *Histoire du Socialisme*, después; *l'Armée Nouvelle*, últimamente, y quien sabe la cantidad de sus folletos y estudios sueltos que andan impresos por esos mundos.

Como si ese trabajo fuera poco, Jaurés interviene en todos los debates importantes de la Cámara, asiste a las reuniones del Consejo administrativo-directivo de *l'Humanité*, no falta a ningún Congreso del partido socialista, habla en un sinnúmero de reuniones públicas en París y de provincias, lee regularmente la prensa francesa de la mañana y de la noche, y no pasa un día sin enterarse de lo que dicen *The Times*, *The Daily Telegraph*, la *Frankfurter Zeitung*, el *Worwaerts* y la *Arbeiter Zeitung*.

Ahora bien; si alguien cree que, con lo que

queda dicho, basta y sobra para ocupar la vida de un hombre, sepa todavía que Jaurés está siempre al corriente de las últimas producciones de la literatura, de la ciencia y del arte. Yo he tenido ocasión de oírle hablar, en una misma noche y en el tono de muchacho modesto y tímido que emplea en su conversación familiar, de literatura con su fraternal amigo Anatole France, de filosofía con Paul Lafargue y de ciencia militar con el capitán Gerard, (*Commandant Rossel*), y he quedado atónito al ver cómo ese hombre genial discurre sobre problemas tan vastos y variados.

Y es que Jaurés está dotado de una poderosa facultad de asimilación y de una memoria portentosa. Estas grandes cualidades, unidas a una imaginación fresca y exuberante, a una vasta y sólida cultura, a profundos conocimientos en griego y en latín y a la familiaridad con el inglés, el alemán, el español y el italiano, hacen de Jaurés el coloso que admira, asombra y se impone a amigos y adversarios.

Jaurés no sigue método alguno en sus estudios. Lee lo que le llama la atención, y no toma nunca apuntes. Su libro de notas es su propio cerebro. A él acude únicamente cuando escribe y cuando habla, siendo tal su facilidad de expresión, que escribe siempre de corrido sin tachar una sola palabra, y no corrige nunca las pruebas de sus discursos. ¡Y eso que las oraciones y los escritos de Jaurés, son modelos de corrección gramatical y de estilo literario!

La vida privada de Jaurés es un verdadero arcaísmo. En su casa recibe a contadísimas personas: a los redactores de *l'Humanité*, cuando tiene que darles instrucciones para algún asunto de trascendencia, y a tres o cuatro de sus íntimos. Y así éstos sólo conocen del modesto chalet de Passy, en donde vive Jaurés, la criada anciana que sale a abrir la puerta, la escalera interior que conduce al primer piso y el gabinete de trabajo de Jaurés, una pieza cuadrada, no muy grande, bien aireada y siempre en decoro.

Los periódicos han hablado mucho de la familia de Jaurés: de su esposa, que algunos presentan como el prototipo de la mujer fanática; de su hija, que no pocos han asegurado que se había hecho monja, y de su hijo, al que suponían casi abandonado por su padre.

Todos infundios o meras suposiciones. Respecto a las creencias de la mujer de Jaurés, parece muy difícil que nadie pueda, con fundamento, afirmar o negar nada. Yo sólo sé que, para escribir este artículo, he querido indagar algo, y ni las raras personas, amigos y parientes, que frecuentan la familia Jaurés, me han podido hacer la más pequeña indicación.

Por lo que se refiere a la hija, puedo afirmar categóricamente que, hará unos tres años, se casó civilmente, en la *mairie* del distrito octavo de París, con un empleado del Estado. En el joven matrimonio, del que ha nacido un

hijo, habita actualmente en una ciudad del departamento del Aube.

Véase con esto cuán lejos está de la realidad, todo lo que se ha dicho de la hija de Jaurés. Pues lo mismo sucede con todo lo demás que se refiere a su vida privada, de la cual el gran tribuno desea que nadie se ocupe. Así tiene dadas órdenes terminantes a los redactores de *l'Humanité*, de que no se hagan nunca, ni de los elogios ni de los insultos que puedan dirigirsele, ni de nada que no se refiera directa o indirectamente a su conducta de hombre público. Y a tal extremo lleva en este punto la reserva, que ni el matrimonio de su hijo ni la muerte de su madre — a quien Jaurés amaba entrañablemente — fueron anunciadas por ningún periódico ni tampoco por medio de esquelas. Sólo fué comunicada la noticia a los amigos más íntimos de la familia.

El aspecto anecdótico y pintoresco de la vida de Jaurés merece capítulo aparte. Un libro podría escribirse de los casos y cosas que le han ocurrido a ese hombre, que vive únicamente por y para sus ideas y que, con todo y saber tanto, no ha comprendido nunca nada de lo que se refiere a la vida práctica.

El orador que subyuga con su verbo a todo un Parlamento, y que logra provocar arrebatos de entusiasmo en las grandes reuniones populares; el erudito que se sabe de memoria a Aristóteles y a Platón, a Kant y a Hegel, a Marx y a Engels; el historiador que ha aprendido a conocer los hombres y las cosas a través de los tiempos y de las razas; el hombre, en fin, dotado de tanta y tan variadas cualidades, no ha llevado quizás nunca un traje a la moda, ni ha sabido lo que puede valer un objeto, ni podría decir de seguro de qué color es la corbata que lleva, o qué cantidad de dinero tiene en el bolsillo.

El cerebro y la imaginación de Jaurés nunca paran, siempre están elaborando algo, y esto impide, claro está, el que se fije en los detalles de la vida corriente.

Gustavo Rouanet, el diputado socialista por París, y antiguo amigo de Jaurés, me contaba un día una serie de casos, que prueban con qué facilidad ese hombre genial pasa de un asunto grave y trascendental a otro más trascendental todavía, identificándose de tal modo con lo que hace o piensa, que llega a olvidarse del sitio en donde se encuentra y de lo que en su derredor se agita.

De dichos casos, el más típico, es quizás el siguiente:

Un día, hará cosa de unos diez años, asistía Jaurés, en Carmaux, a una reunión tumultuosa del sindicato de mineros. El gran tribuno pronunció uno de sus mejores discursos, en el que trató de atraer a la importante asociación hacia el campo socialista. Al terminar, se retiró a una sala contigua, en donde esperó el resultado de la votación, que debía celebrarse a los pocos minutos. Conocida la decisión, Rouanet se apresuró a comunicarla a su amigo. Mas

así que Jaurés se dió cuenta de la presencia del diputado por París, se levantó y exclamó con tono indignado:

—Le he cogido en flagrante delito de mentira. Es un escándalo que no puede quedar oculto en la sombra.

Rouanet, temiendo que alguien oyera un lenguaje tan imprudente, se llevó a Jaurés fuera del local, para que le comunicase el nombre del fementido.

—Si, amigo, repite Jaurés, más indignado todavía, he cogido a Valazé en flagrante delito de mentira. El malvado falsificó los hechos para quitar votos a los girondinos.

Gustavo Rouanet comprendió en seguida de qué se trataba. Jaurés, en el corto tiempo que se había quedado solo, se entretuvo en cotejar nota, y descifrar documentos, para el libro *La Convención*, que en aquella época estaba escribiendo.

Pero el caso más curioso de todos es, quizás, el que le ocurrió un día, hace ya algún tiempo, yendo con un amigo suyo, ruso de origen, de muchísimo talento, y hombre feo y poco aseado si los hay. Salían los dos amigos de la Cámara de los diputados, ya muy tarde, cerca de las diez de la noche, un día en que había habido gran debate, en el que Jaurés había intervenido dos o tres veces. Discutiendo sobre los incidentes de la sesión, que el amigo había presenciado desde la tribuna pública, nuestros dos hombres atravesaron el puente de la Concorde y la plaza del mismo nombre, para tomar la rue Royale. Al llegar a esta calle, Jaurés, que estaba algo fatigado y sentía mucha sed, dijo, dirigiéndose a su acompañante:

—¿Y si tomásemos algo?

—Como usted quiera, respondió el interpe-

lado.

Y sin más preámbulos, los dos personajes se meten en el primer establecimiento que encuentran.

La poca elegancia, por no decir dejadez con que iban vestidos los dos nuevos visitantes, llamó la atención del público chic, compuesto de *demi-mondaines* y de caballeros elegantemente vestidos que se encontraban en el local. La mayor parte de los concurrentes, advirtieron en seguida la presencia de Jaurés, y todo eran idas y venidas para poder contemplar de cerca al "lion du Midi", como muchos llaman al fogoso orador meridional.

Jaurés y su acompañante no notaron nada de esto, enfrascados como estaban en una conversación de alto interés político. Lo que sí notaron, fué, que habían entrado en el local para tomar un vaso de cerveza, y que el apé- tito se les iba despertando.

Llamaron al mozo, Jaurés echó rápidamente una ojeada a la carta, y pidieron de comer. La comida se prolongó un poco; los dos amigos supieron hacer honor a la mesa, y cuando hubieron terminado, reclamaron, como es natural, la cuenta.

—Veinte y tantos francos dijo el mozo.

Jaurés saca su portamonedas, y se encuentra con que todo su capital no llegaba a tres francos. Pide auxilio a su amigo, el ruso, y éste declara no poseer más allá de un franco veinticinco.

¿Qué hacer? Jaurés que se atreve a hacer frente a un gobierno, y que no se arredra ante una multitud de realistas y chauvinistas que le amenazan de muerte, no es capaz de soportar la acometida de un mozo de café. Así es que, confuso y no sabiendo como expresarse, declaró a su terrible enemigo de aquel momento, que se había olvidado el dinero, que perdonase, que no dudase de su palabra, que volvería al día siguiente a satisfacer la deuda... y que le dejaba su reloj de acero, que no valdría más allá de 10 a 12 francos, como garantía.

El mozo estuvo escuchando la peroración de aquel hombre con ojos coléricos y semblante indignado, y ya se disponía probablemente a llamar a los guardias, cuando el regente del establecimiento se acercó a la mesa donde estaba Jaurés, y adivinando lo que pasaba, hizo señas al mozo para indicarle que se retirara.

Inmediatamente el regente fué a tranquilizar a Jaurés, diciéndole que podía irse sin pagar, que sabía perfectamente con quién trataba, y que no permitiría que dejase su reloj como prenda.

El regente había reconocido al primer orador de Francia.

Y Jaurés acababa de enterarse, por boca del que tan cortés se mostraba con él, de que había comido en el restaurant más mundano de París, en el gran establecimiento conocido en Francia, y fuera de ella, y que se llama "Chez Maxim's".

A. Fabra Bías.



Símbolos de la burguesía

CUENTOS DE LA OFICINA

Por **ROBERTO MARIANI**

■ CUARTO VOLUMEN DE ■

LOS NUEVOS

En breve se publicará este libro, en edición popular. Está compuesto por una serie de narraciones vigorosas. El estilo es crudo y violento. Mariani observa la vida y el ambiente de los empleados: el proletariado de la clase media que usa cuellito y botines de charol y corbatita y pañuelito en la boca manga y gomina y que tiene no obstante el estómago vacío o lleno de bicarbonato. Ese proletariado que no quiere ser proletariado y lleva una vida más precaria que los trabajadores de verdad. Nosotros decimos esto medio en broma, pero el libro es serio. Es un libro que hace pensar. Es un libro vivido que posee toda la atracción de las cosas vivas.

Se pondrá en venta el lunes 11 de Mayo.

Editorial Claridad

EL IDEAL SOCIALISTA

por JEAN JAURES

Nos hallamos en un momento de la historia en el que es menester tener el valor de decidirse: ya no es permitido soñar con un desarrollo democrático de vagos horizontes. La cruzada del socialismo plantea a toda inteligencia, a toda conciencia, un problema preciso: o se acepta la abolición del sistema capitalista y la institución de la propiedad colectiva o se confiesa a sí propio y a los demás que la propiedad, de la cual es inseparable la libertad completa, es eternamente el lujo de una minoría. Es posible que este lujo se vulgareice un poco; pero nadie puede suponer que la propiedad burguesa se extienda por sí misma absorbiendo la masa humana hasta el punto de disolver el salariado.

Por tanto, los que acusan al orden socialista de suprimir la libertad, levantan ante ellos una muralla infranqueable: condenan a la humanidad a permanecer indefinidamente bajo el régimen del salariado y del antagonismo de clases. ¡Pobre raza humana, que no puede alargar la libertad sin romperla!

Mas, a pesar de ellos, la fuerza de las cosas derribará esa muralla, y si la propiedad social, si el comunismo de los medios de producción implica la servidumbre, hacia la servidumbre va la humanidad invenciblemente. No quiero decir que la evolución económica prepare fatalmente, mecánicamente una revolución de la propiedad. Sin duda, se opera una concentración industrial y comercial incesante, y esta concentración capitalista que expropia poco a poco a los productores de pequeña y mediana categoría, bosqueja y facilita la concentración socialista que expropiará a los expropiadores. Sin duda, asimismo, que cualquiera que sean los nuevos agentes de producción, cualquiera que sean las invenciones técnicas de mañana, esta concentración del trabajo parece la ley durable, la tendencia dominante del sistema capitalista aún en el caso de que la electricidad sea aplicada como motor, aunque permita, por corrientes de fuerza ramificadas hasta lo infinito, el trabajo a domicilio, esta diseminación del taller no será probablemente un fraccionamiento de la potencia industrial. El gran capital dominará a las fuentes de fuerza y reglamentará su distribución, y ante la perspectiva de una gran producción y de una gran venta, coordinará también la producción al parecer parcelaria de todos estos pequeños talleres dependientes. Pero si la concentración capitalista aparece como la ley probablemente definitiva del actual sistema social, no obra con un automatismo inflexible y una regularidad elemental. En el inmenso y complejo movimiento social, no todas las formas de la producción evolucionan paralelamente; la concen-

tración es más o menos rápida, más o menos intensa en una industria que en otra, y a veces parece retroceder hacia la pequeña producción por el efecto momentáneo de procedimientos nuevos. Y en los mismos puntos donde aparecen colosales manifestaciones capitalistas, como los grandes bazares y los grandes almacenes, el pequeño comercio subsiste, y aún parece mayor la abundancia de tiendas pequeñas: pero cada vez llevan una existencia más abogada, más precaria, más pobre.

Así, el movimiento que lleva poco a poco el sistema capitalista hacia la producción en grande y que va modelando necesariamente el orden socialista, no tiene la claridad, la rectitud y la aceleración uniforme que podrían dar a los fenómenos naturales. Nunca, pues, podrá el sistema socialista estar contenido, ya formado y perfecto en el sistema capitalista, ni aún en el momento en que la forma socialista se imponga decididamente en la producción y el cambio. Recordando una célebre imagen de Leibnitz, podemos decir que el socialismo no estará jamás contenido más que en potencia en el sistema capitalista, como una estatua dibujada por venas ocultas en el interior de un bloque. Siempre será menester un acto reflexivo de la voluntad humana para hacer aparecer el orden socialista, como son necesarios los golpes de cincel y de martillo para desgajar la estatua.

Pero si el movimiento espontáneo y la concentración natural del sistema capitalista no bastan para suscitar la unidad de la producción socialista por una especie de simplificación mecánica; si la ley de la concentración capitalista es a la vez ideal y real, gobernando cada día más los hechos sociales, pero sin manifestarse nunca con toda simplicidad, el movimiento es, sin embargo, bastante visible y bastante fuerte para que el porvenir aparezca en esa dirección. Y la clase obrera, para la cual todas las evoluciones, todas las tendencias de la industria, son inmediatamente perceptibles, sabe que al realizar un día en su provecho la suprema concentración socialista de la propiedad y del trabajo, obrará el mismo sentido de las cosas. Se ve, pues, perfectamente inclinada a obrar según esta coincidencia, según esta armonía de su propio interés y de la tendencia general de los hechos. La ley capitalista y la fuerza obrera concurren en la misma dirección. Y como la ley capitalista de concentración obra, a pesar de muchas intermitencias y restricciones, con una intensidad creciente; como el proletariado se organiza también en una fuerza creciente, estas dos fuerzas en creciente concordancia irán a dar sin duda ninguna a un efecto decisivo. Y la

propiedad capitalista y oligárquica, privilegio de una clase, será transformada en beneficio de todas las clases confundidas, por fin, en una propiedad social y universal.

De todos modos, aún con los sistemas sociales que nos oponen, si se desarrollasen, se iría a parar al orden socialista.

Suponed un instante que las cooperativas de producción y de consumo se multiplican y extienden. Para evitar el derroche y los peligros de la concurrencia, no tardarían en federarse. Estas federaciones no tendrían pronto otro límite que la nación misma, lo que haría antes de poco que formasen un vasto organismo único de producción y de cambio. Suponed también, para no alejarnos del mecanismo capitalista, que la propiedad mobiliaria se reparte infinitamente, como hacen esperar los conservadores utopistas; suponed que cada ciudadano llegara a poseer un título representativo de una parte de los útiles industriales y agrícolas. Como todos los ciudadanos, todos los productores serán accionistas, todos querrán intervenir en la dirección de la industria: los más pequeños accionistas, animados por su número, reclamarán su parte de influencia y de poder, ante los grandes accionistas. Y de este modo la nación será como una inmensa asamblea poseyente y directiva, y las vastas asociaciones de capitales, entre las cuales se repartirían todos los ciudadanos, no tardarían en entenderse para evitar choques, costosas competencias, desórdenes y crisis. Así por una curiosa paradoja, la extrema división de la propiedad capitalista iría a parar a un mecanismo de producción unitaria, a la centralización del trabajo y de la misma propiedad. De suerte que las utopías sociales con las que quieren los "reformadores" eliminar al colectivismo, conducen a él necesariamente, como realidad del movimiento capitalista que conduce a él asimismo.

Los adversarios del socialismo pretenden por medio de la asociación libre eludir lo que ellos llaman la asociación obligatoria. El siglo próximo — repiten — será el siglo de la asociación; pero olvidan que estas asociaciones no serán ya aisladas, como en la Edad Media, por el fraccionamiento de vida social, sino que podrá esparcirse a su gusto por toda la superficie unida de la nación, poniéndose así en contacto, con marcada tendencia a formar sistemas cada vez más amplios. Es decir, que todas las asociaciones particulares, sociedad de previsión, de socorro, de consumo y de producción, animadas por una infinita fuerza expansiva, no tendrán otro límite que el de la misma nación. A decir verdad, yo no creo que el orden capitalista se encamine por esta vía hacia la unidad socialista. Antes que las asociaciones organizadas de producción, de consumo, de mutualidad, hayan podido federarse y unirse en un mecanismo central, la clase obrera, formará una unidad "revolucionaria" que transformará todas las instituciones, todos los órganos de la

vida económica, adaptándoles al sistema socialista.

Pero, sea cualquiera la hipótesis adoptada nos hallamos ante esta alternativa ineludible: o proclamamos que el sistema capitalista no se apartará sensiblemente a esta unidad de producción y de propiedad que nuestros adversarios denuncian como la negación de la libertad, o la corriente se detendrá durmiendo en un agua estancada y muerta, o se precipitará en esas terribles caídas socialistas, donde, según dicen, toda libertad se hundirá para siempre en el abismo. Luego no depende ni de nuestros adversarios ni de nosotros detener el movimiento humano, fijar la evolución capitalista. Sí, pues, la libertad es incompatible con la forma socialista de la propiedad, es menester proclamar que la raza humana, en el momento mismo en que se exalta con ensueño de fraternidad, de unidad viva y de grandeza se encamina a una inevitable servidumbre. Mas, ¿quién osará aventurar esta sombría predicción?

En realidad, la historia se burla de estas fórmulas. Es muy fácil combinar palabras y, por antítesis verbales, oponer al comunismo la individualidad, la centralización y la iniciativa, el socialismo y la libertad. Estas no son más que fantasías lógicas de los espíritus simples; pero la vanidad y la ineficacia de las palabras no pueden oponerse al torrente de las fuerzas.

Y nadie negará que desde hace tres cuartos de siglo se hallan en acción dos grandes fuerzas: la fuerza capitalista, que centraliza poco la producción, al menos en una medida suficiente como para sugerir a los asalariados la idea y la tentación de la concentración socialista; y la fuerza del proletariado, que se organiza y se agita para mejorar su suerte. Estas no son potencias verbales, vanas sombras que desfilan ante un telón. Dónde quiera que los progresos de la ciencia substituyen la máquina a la herramienta, allí donde los asalariados sufren y conciertan, se hallan en acción estas dos grandes fuerzas, cuya vibración se siente sin cesar como la trepidación de un navío en movimiento con sus colosales máquinas. Y al mismo tiempo, todos los individuos que se agitan en nuestra atormentada sociedad, son fuerzas de desco, ardientes hogares de acción y de ensueño. ¿Con qué derecho puede suponerse que cuando la evolución del sistema capitalista y la voluntad organizada del proletario hayan provocado la propiedad social, todas estas fuerzas individuales de pensamiento y de acción se van a amortiguar y extinguir? ¿Con qué derecho puede suponerse que todas estas energías se paralizarán, cuando precisamente la propiedad universalizada ha de ofrecer a todas un alimento nuevo? ¿Qué es, en efecto una nueva forma de propiedad? Una nueva forma de acción.

Indudablemente, si la propiedad colectiva fuese impuesta arbitrariamente a las socieda-

des por una potencia exterior, si fuese instalada según las leyes de conquista, deprimiría las actividades. Pero si se realiza por la concordancia del movimiento capitalista y de la fuerza obrera, si se prepara simultáneamente por la inconsciente acción de la burguesía y por la acción consciente del proletariado, si surge así en el punto donde convergen la obra de una clase y el esfuerzo de la otra, ¿cómo ha de neutralizar las energías humanas, las fuerzas históricas de lo que es la expresión suprema? Las dos clases, burguesa y obrera, que desgarran hoy a la sociedad con sus antagonismos, quedarán igualmente victoriosas, aunque en manera diversa, con el advenimiento de socialismo.

El proletariado habrá salido de su servidumbre económica; habrá conquistado el derecho de copropiedad social, que le emancipará para siempre, y se dedicará a obtener del sistema de producción unificado un amplio bienestar para todos.

¡Victoria sobre la muchedumbre! ¡Victoria sobre el odio! Pero la burguesía, en medio de su derrota, quedará también victoriosa. Perderá seguramente el monopolio de la propiedad, perderá los goces egoístas de la dominación y el extraño deleite que el sufrimiento del pobre lleva a veces a los placeres del rico. Seguramente, la burguesía será conducida por varios de sus hijos a una desesperada resistencia. Pero, vencida al fin, comprenderá por primera vez el pleno sentido de su pasado esfuerzo. Tendrá conciencia de la obra que inconscientemente cumplía y verá en la unidad socialista, en el nuevo orden, que brinda hospitalidad a todos los hombres, el noble fin humano que preparaba sin darse cuenta de ello, con su actividad ilimitada, con su febril audacia, con sus incesantes revoluciones técnicas que agitaban y engrandecían la industria. Esa concentración capitalista, que era sólo el triunfo de una clase, se le aparecerá, después de la Revolución, como el germen de la unidad humana. Los grandes descubrimientos de los sabios que no ha mucho tiempo, en la sociedad dividida, producían efectos mezclados de bien y de mal, acentuando la potencia del capital, pero también a veces la miseria de los salarizados, aparecerán en el nuevo orden como medios seguros de dicha común.

Así, la revolución social, al deshacer la burguesía, agrandará y ennoblecerá su obra, dándole una alta significación humana, y los hijos de los burgueses podrán entrar con orgullo en el nuevo orden. Allí encontrarán la obra de sus padres desprendida de todo interés de clase, elevada al ideal humano, ampliada a todos los hombres.

Y la muerte social de la burguesía como clase será para ella lo que será la muerte orgánica para los hombres si, después de las angustias de la agonía, comprendiesen, en una vida más luminosa y más amplia, el sentido de su vida pasada. Así, pues, para las dos cla-

ses antagónicas, para el proletariado y para la burguesía, la revolución social será una ascensión. Proporcionará al proletariado, bajo nuevas formas de propiedad, garantías positivas de libertad y bienestar, nuevas posibilidades de acción, y a la burguesía, con el pleno sentido de su obra histórica, una revelación de nobleza moral y de grandeza. Subiendo ambas es como se confundirán las dos clases; sobre una cima será proclamada la unidad humana. ¿Cómo este gran acto social que establecerá entre los hombres, ya reconciliados, todas las fuerzas de orgullo, de esperanza y de humanidad, puede ir a dar en una especie de atonía general y de universal depresión? ¿Cómo los hombres libertados unos de la miseria de clase y otros de su egoísmo de clase han de precipitarse en una nueva servidumbre? ¿Y cómo asegurando a todos la propiedad por medio de la propiedad social, no se han de dirigir al más alto desarrollo de la iniciativa y de la libertad individual de todos?

Jean Jaurès.



Ortiga Ankerman y Josué Quesada, director y proveedor del *Mimí* aristocrático que se conoce por "El Hogar".

:: BIBLIOTECA CIENTIFICA ::

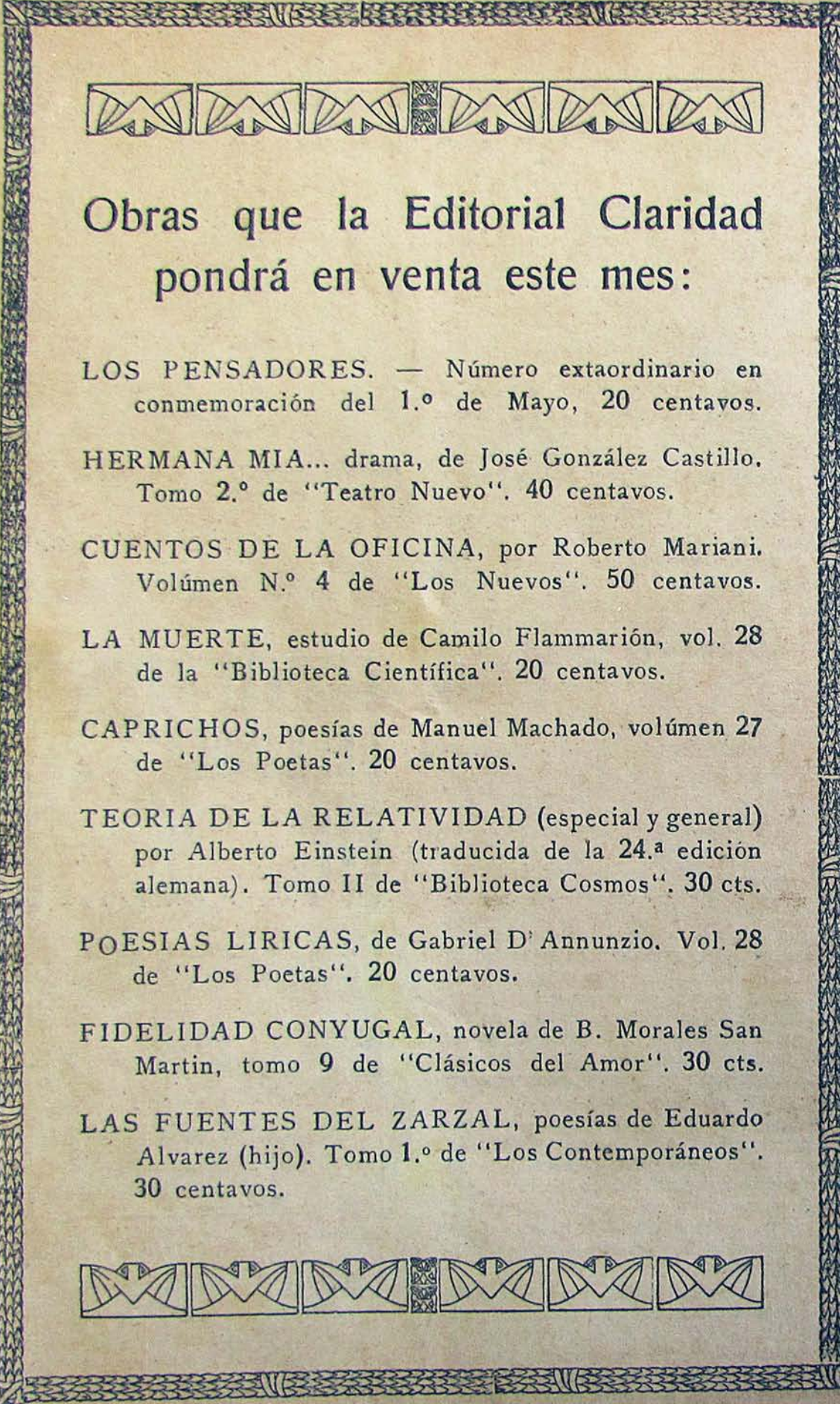
- Volumen II.—Impotencia y esterilidad sexual, por el Dr. Carlos Lacassen.
- Volumen III y IV.—La educación sexual de los jóvenes, por el Dr. Mayoux.
- Volumen VI.—El amor y el apetito sexual, por el Dr. Augusto Forel y El delito de besar, por el Dr. José Ingenieros.
- Volumen VII.—Pintura del amor conyugal, por el Dr. Venette.
- Volumen VIII.—Higiene del matrimonio, por el Dr. Rosch y Ética sexual, por el Dr. A. Forel.
- Volumen IX.—El arte de tener hijos, por el Dr. L. Sosisic.
- Volumen XI.—Enfermedades Sexuales, por el Dr. Daniel Sánchez de Rivera y Moset.
- Volumen XII.—Hacia la cultura sexual, por el Dr. Lázaro Sirlin.
- Volumen XIII.—El Amor Fecundo, por el Dr. Juan Escalante Escandón.
- Volumen XIV.—La Prostitución, por los Dres. Alba y Jiménez.
- Volumen XV.—La mujer y el niño, por el prof. Escipión Sighele.
- Volumen XVI.—La Ciencia, por Camilo Flammarion.
- Volumen XVII.—La Radiotelefonía Vulgarizada, por J. J. Escanciano.
- Vol. XVIII.—Higiene sexual del soltero y la soltera, por el Dr. T. de R. Climent.
- Vol. XIX.—¿Es contagiosa la tuberculosis? por el Dr. L. D. Romero y ¿Estoy sano o enfermo? por Luis Kuhné.
- Vol. XX.—La vida sexual, por el Dr. Dupuy.
- Vol. XXI.—Semillas de oro, por J. Krishnamusti.
- Vol. XXII.—Historia de la vida sexual del hombre y del matrimonio, por el Dr. Augusto Forel.
- Vol. XXIII.—Fenómenos sexuales, por el Dr. V. Suarez Casañ.
- Vol. XXIV.—El matrimonio, el divorcio y el adulterio, por el Dr. Vargas Marty.
- Vol. 26 y 27.—La mujer en el amor y en la voluptuosidad, por el Dr. E. Tairens Drang.

A 20 centavos cada tomo

LOS POETAS

- Vol. 1.—Poesías completas, de Diego Fernández Espiro.
- Vol. 2.—Elegías, de Eduardo Marquina.
- Vol. 3.—El canto errante, de Rubén Darío.
- Vol. 4.—La vejez del Padre Eterno, de Guera Junqueiro
- 1, 2, 3 y 4 agotados.
- Vol. 5.—Antología de Versos para niños, selección de Gustavo Riccio.
- Vol. 6.—Poesías completas, de José Asunción Silva.
- Vol. 7.—Triunfos nuevos, de Alberto Ghirardo.
- Vol. 8.—Serenidad, de Amado Nervo.
- Vol. 9.—Nuevas Rimas, de Josué Carducci.
- Vol. 10.—Las fuentes del camino, de José de Maturana.
- Vol. 11.—Poemas Póstumos, de Juan Pedro Calou.
- Vol. 12.—Viaje Sentimental, por Francisco Villaspesa.
- Vol. 13.—La Buena Canción, por Paul Verlaine.
- Vol. 14.—Las Lunas de Oro, por Julio Herrera y Reissig.
- Vol. 15.—Canciones y Poemas, por Mario Bravo.
- Vol. 16.—Los ojos de los fantasmas, por Emilio Carrere.
- Vol. 17.—Poesías completas, por Jorge Isaac.
- Vol. 18.—Póstuma, por Stechetti.
- Vol. 19.—Poesías selectas, por Almafuerte.
- Vol. 20.—Nuevas Castellanos, por P. M. Grabel y Galán.
- Vol. 21.—Misa de Requiem y otras poesías, de Alfredo R. Bufano.
- Vol. 22.—Poesías Completas, de Edgar Allan Poe.
- Vol. 23.—Las flores del mal, por Carlos Baudelaire.
- Vol. 24.—Poesías, de Enrique Heine.
- Vol. 25.—Selección de Poesías, de J. de Espronceda.
- Vol. 26.—Paja Brava, por El Viejo Pancho.

A 20 centavos cada tomo



Obras que la Editorial Claridad
pondrá en venta este mes:

LOS PENSADORES. — Número extraordinario en
conmemoración del 1.º de Mayo, 20 centavos.

HERMANA MIA... drama, de José González Castillo.
Tomo 2.º de "Teatro Nuevo". 40 centavos.

CUENTOS DE LA OFICINA, por Roberto Mariani.
Volúmen N.º 4 de "Los Nuevos". 50 centavos.

LA MUERTE, estudio de Camilo Flammarion, vol. 28
de la "Biblioteca Científica". 20 centavos.

CAPRICHOS, poesías de Manuel Machado, volúmen 27
de "Los Poetas". 20 centavos.

TEORIA DE LA RELATIVIDAD (especial y general)
por Alberto Einstein (traducida de la 24.ª edición
alemana). Tomo II de "Biblioteca Cosmos". 30 cts.

POESIAS LIRICAS, de Gabriel D'Annunzio. Vol. 28
de "Los Poetas". 20 centavos.

FIDELIDAD CONYUGAL, novela de B. Morales San
Martin, tomo 9 de "Clásicos del Amor". 30 cts.

LAS FUENTES DEL ZARZAL, poesías de Eduardo
Alvarez (hijo). Tomo 1.º de "Los Contemporáneos".
30 centavos.